



Solo
tuya y
para
siempre

Bárbara Crespo



Bárbara Crespo

SOLO
TUYAY
PARA
SIEMPRE

SOLO TUYA Y PARA SIEMPRE

Bárbara Crespo

<https://barbaracrespooficial.wordpress.com/>

CONTENIDO

- 1- VIVIENDO CON EL ENEMIGO.
- 2- ENCUENTRO DEVASTADOR.
- 3- TODAVÍA PUEDE SER PEOR.
- 4- BREVES HORAS DE LIBERTAD.
- 5- DESCUBRIMIENTO DOLOROSO.
- 6- PROBLEMAS Y MÁS PROBLEMAS.
- 7- NUEVA ILUSIÓN.
- 8- LA PEOR TRAICIÓN.
- 9- LA MALDAD NO TIENE LÍMITES.
- 10- UN ALIVIO Y UN PROBLEMA.
- 11- DESOLACIÓN.
- 12- MISIÓN CUMPLIDA.
- 13- EVADIRSE DE LA REALIDAD.
- 14- LA CAÍDA DE DAGO.

SINOPSIS

Seis meses han pasado desde que Sindy firmó el papel que la ha llevado a vivir un calvario en vida, sin saber nada de Ian y preguntándose, porque todavía no ha dado señales de vida, subsiste a las humillaciones, palizas y degradaciones con las que Dago, se propone doblegar su fuerza y entereza. Cuando Ian por fin aparece, una pequeña luz de esperanza nace en su corazón, siendo destruida poco después por el hombre que ama, resultando ser el mayor enemigo. Sindy tendrá que luchar contra el demonio con el que convive, encontrar la manera de escapar y liberarse del hombre que se ha empeinado en amargar su existencia. ¿Será verdad que Ian ha dejado de amarla? ¿Podrá perdonarle Sindy, cuando descubra que clase de hombre es en realidad Ian? ¿Qué la haya abandonado?

VIVIENDO CON EL ENEMIGO.

Observo el calendario, mientras mordisqueo la parte de atrás del bolígrafo, dejo de destrozarme el artilugio con mi boca y hago un círculo sobre el día doce, un año, hoy mi pequeño cumple un año. Doce de octubre, todavía puedo recordar, la primera vez que los médicos me lo pusieron en los brazos, el día más feliz de mi vida, tan pequeño e indefenso, acurrucándose en mi pecho, y hoy aunque lo tengo a él, mi vida es un infierno. Desde que firme ese papel, hace ahora ya seis meses, mi vida se volvió un cataclismo, sabía lo que sería antes incluso de firmar, pero por mi hijo, tuve que hacerlo. Durante días, semanas y meses espere que Ian me encontrara, durante noches soñé que venía a salvarme,

nunca llego y a mi cuerpo, mente y alma, no acude razón explicable para que no me haya encontrado. Doy la vuelta sobre mis pies acercándome a la cama, me pongo el chándal, las zapatillas y me hago una coleta. Le doy una última mirada al calendario, suspiro con tristeza, atravieso el pasillo y llego al salón.

Diviso a Izan jugando en un lado con sus coches, lo contemplo por unos minutos dándome cuenta que cada día se parece más a su padre.

- Mamá. — Dice, al verme.

Llego a su lado y le deposito un beso en esa pequeña cabeza cubierta de pelo rubio.

- Te quiero Izan. Mamá volverá en un rato. Jalila no lo dejes solo. — Le pido a la muchacha que cuida de él.

Asiente sonriendo, le devuelvo el gesto agradecida, porque tengo claro que donde vaya mi pequeño irá ella. En esta casa no puedo confiar en nadie, la única que se ha ganado mi confianza ha sido ella, la única que está a mi lado cuando mi calvario termina por decirlo de algún modo, porque hasta que no consiga huir de esta casa mi agonía perdurará.

Me levanto del suelo, salgo por la puerta y me encamino a la verja.

Estoy quitando el seguro cuando su voz llega a mis oídos.

- Preciosa. ¿Dónde vas?

- A correr. — Digo, dándome la vuelta.

No le gusta que le hable y no le mire, esa es una de las primeras cosas que aprendí y no ha las buenas, sino a base de golpes del bruto que tengo delante.

- No tardes. — Advierte, en ese tono peliagudo que te pone la piel de gallina.

- Una hora. — Le repito, como cada día.

Me doy la vuelta para seguir mi camino, necesito perderle de vista antes de que me entren las arcadas y vomite.

- ¿Y mi beso?

Aprieto los puños al costado, me implanto una sonrisa en la cara y vuelvo a darme la vuelta andando en su dirección. Me ha costado mucho ganarme un poco de su confianza como para perder la libertad que he conseguido por un beso. No es mucha, pero suficiente como para poder ir a correr, pasear y comprar, si necesito algo para mi pequeño, pero siempre sola, nunca me deja llevar a Izan. Él es su baza ganadora, no puede arriesgarse a perderla y que yo me escurra de sus manos como una pastilla de jabón cuando está mojada y se te cae por lo resbaladiza que se pone. Me pongo de puntillas y le doy un casto beso, como figuraba no lo iba a dejar contento con un beso veloz con el que he intentado no rozar más de la cuenta sus labios. Su mano rodea mi brazo, apretando lo suficiente para hacerme daño, una clara señal de advertencia, me vuelvo a parar tragándome el orgullo y las ganas de pelear y le beso.

Un beso con el cual he de imaginar que son otros labios los que beso, otros que si me hacen sentir y otros los cuales hacen que vibre todo mi ser. Me alejo con precaución, su sonrisa mientras se relame los labios, deja claro que ese si ha sido de su agrado, suelta mi

brazo y se dirige a la casa, mientras me restriego los labios con la manga del jersey para quitarme un poco el sabor a tabaco y a rancio que desprenden sus labios, un intento nefasto, porque para ello tendría que enjuagarme la boca con lejía. Salgo del lugar para empezar mi rutina diaria.

Corriendo tardo dos minutos en llegar a la playa, no me detengo y sigo corriendo, acabando con mis energías, casi la hora de la que dispongo, consiguiendo que salga toda la rabia, desesperación e impotencia.

Cuando miro el reloj son casi las nueve, dispongo de diez minutos para retornar a la casa. Contemplo el azul del mar un segundo más, doy la vuelta sobre mis pies y regreso por donde he venido, esta vez caminando, recuperando el aliento perdido. Dos casas antes de llegar, me paro como cada día, por cinco minutos, mirando fijamente la casa rodeada de todo ese resplandor verde. Sigue igual a como la recuerdo.

Me acaricio la muñeca, exactamente donde llevo ese pequeño tatuaje, aparte de por fastidiar a Dago, para recordarme a mí misma que nunca seré suya. Mirando hacia arriba, veo encenderse una luz, frunzo el ceño, y mi corazón empieza a latir rápido, una pequeña esperanza comienza a formarse en mi interior. Doy un paso adelanté, apurada por atravesar la pequeña puerta que me separa de la casa. Un tirón en el brazo me lo impide, pegándome la espalda a un árbol y colocándose frente a mí.

- Yo que tú lo pensarías bien. — Dice, una voz que conozco a la perfección.

Le doy un empujón, apartando sus manos sucias llenas de sangre de mí, a la vez que le dedico una mirada fría, llena del mayor odio que pueda albergar una persona en su corazón. Nunca había odiado a nadie, creí que lo hacía con Sebas, pero no se asemeja un poco a lo que siento por este ser despreciable que tengo delante.

- ¿Por qué debería hacerlo? — Le siseo con rabia.

- ¿Por tu hijo? — Dice, con sorna. - Vamos. Ven. Te llevo con él. —

Dice, solícito tirando de mí. - Te advierto que no te creerá. Y estás poniendo a tu hijo en peligro.

Doy un tirón brusco soltándome de su agarre, como la peor calaña que es, consigue lo que quería, hacerme dudar y recular. No puedo hacer nada mientras mi hijo siga en esa casa.

- Disfrutaré matándote. Te juro que lo haré muy lentamente. Eres un animal.

Marcos suelta una carcajada y se pone a mi altura mirándome directamente a los ojos.

- Esperaré impaciente que llegue ese día.

Se da la vuelta dejándome allí parada por unos segundos, procesando que Ian, está a un par de metros de mí. Al fin aparece. ¿Pero porque no me ha buscado? ¿Por qué Marcos dice que no me creerá? Vuelvo a mirar la ventana, la cortina blanca se hace a un lado y me encuentro de lleno con unos ojos azules y fríos como el mismo hielo. Lo observo durante unos segundos, negándome a creer que, me mire de esa forma, que esté viendo que estoy abajo y no salga corriendo en mi dirección. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué está mal? Mi corazón se aflige otro poquito. Desvío la mirada de sus ojos y sigo hasta llegar a la casa donde vivo, cuando llego voy directa al despacho de Dago, estando segura de que esto es

cosa de ellos. Si él no está aquí por mí, ellos saben cuál es la razón. No me importa cuales sean las consecuencias, tengo que saber que es lo que sucede y entender porque de repente a Ian, no le importo.

- Dago. — Digo, abriendo la puerta sin tocar. Me mira arqueando una ceja. - ¿Por qué está aquí?

- Algún día tenía que venir. Tiene una casa aquí. ¿Por qué crees que escogí este lugar para vivir?

- No me cuentes chorradas. Por meses no ha aparecido. ¿Por qué hoy?

— Le digo, en un tono poco amable.

Se levanta amenazadoramente, cuando llega a mí, su mano se posa en mi cintura y la otra en mi barbilla, evitando que mis ojos dejen de observar los suyos.

- ¡Modera tu temperamento! ¿Quieres un castigo?

Niego efusivamente, sus castigos son aterradores y durante meses los he padecido por imponerme acatar sus ordenes y revelarme de cualquier manera posible. La última fue la del tatuaje y mi acción derivo en verme en un cuarto vacío, con un simple baño, encerrada por cuatro días sin ver a mi niño y obteniendo desayuno, comida y cena igual que en un calabozo.

- Estamos haciendo negocios. Queremos restaurar la paz entre los dos bandos. Por eso está aquí. ¿Contenta?

- No es posible... ¿No le importa que hayas matado a mi padre? ¿En tan poca estima lo tenía?

- A veces, preciosa, hay que dejar las desavenencias de lado para evitar un mal mayor. ¿De verdad creías que vendría por tí?

Intento desviar la mirada, pero me lo impide. No solo lo creía, estaba segura de que me buscaría, que no se rendiría hasta dar conmigo, por lo que veo, una suposición errónea por mi parte, quizás, no me ame tanto como aseguró.

- Ja, ja, ja. ¡Eres una ilusa! ¡Tú eres mía! Grábatelo en la cabeza.

Hace un movimiento para juntar nuestros labios, pero antes de que llegue a unirlos giro la cara, le doy un empujón y salgo disparada de esa habitación, no con la suficiente velocidad como para no oír sus palabras.

- ¡Este desplante lo pagaras en la noche!

Lo sé, más claro que lo tengo, es impensable que lo tenga nadie, pero no me importa, mis esperanzas se han estrellado contra el suelo, así que tendré que aguantar otra tortura más con la que él disfrutará. Llego a la cocina, me preparo un café y me siento en un taburete observando por el cristal. ¿Cómo puede un hombre decir que te ama y dejarte a tu suerte? Teniendo hombres, pudiendo dar batalla, luchar por lo que él decía era suyo. ¿Cómo en unos meses ha dejado de querer estar conmigo? Mientras a mí, me humillaban, recibía golpes, me encerraban, me privaban de ver a mi hijo, él miraba para otro lado.

¡Maldito sea! ¿En qué piensa? Por el rabillo del ojo veo entrar a Jalila con Izan, le doy

otro sorbo a la taza y a la fuerza sonrió para recibir a mi pequeño en brazos.

- ¡Eres el niño más guapo del mundo! — Le digo, mientras hago cosquillas en su barriga, dándole besos.

Sus carcajadas son el bálsamo que necesito para mi alma, la fuerza que me obliga a seguir levantándome y a seguir buscando la forma de escapar. Sigue riendo sin parar, lo alejo un poco y le doy un beso en su cabeza.

- Da, da. — Dice, con su voz de bebé, señalando la taquilla detrás mía.

- Ja, ja, ja, eres muy listo.

Se lo entrego a Jalila, me encamino a la taquilla y saco lo que con pequeñas sílabas está reclamando, su sonrisa se hace mayor cuando sus ojos divisan el cuadrado de chocolate que le deposito en la mano y se lo lleva a la boca feliz de obtener lo que quiere. Que fácil es ser un bebé «ojalá no creciera nunca», pienso sin poder despegar la mirada del amor de mi vida. La sonrisa muere en mi boca cuando la rubia hace acto de presencia, agacha la cabeza y se prepara un zumo de naranja.

Su actitud hasta hoy sigue dejándome desorientada, no sé de qué manera tratarla y menos cuando de repente se muestra cordial y amigable y su sonrisa de suficiencia ha desaparecido de su rostro.

Desde que nos mudamos a Elba, para ser exactos dos casas al lado de la de Ian, ella vive aquí. Ha intentado conversar varias veces conmigo, pero con un levantamiento de la mano, todas sus palabras han muerto en su garganta. Se sienta en otro de los taburetes y me mira, supongo que barajando la posibilidad de volverlo a intentar, dos veces abre la boca y la vuelve a cerrar. Tomo aire y espero no arrepentirme después de lo que voy a hacer.

- Habla. Me estás poniendo nerviosa.

Me mira con los ojos abiertos, a la vez que su boca se curva en una pequeña sonrisa, mientras yo pongo los ojos en blanco. Es imposible que eso que veo en su mirada sea agradecimiento y alivio por poder decir lo que desde hace meses intenta decir.

- Lo siento.

La taza se me cae en la mesa y el café se derrama. Doy un bote, cojo un paño y seco el líquido. Una vez lo dejo todo limpio, me quedo mirándola sin saber qué decir. ¿De verdad ha dicho lo que creo o mis oídos no funcionan bien?

- ¿Qué has dicho? — Pregunto, queriendo estar segura de que no sufro alucinaciones.

- Lo siento. De verdad. Me he comportado fatal contigo. No debí seguir aquel juego. Si Ian, no me quería debí haberle dejado. No me di cuenta de mis actos hasta que me dejaste en la calle sin saber qué hacer.

- ¿Y por qué estás aquí?

- Caridad de Dago. Saben que soy su hermana, pero no soy varón. Y

como no lo soy, no tengo ni voz, ni voto. Me ha dejado claro que, si no quiero verme en la calle, mantenga el pico cerrado.

- Es un malnacido. — Suelto, entre dientes.

- Estoy de acuerdo contigo. Y no creo que merezcas todo lo que está haciéndote.

- Gracias. — Digo, algo recelosa. - Bueno, si necesitas algo, solo tienes que decírmelo. Haré lo que pueda.

Asiento no muy convencida, pero al menos puedo darle una oportunidad, ella ha dado el primer paso, ha pedido perdón, se ha bajado de la burra, ha dejado de lado su orgullo y altivez y ha rectificado pidiendo redención. Puedo intentarlo y ver por donde salimos, tengo claro que las mejores amigas no vamos a ser, no cuando las dos estamos enamoradas del mismo hombre, pero si podemos echarnos una mano. Se levanta llevando su vaso al fregadero, me da una última sonrisa y se encamina hacia la puerta.

¡Por qué soy tan blanda! Espero no arrepentirme y no equivocarme en mi decisión.

- Carina. — Se detiene ante mi voz. - ¿Podrías acompañarme a comprar unas cosas para el cumpleaños de Izan?

- Claro. — Dice, con una sonrisa que le llega de oreja a oreja.

- Nos vamos en una hora. Te espero en la puerta. — Digo, suavizando el tono.

Sale por la puerta, desvió la mirada a Jalila y atisbo en ella una sonrisa.

Arrugo el ceño. ¿Qué tiene gracia? Es normal que siendo ella quien es y lo que me hizo pasar, tenga reparo en tener una conversación amigable con ella. Lo raro sería lo contrario, sentarme con ella y mantener una charla animada como si casi no nos hubiéramos matado, si es que ha quien le diga que la rubia de la noche a la mañana quiere ser mi amiga, aparte de no creerlo, se reiría en mi cara.

- Señora no me mire así.

- ¡No me llames señora! ¿Y como te miro?

- De esa forma que dice, “no te rías porque no me creo su actuación ensayada”. — Suelta, haciendo una mala imitación de mi voz.

Estallo a reír sin remedio. ¡Qué haría sin ella! Cuando me recompongo tras unos minutos soltando carcajada tras carcajada, me limpio las lágrimas que han rodado de mis ojos debido a la risa y vuelvo a mirar a Jalila que está contemplándome con una ceja arqueada.

- ¿Y tú si la crees? — Demando su opinión.

- Sí, señora. Creo que ha cambiado. Y la quiere ayudar. — Dice, sin mota de duda en su voz.

- Bueno. Tiempo al tiempo... cuida de Izan.

Me levanto, deposito un beso en el carrillo de mi pequeño y le doy una sonrisa verdadera a mi apoyo en este lugar, atravieso la puerta dirigiéndome al despacho de Dago.

Camino tranquila hasta el estudio, queriendo demorar verle la cara otra vez, a veces, me gustaría que hubiera comprado una casa igual de grande que la de Ian, para perderle de vista durante horas, pero él no tenía esa idea, en su lugar, compro una casa pequeña pero elegante, con un buen jardín y se pasa las horas buscándome cuando desaparezco lo que le

parece un tiempo excesivo de su vista, otras pide directamente mi ubicación exacta a los paletos que tiene trabajando para él, no sé a ciencia cierta cuantos son, pero los suficientes para que me sea imposible escapar de este lugar llevando un niño. Giro el pomo, sentado en su silla levanta la mirada lentamente, siguiendo el camino de mis pies a mi cara, una cosa que odio y que él hace a menudo.

- ¿Qué sucede princesa? — Dice, tan suave que, llego a dudar y creer que realmente le importa lo que me suceda.

- Es el cumpleaños de Izan. ¿Te molesta si me acompaña Carina?

- ¿Debería preocuparme? — Niego suavemente, moviendo la cabeza de un lado a otro. - Entonces ir.

- ¿Puedo llevar a Izan?

Es un intento inútil, tengo marcada en la cabeza la misma respuesta todos los días a esa pregunta, aun así, sigo persistiendo en hacerla con la esperanza de que diga que si por una vez y poder disfrutar de mi hijo como cualquier madre fuera de estas paredes.

- ¿Por qué sigues preguntando lo mismo como una canción rayada?

- Dago. No intentaré escapar. ¿Crees que llegaría muy lejos? ¿Sin dinero y con un niño? ¡Antes de conseguir poner un pie fuera de este lugar tus hombres estarían sobre mí! ¡No soy una suicida! — Le grito.

- ¡Baja el tono! Otro alzamiento de voz como ese, y te volveré a encerrar.

- Lo siento. Simplemente quiero poder pasearlo, llevarlo a un parque, tomar un helado... — Finalizo, apagándose mi voz.

- Me alegra que seas consciente de la situación. De a lo que expondrías a tu hijo si valoraras siquiera la posibilidad de huir. Así que... puedes llevarlo.

- ¿De verdad? — Pregunto, perpleja.

- Dispondrás de libertad mientras a tu cabeza no se le ocurra pensar en estupideces. ¿Entendido?

Asiento sonriendo. Hace un movimiento de la mano indicando que salga y vaya por lo que quiera, subo a la habitación, cojo el carro de bebé y bajo a buscarlo. Lo encuentro en el jardín con su niñera, lo levanto en brazos, le sonrío por una vez con una sonrisa real y lo siento en el carro. Mientras le abrocho las correas, aparece Carina con unos pantalones negros ajustados y una blusa en color naranja a juego con los zapatos y la cartera. Verla tan bien vestida hace que al levantarme pase la mirada por mi cuerpo, ni siquiera me he quitado el chándal, mordiéndome el carrillo considero si cambiar mi vestimenta, últimamente no parezco yo, voy siempre desaliñada, sin maquillaje, casi parece que los días en los que me arreglaba han quedado en el olvido.

No quiero seguir así, quizás haya alguna forma, algún tipo de ropa de ir bien vestida y conseguir que las marcas de mi cuerpo no lleguen ha verse.

- ¿Nos vamos?

- Me dijiste que si necesitaba algo te lo pidiera. ¿Verdad?

- Sí.

- ¿Me prestas algo de tu ropa?

- Por supuesto. — Dice, con una gran sonrisa.

Me coge del brazo guiándome hasta su cuarto, entramos y cierra detrás de nosotras, se dirige al armario, lo abre y me hace movimientos con las manos para que me acerque.

- Escoge lo que quieras.

ENCUENTRO DEVASTADOR.

Me vuelvo a mirar al espejo, sigue sin convencerme, es un vestido en color azul precioso y me queda a la perfección, ni es corto, ni largo, me llega por algo más de medio muslo, lo suficientemente largo como para tapar la marca de la cara interna de mi muslo. Por debilidad, paso la mano por ella como tantas veces he hecho desde que está ahí, cierro los ojos y el recuerdo llega al segundo, aquella noche fue la peor, la más brutal...

{ - ¡Ahora... Eres... Mía!

Tras esas palabras, me levante y corriendo me tire abrazar a mi madre, quería consolarla, decirle que todo estaba bien, pero todo pensamiento coherente moría en mi garganta, dejando salir un llanto desgarrador.

Abrazada a ella oí como Dago, sin contemplación ordenaba a sus hombres que se llevaran a mi madre, resistí abrazada por muy pocos minutos, porque los secuaces arrastrando de la mujer que me dio la vida y Dago, tirando de mi cabello, se encargaron de alejarnos.

Mientras Dago me arrastraba de los pelos por todo el salón, vi desaparecer a mi madre escoltada por los secuaces uno a cada lado, no solo, me separo de mi madre, no solamente, no me dejo ver a mi pequeño, sino que me encerró hasta caer la noche. }

- ¿Estás bien? — Se interesa Carina, entrando al baño.

- Sí. — Digo, en suspiro, agradeciendo que haya aparecido antes de llegar más lejos del recuerdo.

- ¿Nos vamos? Entre una cosa y otra son casi las doce.

- Es que... no se...

- ¡Por dios bendito! ¡Estás guapísima! No me digas que te lo vas a quitar. Sería un gran error.

- No se...

- ¡Se acabó! Puede que estés encerrada, que tengas la autoestima por los suelos, pero ya. ¡No puedes dejar que acabe contigo!

Sonrío y esta vez es una sonrisa dedicada a la rubia, tiene mucha razón, todo lo que ha dicho es verdad, pero sigo viva y mientras siga siendo así, debo tener esperanzas, como ella mismo acaba de decir, no estoy acabada. Con esa revelación recién encontrada, le doy un asentimiento de cabeza, camino con seguridad y sobre tacones después de tantos meses habiendo olvidado que existían, recorremos el pasillo, saliendo poco después al jardín. Recogemos a Izan y nos vamos a un pequeño supermercado cerca de aquí. Izan lo mira

todo a su alrededor con los ojos abiertos y una sonrisa, de un lado a otro, fija sus ojos en cualquier cosa que llame su atención.

Llegamos al súper quince minutos más tarde, justo enfrente, me fijo que hay un pequeño espacio con un banco de madera. Entramos al establecimiento, y Carina se hace con una cesta, tras estar más de diez minutos dando vueltas y echando todo lo que nos hace falta, cargadas nos ponemos en la cola de la caja. Pagamos y salimos, Carina da un paso de regreso por el camino que vinimos, la agarro del brazo y tiro de ella a la vez que manejo el carro hacia el pequeño espacio rodeado de árboles. Antes de sentarnos, dejo a Izan en el suelo para que disfrute corriendo, bueno en realidad correr todavía no corre, pero si anda, bastante desequilibrado, pero le es suficiente para llegar donde quiera y poder jugar en el suelo. De debajo del carro, saco sus coches y se los dejo en el suelo, por unos minutos, me quedo embobada viéndolo jugar con una sonrisa tonta en la cara.

- ¿Por qué te hiciste eso? — Dice, señalando mi muñeca.

No me había percatado que lo que llevo es un vestido y el tatuaje se ve perfectamente, paso la mano por el y le doy suaves caricias antes de mirarla a los ojos.

- Para recordarme que únicamente le pertenezco a él. Y para que Dago, lo tenga siempre presente.

- ¿Solo tuya y para siempre? — Dice, recitando la frase que rodea mi muñeca.

- Para nosotros, significa te quiero. Ian, siempre me lo decía... «Solo tuyo nena». Esas eran siempre las palabras que salían de su boca. Me decía te amo a su manera y no con el conocido te quiero.

- ¿Cuándo te lo hiciste?

- Hace dos meses...

Todavía me dan ganas de reír, cuando recuerdo, que mientras Dago, creía que estaba en la playa, yo me estaba haciendo el tatuaje en color negro con letras finas, ver su cara aquel día, cuando reparo en la frase, fue realmente muy satisfactoria.

- ¿Le sigues amando?

- ¿Qué más da? Él se ha olvidado de mí.

- No creo...

- ¿Entonces porque no me ha buscado? ¿Por qué me ha abandonado?

No ha movido un dedo Carina. Incluso se ha puesto hacer negocios con él. ¿Por qué? — Interrogo, queriendo hallar respuesta.

- No lo sé. No lo entiendo. Si tuviera la respuesta te la daría.

Su cara cambia de repente, mostrando una mueca rara, como si algo le hubiera caído mal o le hubiera dado un corte de digestión. Desviando la mirada de su rostro agrio, miro al frente queriendo encontrar que es lo que le ha hecho fruncir el ceño de esa forma haciendo que se la vea tensa. No percibo nada diferente. Vuelvo el rostro en su dirección, una pequeña sonrisa está implantada en sus labios. Arqueo una ceja. ¿Cree que dándome una sonrisa falsa, de esas que sueles poner en las situaciones violentas o vergonzosas, me va a

dejar contenta? Achico los ojos confundida, ante ese cambio repentino, dejándole ver que no me engaña.

- ¿Nos vamos? Es casi la hora de comer. — Pregunta, y en su voz noto el temblor de los nervios.

Asiento preguntándome que le habrá hecho cambiar de actitud y hacer que su cuerpo se ponga igual de rígido que un palo. Sentamos a Izan y recogemos las bolsas.

- ¡La tarta! — Digo, recordando que hemos olvidado lo más importante. -

¿Te quedas un minuto con él?

- Iré yo. Tú puedes ir volviendo a casa.

- No. Es su primer año. Quiero escogerla yo. — Digo, suave para que no se moleste.

Asiente con resignación, dándome una mirada de disculpa, sin darle importancia, vuelvo a entrar en el establecimiento, me dirijo a la nevera y observo las distintas clases de tartas, muevo un poco las de arriba y al fin doy con una de mi agrado; de nata y chocolate con un dibujo de un coche.

Vuelvo por el mismo camino sin dejar de mirar la tarta, al levantar la cabeza, mis ojos se abren con sorpresa y la tarta resbala de mis manos, provocando un fuerte sonido al caer y chocar contra el suelo.

Desvío la mirada al suelo a la vez que Ian, y una mujer morena dejan de besarse y posan su mirada sobre mí, sin saber como actuar, o afrontar la situación, recojo el recipiente con lo que queda de la tarta.

Apretando la boca todo lo que puedo, para no montar una escena, hago el mismo camino hasta la nevera y busco otra tarta igual a la que llevaba, cuando la encuentro camino hasta la caja, pago y salgo, notando todo el recorrido, la mirada de los dos, puesta en mí. Me niego a quebrarme y me reúno con Carina en la puerta. Su mirada apenada, me hace saber que lo ha visto todo, que sabía que él estaba ahí y que eso fue lo que la hizo cambiar de actitud.

- Debiste avisarme. — Le reprocho.

- Lo siento. Quise evitarlo.

Cuatro casas antes de llegar, me detengo, la rabia bulle dentro de mí, carcomiendo mi alma. Bajo la atenta mirada de Carina, me quito los zapatos y le doy una breve mirada, al hacerlo, me percató que la pareja viene siguiendo el mismo camino que nosotras cogidos de la mano, la rabia y el coraje aumenta. Sabiendo lo que conllevará mi acción, echo a correr descalza estampando los zapatos contra el suelo.

- ¡Cuida de Izan!

- ¡Sindy irá por ti! — Oigo que me grita, temerosa.

Sigo corriendo, en este momento no me importa. ¿Quiere acabar conmigo? Perfecto, que lo haga y acabe con mi miserable vida. Corro hasta llegar al lugar que trae un poco de paz a mi ser, aun habiendo llegado y teniendo ante mí la arena y el mar inmenso, sigo corriendo.

Es la única medida con la que he conseguido dejar salir mis frustraciones, de conseguir bajar la cabeza ante un maldito, de dejar ir toda la rabia, dolor, coraje, odio... todo lo dejo ir junto con mis energías. Agotada y sudada tras correr de una punta a otra de la playa, me dejo caer de culo en la orilla, metiendo los pies en el agua y dejando que el frío destemple mi cuerpo. Me extraña que Dago, no haya aparecido, pero lo agradezco, no me quedan suficientes energías para una batalla con él, tampoco me hago ilusiones, claramente sé, que estará esperando mi regreso. Bufo a la vez que me dejo caer de espaldas, cierro los ojos por unos segundos, percibiendo la brisa y el sonido del viento, no tardara mucho en llover, lo que me faltaba para rematar el día.

Abro los ojos y una mirada igual de cortante que una cuchilla me atraviesa. ¡Entre unos y otros van a acabar conmigo! Me incorporo, sin dejar de sentir su mirada en ningún momento, atento a cada movimiento que hago. Fijamente le miro y no me decido; si lo que quiero es besarle, darle una bofetada o mandarlo a la mierda. Como la balanza se dirige más hacia la primera, decido clavarme las uñas en las palmas de las manos y recordarme de lo rápido que se ha olvidado de mí, cambiándome por otra como si lo nuestro hubiera sido una cosa insignificante, o peor, que nunca me amo.

- ¿Dónde has dejado a tu novia? — Interrogo, con pitorreo.

- No es de tu incumbencia. Pero te responderé. Mi prometida está en casa dándose un baño.

Los ojos se me abren, debido a la impresión que me han causado sus palabras, el dolor en el pecho se agudiza y casi temo que me este dando un infarto debido al dolor intenso que siento. Me recupero como puedo con rapidez, evitando que vea mi consternación. Por puro reflejo, o llevada por sentimientos, me llevo la mano al cuello. Por debajo del vestido, puedo sentir su tacto, Dago nunca me los arrebató, supuse que le gustaba regodearse viendo en ellos, de todo lo que me había despojado, o quizás lo que más dicha le daba era ver como los contemplaba con dolor, añorando lo que pudo ser y no fue. Con el mayor dolor rodeo mi cuello y desato la cadena que los cuelga a mi cuello, nunca imaginé que cuando Ian, estuviera ante mí, le entregaría lo que guardaba con amor y una vez me entrego. Los alzo en la cadena mirándolos por una vez más, los hago un ovillo en mi palma con la cadena y me acerco a Ian.

- Esto es tuyo. — Digo, cogiendo su mano y depositándolos en ella.

Sus ojos se quedan por unos segundos viéndome a los ojos, los desvía para observar lo que le estoy entregando y su mirada cambia a una de confusión. Retiro la mano suavemente y paso por su lado, cerrando la historia que teníamos, un tiro en la mano me hace girarme con mucho ímpetu, si no llega a ser porque voy descalza, me habría dado el golpe de mi vida. Aturdida alzo la cabeza, encontrándome con la mirada hielo que renace con más fuerza.

- ¿Por qué los has guardado? — Escupe con rabia.

- ¿De qué vas Ian? ¿Estás loco?

- ¡Te divierte acostarte con el mientras los miras! — Dice, furioso.

- ¿De qué hablas? ¡Se te ha ido la olla!

- ¡Confiaba en ti! ¡Te amaba! ¡Y tú me traicionaste! ¿Por qué Sindy? —

Pronuncia mi nombre con repulsión.

- ¿Qué yo qué? — Pregunto, confusa.

- ¡No te hagas la ingenua conmigo! ¿Cómo lo planeaste? ¿Desde cuándo te veías con él? ¡Vamos Sindy! ¡Desde cuándo empezaste a verme la cara de imbécil!

A cada palabra que suelta, mi desconcierto se hace mayor, no sé de qué me está hablando, no entiendo nada, el único traidor es Marcos y tengo que morderme la lengua con fuerza para no escupirlo en su cara, no porque no quiera, si no, porque antes que él y yo, está la seguridad de nuestro hijo. Su mano que sigue rodeando mi muñeca, aprieta un poco más su agarre, tengo que hacer una mueca para evitar soltar un chillido de dolor. Cansada de sus acusaciones infundadas le doy una patada en el costado, logrando que se encorve y su mano deje de hacer presión. Liberada me doy la vuelta y sigo mi camino. ¡Patán! Otro tirón, hace que me gire y le dé una mirada iracunda, no se amilana, sino que hace algo que no imagine; Agarrando mis dos muñecas, me pega a su pecho, habilidoso rodea mi cintura y me alza lo justo para conseguir volcarme de espaldas en la arena y él encima de mí.

- ¡Quítate joder!

- ¿Por qué? Solamente responde.

- No puedo responderte algo de lo que no sé. ¡Ahora quítate!

- ¡No! ¿Desde cuándo te veías con él?

- ¡Nunca capullo!

- Respuesta errónea. — Baja la cabeza a mi cuello y empieza a succionar.

- ¡Ian, no! ¡Para joder!

- ¡Responde! ¿Desde cuándo? — Grazna mirándome a los ojos.

- ¡Nunca! ¡Te lo he dicho!

Su cabeza vuelve a bajar y la succión se hace más persistente, intento alejarme pero me tiene agarrada por las muñecas con fuerza. ¿Qué le han contado? ¡Me las pagara ese desgraciado traidor! Tengo claro que Ian, está así por las gilipolleces que ese imbécil le ha metido en la cabeza. Sigue succionando y de mis ojos caen lágrimas, porque no se da cuenta de lo que está haciendo, si Dago no me mata, la paliza será colosal.

- Ian, por favor, harás que me mate.

No sé cuanto tiempo pasa; si han pasado segundos, o minutos cuando despega su cuerpo de mí. Con suficiencia me mira mientras me pongo en pie, las lágrimas siguen corriendo por mi rostro cuando uno mi mirada a la suya.

- ¡No sabes lo que has hecho! — Le grazno, llevándome la mano al lugar que seguro llevo una marca.

- Claro que lo sé. ¿Crees que no conozco a Dago?

- ¡Estás mal!

- ¡Tendrás lo que mereces por traidora!

- ¿Traidora? ¡No sabes lo que estás diciendo!

- Por supuesto que lo sé. Lo que todavía no entiendo es como pudiste aliarte con ese desgraciado. ¿Por qué Sindy? ¿Poder, ambición o simplemente morbo?

Mis ojos más no se pueden abrir. ¿Es que no me conoce? Como puede decir que me ama, si a la primera desconfía de mí, aparte de lo que le haya dicho ese traidor asqueroso, debería darme el derecho de la duda, simplemente por ese amor que decía sentir y que ahora me queda bien claro que nunca lo hizo. Me doy la vuelta y comienzo a caminar, cuando mis pies están fuera de la arena, me doy la vuelta para darle una última mirada, me ha aniquilado y demostrado que su amor nunca fue tan fuerte como el mío. Observo como se queda por minutos mirando la arena. «Que te habrán contado... para que tu amor se haya marchitado», pienso mientras me obligo a apartar los ojos de él. Cinco minutos más tarde atravieso la verja de entrada.

- ¿Dónde estabas princesa? — Dice Dago, con una voz claramente que denota problemas.

- En la playa. — Murmullo.

- ¡Kamil! ¡Leandro! Proceded.

Los secuaces que esperaban a su costado, avanzan en mi dirección cada uno con un rollo de cinta gorda. Bufo, pero no me muevo, si lo hiciera sería inclusive peor para mí. Cogiendo cada uno de un brazo me llevan al centro del jardín, sigo todos sus movimientos resignada.

Adelantándome a sus actos, me pongo mirando el póster y alzo los brazos juntando las palmas de las manos, dejando mi cabeza ladeada hacia el lado izquierdo. Los matones hacen su trabajo y con la cinta se encargan de rodear mis manos pegadas al póster. Por un mes había logrado no ser atada a este maldito tronco, un mes en el que he conseguido librarme de todas sus bajezas excepto por la noche, a decir verdad prefiero este maldito calvario que el que recibo a solas en el cuarto. Dago, se pone a mi espalda, aprieto fuerte los labios sabiendo lo que viene a continuación. Sus manos viajan por mi espalda lentamente hasta llegar a mi cabeza enredándose sus dedos en mi cabello.

- ¿A qué hora has de estar en casa? — Pregunta, tirando de mi cabello hacia atrás.

- Al medio día.

- ¿Y que hora es?

- Pues... si te dignas a liberarme, te lo podré decir...

- Esas contestaciones harán que el día menos esperado te maté. —

Advierte en tono amenazador.

Suelta mi pelo, se retira y con lo que supongo es la navaja que lleva siempre encima destroza el vestido.

- Aaah. — Suelto al sentir el primer latigazo.

Llevo meses soportándolos, pero es un dolor tan desgarrador que es imposible amoldarse a ellos y no sentir el escozor al rasgarse la piel, si fueran golpes normales, podría

soportarlos, pero los de Dago, van con rabia, fuerza y maldad. En el cuarto golpe los sollozos son audibles, en el sexto mis piernas casi no me sostienen, debido al dolor y el cansancio de la postura.

- ¡Lo siento! ¡No volverá a pasar! Por favor... — Suplico.

- Por supuesto querida que no volverá a pasar. ¿Has estado con él?

¡Joder! Mi cuerpo se tensa presintiendo la catástrofe, negarlo sería una estupidez, sus ojos agudizados deben haber reparado en la marca que me ha hecho el patán.

- Sí, pero... ¡Aaaah!

Otro golpe con mayor intensidad, me hace gritar de dolor, con violencia me asesta dos golpes más, que me hacen tambalear y sostenerme de las manos en vez de con las piernas.

- ¡Qué sea la última vez que dejas que nadie y menos él, te ponga las manos encima! ¿Lo has entendido?

- S... sí... — Consigo articular gimoteando.

- Te quedarás aquí toda la tarde.

- No... puedes... es el cumpleaños de...

- Ese es tu castigo. Se celebrará, pero sin ti. Te informo que acudirán Marcos y tu querido Izan.

- ¡Eres un bastardo!

- Ten cuidado, princesa... ahora escucha. No quiero ni un grito, ni una lágrima, ni frases malsonantes, acataras tu castigo sin rechistar. O esta noche la pasaras peor que la primera vez.

Asiento incluso antes que me lo pregunte, no soportaría ni otra noche como aquella, ni otra marca como la que tengo para recordarla.

TODAVÍA PUEDE SER PEOR.

Un rato después, empieza a lloviznar. No sé que tiempo ha transcurrido desde que Dago, se internó en la casa dejándome maniatada aquí fuera. Los brazos me pesan, la espalda me escuece y el cuerpo me tiembla debido al frío y el agua que moja mi piel. Quiero gritar de rabia, pronunciar insultos de toda clase, pero no puedo, solo puedo seguir aquí escondiendo la cabeza como puedo bajo mi brazo y dejar que salgan las lágrimas de impotencia. El sonido de la verja abrirse, hace que levante la cabeza lo justo para ver, como Marcos entra a paso airado. ¿Ya son las seis? ¡Maldito sea por privarme de la primera fiesta de mi hijo! Seguido de Marcos entra la chica morena que al verme se detiene con una expresión horrorizada. Ian, que va detrás de esta con su mano entrelazada a la de ella, se detiene al ver el gesto en la cara de la chica. Su vista sigue la dirección hasta dar sus ojos conmigo, escondo todavía más la cabeza entre mi brazo, deseando que se apuren en entrar. Pasan unos minutos que me parecen horas, cuando dudosa levanto la cabeza. ¡Gracias al cielo no están! Intento girar la cabeza para ver el interior de la casa, pero me es imposible.

Supongo deben estar ya celebrando el primer año de mi pequeño y yo aquí por culpa del

hombre que creí me amaba. Cierro los ojos, los recuerdos vuelven potentes como cada vez que estoy vulnerable.

{ - ¡Maldito no puedes dejarme aquí! ¡Llévame con mi hijo! — Gritaba mientras daba puñetazos a la puerta. - ¡He firmado! He firmado... —

Decía sollozando a la nada.

Se había ido dejándome encerrada sin poder tener a mi pequeño en brazos, darle un beso, o abrazarlo. Me pase la tarde entera llorando, mirando mi alrededor, buscando la manera de salir de un cuarto que por no tener, no tenía ni ventana. Durante horas me quede mirando el único inmueble que adornaba el lugar; una cama.

Durante todo ese tiempo intenté, concienciar a mi alma de lo que tendría que aguantar esa noche, pero mi imaginación no estaba a la altura de lo que esa noche pase y pelee en vano, por evitar lo que sabía no podría eludir.}

Abro los ojos de golpe, sacudiendo la cabeza y dejando el recuerdo de ese día escondido. Un movimiento detrás de mí, me pone en guardia.

No puedo ver quien es, rezo para que no sea Dago, ni el maldito de Marcos, mis fuerzas están a un nivel muy bajo, para resistir otra confrontación.

- Que Colombetti. ¿Contenta con la vida que has elegido?

¡Dios que he hecho en otra vida! No puede ser lógico que vaya en la dirección que vaya reciba humillaciones, desplantes y golpes por todos lados. ¡Joder se suponía que me amaba! ¿Cómo puede hablarme con desprecio? ¿Regodearse de mi situación? ¡La madre que lo parió!

Algún día se arrepentirá de tratarme así, por no confiar en mí, por tratarme como a una basura y como a una traidora, cuando ni siquiera sabe lo que paso aquel nefasto día.

- ¡No me llames así! — Le grazno asqueada.

- ¿No es lo que eres?

Agacho la cabeza apesadumbrada. Sí lo soy, pero no por voluntad propia, no porque le ame, no porque haya querido y no porque lo desee. Lo soy porque me obligo a firmar aquel maldito acta de matrimonio amenazando la vida de mi madre e hijo. Me muerdo la lengua para no gritarle a la cara todo lo que quiero y mostrarle la realidad que él se empeña en no ver.

- ¿No tienes nada que decir? — Insiste. - No esperaba que fueras tan ambiciosa como para unirme al enemigo. ¿Sabes? Creí que eras diferente. Deseaba formar una familia contigo y tú lo tiraste todo por la borda. ¿Por codicia? — Tira el cigarro al suelo, lo pisa con el pie y rodea el póster para verme a la cara. - Te diré algo que no sabes. No tienes nada. Antes de que tú llegaras, tu padre me dio su apellido, pasando a ser yo su sucesor si algo le llegaba a ocurrir. No necesitaba casarme contigo para nada. Una lástima que me cambiaras por él.

Se da la vuelta siguiendo el camino del jardín, internándose en la casa.

Me quedo descolocada, asimilando todo lo que ha salido de sus labios.

¡Condenado idiota! Si Dago se entera, no le serviré para nada, me matará y después

acabará también con la vida de mi hijo.

Llega la noche y mis pies ya no me sostienen, Dago está tardando más de lo habitual en soltarme. Las fuerzas que todavía me quedaban, las he terminado hace bastante rato, mi cuerpo sigue temblando de frío y empiezo a creer que puede ser que tenga fiebre, agotada me empeño por mantenerme de pie. Cierro los ojos implorando que venga alguien de una vez y me libere; voy a terminar con una pulmonía si no aparece alguien pronto. Como si mi ruego fuera sido escuchado, siento una mano acariciar mi mejilla, abro los ojos para encontrarme con mi apoyo y consuelo incondicional; Jalila.

- Lo siento señora. El señor no ha dado orden hasta ahora para que la soltarán.

- Gracias Jalila. — Digo, mientras corta la cinta que rodea el tronco.

- Esta vez no he sido yo señora. El señor estaba muy enfadado. Carina lleva toda la tarde detrás del señor. Ha sido gracias a ella que ha claudicado.

Hago nota mental para darle las gracias a la rubia, por una vez ha actuado a mi favor y no ha querido hacerme daño. Un punto para darle el beneficio de la duda. Jalila me pasa una bata, helada la cojo al vuelo y con prisas me la pongo.

- Dame un calmante y prepara el té diario.

Apoyada en su brazo entramos. ¡Joder no tienen casa! Lo que me faltaba, aguantar una cena con el desgraciado, el traidor, la novia del hombre que amo y el idiota que me ha dejado a mi suerte. Me detengo observando la especie de reunión que tienen. No pienso quedarme.

Que me amarre otra vez si así se queda contento.

- Señora tiene que ir. El señor ha pedido que cene con ellos. — Susurra para que no nos oigan.

- No.

Sigo andando dirigiéndome al pasillo, queriendo llegar cuanto antes a mi cuarto.

- ¡Princesa! ¿Dónde vas?

Con una entereza de la que no dispongo, me doy la vuelta para verle de frente, dejándome la vida en mantener una pose erguida, debido a que me duele la espalda un montón y necesito una ducha para calmar la frigidez de mi cuerpo.

- Al dormitorio.

- Primero vamos a cenar.

- No tengo hambre. — Digo, observando que todos tienen la mirada sobre nosotros.

- Princesa estás desobedeciendo...

- Seguro que se te ocurrirá algo para hacérmelo pagar. — Suelto con ironía. - ¿Qué quieres que represente el papel de mujer feliz? ¡Pues no me da la gana!

- ¡Cállate ahora! — Vocifera.

- ¡No! — Me acerco hasta él llena de ira contenida. - ¡Te desprecio!

Alza la mano para darme una bofetada que no llega a tocar mi rostro, debido a que Ian, retiene su mano. Con una pequeña luz de esperanza y envalentonada, poso mi mirada sobre el segundo ser que aborrezco en la tierra.

- ¡Tú eres un hijo de puta! ¡Algún día no muy lejano te mataré!

No se amilana ante mi amenaza, sonrío como si le hubiera contado un chiste malo. El siguiente golpe se lo doy a la persona que me ha demostrado que no merece mi amor.

- Tú eres el peor de ellos. Te amé. Mejor dicho hasta hoy te amaba. ¡Me has acusado! ¡Me has insultado! ¡Has logrado que no disfrutara del cumpleaños de mi hijo! — Me muerdo el labio, temerosa porque sé que mi acción traerá represalias para mí. - Todo sin motivos, sin darme una razón de porque te estás comportando como un hombre que no tiene corazón. Pero se acabó. No has valorado el amor que te di. Espero que seáis muy felices, porque yo nunca más seré tuya. — Le escupo cabreada como nunca.

Me doy la vuelta dejándolos a todos con la boca cerrada. Luego lo pagaré, lo sé, si ahora Dago, no ha movido un dedo ha sido simplemente porque Ian, se lo ha impedido, veremos dentro de un rato como se las gasta y como haré para defenderme. Llego al dormitorio seguida de Jalila, mientras cierra la puerta, me dirijo al armario y extraigo un pijama para ponerme, entrando segundos después en el baño, habiéndolo dejado todo listo. Lleno la bañera con agua hirviendo, puede que las heridas me escuezan, aun así me arriesgaré a pasar un poco más de dolor, necesito calentar mi cuerpo lo antes posible y está es la manera más eficaz. Me sumerjo en el agua, soltando pequeños bufidos de alivio y sintiendo escalofríos en el cuerpo, cojo el bote de gel que huele a vainilla, lo abro y apretando fuerte varias veces, impregno el cuarto de baño y el agua del olor que tanto me gusta.

Relajada y con la cabeza apoyada en la bañera, contemplo sin contemplar nada, mis ojos van de un lado a otro sin rumbo, un claro síntoma de los nervios y temor que me asolan en el cuerpo. El presagio que se ha instalado en mi pecho me asfixia, igual que la última vez, mi alma presiente que se avecina un tormento para mí y que este es el único momento de paz del que podre disfrutar. Respiro hondo varias veces, para detener la congoja que amenaza con salir en cualquier momento. No puedo más, ese hombre es un demonio, violento, agresivo, frío, implacable... el monstruo al que cada niño le teme, la pesadilla de cualquier persona, me decantaría por decir que es el Freddy krueguer moderno, sería el perfecto actor para representar la película si la hicieran y no le haría falta estudiar el papel, lo clavaría a la perfección porque él es el mal reencarnado en vida.

- Jalila. El calmante. — Demando.

Jalila, entra por la puerta con un vaso y la pastilla. Me la entrega y me la tomo enseguida devolviéndole el vaso, lo deja encima del mármol del lavabo y se gira con una mirada compungida.

- Habla.

- Señora no debería haberlo hecho.

- ¿Crees que no lo sé? No puedo más Jalila. Llevo meses esperando que Ian aparezca y cuando lo hace me acusa de traidora. La situación de verme obligada a estar con Dago junto con Ian, desconfiando de mí y tratándome con esa desconsideración me ha superado.

No he podido morderme la lengua. No... no podía más... — Acabo casi sin voz sollozando.

Jalila, como siempre desde que está cuidando de Izan, me abraza, de una forma tan cariñosa y protectora que poco a poco calma mi llanto.

Pasan minutos hasta que se aleja, verificando que de mis ojos ya no caen lágrimas y sale por la puerta para entrar segundos más tarde con otra taza; mi té. Me lo tomo con tranquilidad hasta que un portazo, me pone sobre aviso de que, ya se me ha acabado el tiempo. Miro el reloj, mi paz ha durado exactamente media hora.

- ¡Fuera Jalila!

A empujones la hace salir del cuarto, una medida desmesurada para la pobre niñera que no estaba poniendo ninguna objeción en acatar la orden. Una vez la ha sacado del cuarto, regresa al baño y me contempla, su cara refleja lo enfurecido que está. Se apoya en el marco de la puerta. No quiero saber que estará maquinando ahora, su mirada fría y calculadora no deja de observarme, mientras se lleva una mano a la barbilla y se la acaricia, clara señal de que su mente está trabajando y valorando varias posibilidades para hacerme pagar el desplante que le he hecho en el salón.

Una sonrisa aflora en sus labios a la vez que se acerca con pasos lentos a la bañera y sé que mi calvario está por comenzar. Me muevo veloz levantándome y saliendo del agua, cojo la toalla y me la enrolló en el cuerpo. Como un depredador se tira sobre mí, forcejeo con brío y consigo darle un codazo que no le hace mucho, porque arremete dándome un puñetazo en el estómago que me deja sin aire, intento recuperar el oxígeno, sin conseguirlo a tiempo para evitar que su mano se enrede en mi pelo y tire hacia abajo haciendo que del dolor acabe en el suelo de rodillas. Clavándole las uñas en las manos consigo que afloje un poco su agarre, pero no el suficiente como para poder liberarme. No me percató de lo que piensa hacer, hasta tener la cabeza bajo el agua y estar luchando como una gata por mantener el aire en mis pulmones y no ahogarme, segundos después estira sacando mi cabeza del agua y yo doy bocanadas desesperadas por coger aire, vuelve a repetir la acción y así sigue hasta que estoy agotada y no me quedan fuerzas para pelear. Tirada sobre el suelo recuperando el aire, veo como se limpia las manos con parsimonia.

- ¡Maldita zorra casi lo echas todo a perder! ¿Sabes lo que me ha costado conseguir hacerme con la mitad del Cruce? ¡Y tú maldita casi lo estropeas con tu boca!

- ¡Qué te... jodan!

- Creo que es hora de recordarte con quien tratas.

- ¡No!

- ¡Sí!

Me levanta de malos modos y atravesamos el pasillo hacia su dormitorio, mientras intento resistirme. ¡No, no! ¡Dios mío otra vez no!

Agarrada al marco de la puerta resisto todo lo que puedo, hasta que saca la navaja y la pega a mi cuello, en el acto abro mis manos, separándome de la puerta. Poco antes de que cierre la puerta y eche la llave, llego a ver a Jalila, asomada por la puerta de su dormitorio con una mano tapando su boca y una lágrima resbalando de sus hermosos ojos verdes.

Bajo la cabeza resignada, todavía con la navaja pegada a mi piel.

- Siéntate. — Ordena retirando la navaja de mí.

Lo hago con pasos torpes y temblando de miedo, a la vez que se dirige al armario y rebusca lo que me parece una eternidad, cuando vuelve porta en la mano una cadena, para ser explícitos; la cadena. La misma que utilizó aquella noche y con la que consiguió doblegar mi voluntad.

Me llevo las manos a la cabeza queriendo apartar esas malditas imágenes que me atormentan día tras día. Doy un bote de la cama.

¡No lo haré! ¡Me niego!

- Dago. Por favor, no lo hagas.

- ¡Aquí ahora!

Niego con la cabeza. Mis ojos van de él a la cadena y de la cadena a él, debido al miedo, todo mi cuerpo se ha paralizado y por mis ojos se deslizan lágrimas, cuando se vuelve a poner a mi altura otra vez me veo forcejeando. No sirve para mucho, habiendo estado toda la tarde amarrada, después de haber recibido varios latigazos, sumado a la batalla en la bañera y ahora lidiando con esto, estaba claro que lo tenía todo perdido desde el primer momento. Rodea mi cuello con la cadena y le pone el candado, dispongo del hueco suficiente para respirar, pero no para hacer movimiento, porque lo único que conseguiría si lo hiciera sería rasgar mi piel con pequeños cortes debido a los pinchos que lleva la cadena.

Tira de ella y tengo que seguir el camino que sigue la cadena, si no lo hago, me llevo un corte. Me recuesta sobre la cama y amarra la cadena encima del cabecero, enganchada a una especie de clavo, de esa forma evita que pueda arremeter contra él, teniendo que soportar todo lo que se le ocurra hacer. Le veo deshacerse de su ropa y como cada vez que se le ocurre tocarme, giro la cabeza. Se pone sobre mí y su boca va directa a la mía, con un asco insostenible cierro la boca negándole el acceso a ella, el filo de la navaja brilla a la vez que le doy patadas queriendo apartarlo de mí. Quieta como un mueble me quedo cuando la navaja roza la cara interna de mi muslo, suspiro derrotada, a la vez que me dedica una sonrisa triunfal devastadora, satisfecho por su victoria, consiguiendo que deje de luchar contra algo inevitable. Se adentra en mí y mientras él toma lo que quiere, cierro los ojos y lloro implorando que dure poco el suplicio, pensando que una vez basto que me empeñara hasta las últimas en evitarlo, para que hoy una cicatriz de varios centímetros atravesase toda la cara interna de mi muslo izquierdo. Poco después percibo el gruñido de satisfacción y su semilla llenar mi interior, momento en el que siento la mayor repulsión hacia él y hacia mí misma. Al retirarse, me besa y con sus dedos, seca las lágrimas de mi rostro.

- Si te dignaras a cooperar sería más satisfactorio para ti. — Suelta con mofa.

- Prefiero cortarme las venas antes que yacer por gusto contigo. — Le espeto.

- Princesa algún día te ahorraré trabajo y yo mismo te mataré. — Dice, para después, dejar un beso en mi frente.

Suelta la cadena, abre el candado y haciéndose a un lado de la cama, me da una patada,

consiguiendo que me deslice por ella y caiga al suelo aterrizando sobre mi costado.

- ¡Regresa a tu cuarto!

BREVES HORAS DE LIBERTAD.

Desnuda atravieso el pasillo hasta mi dormitorio, conforme entro, salgo corriendo al inodoro y sin poder contenerme por más tiempo, vomito la comida que tengo en el estómago, las arcadas transcurren sucesivamente durante minutos, mientras las lágrimas siguen cayendo de mis ojos. Oigo la puerta abrirse, giro la cabeza esperando encontrar a Jalila, pero me sorprende al ver a Carina, acercándose a mí con una pastilla en la mano. Frunzo el ceño.

- Esto te ayudará.

- ¿Qué es eso?

- Si preguntas no la tomaras.

- ¿De dónde la has sacado?

- Bueno esto es de lo que están tratando Dago e Ian. Algo sobre fusionarse. No lo entendí bien. El caso es que la cogí del despacho de Dago.

La sostiene en la mano esperando que decida si la voy a tomar o no, lo considero durante varios minutos, mi vida es un infierno, necesito olvidar, simplemente me conformo con unas horas, no puedo seguir resistiendo esta tortura, me repugna ser quien soy, sería mentira si dijera lo contrario, pero no puedo escoger el camino fácil.

- No Carina.

- No seas tonta. Me tomaré una también y nos iremos a la playa.

- Ja, ja, ja. ¿Y como saldremos sin que se entere Dago?

- Muy fácil. Tengo dos hombres a los que he engatusado y nos dejarán salir por unas horas.

- Dámela.

Sosteniéndola en mi mano, veo como Carina, saca otra, igual a la mía de su pantalón, juntas nos la tomamos y sonreímos por la estupidez que acabamos de hacer, pero todo sea por olvidar. Me entrega un pantalón y una camiseta, me lo pongo y sin hacer ruido salimos, como ha dicho, los dos guardias nos sonrían y nos dejan salir. Cuando estamos llegando a la playa el efecto empieza hacerse patente, ya no tengo ganas de llorar, sino que sonrío y no sé por qué. El subidón que siento es una pasada y la excitación que corre por mi cuerpo me hace sentir bien, la mente se bloquea evitando que en ella haya imágenes, pensamientos u otra cosa que no sea colores y un espacio en blanco.

- Creo que es hora de darse un chapuzón. — Dice Carina, con una sonrisa tras media hora de estar revolcadas por la arena.

- Estoy de acuerdo. Ja, ja, ja.

Nos quitamos la ropa y decididas nos metemos en el agua sin importarnos que sea invierno y que haga frío. Nado lo que parece una eternidad, «que bien sienta ser libre por

un día», me digo a mí misma, mientras que de espaldas dejo que el agua me meza. De repente a mi mente acude una clara idea y le echo la culpa a los efectos de lo que he tomado.

- Vamos.

- ¿Dónde? — Pregunta sonriendo.

Es una pasada lo que hace la pastilla, en ningún momento dejamos de sonreír, todo lo que hacemos por pequeño que sea nos hace reír sin remedio. No sé lo que vera ella, pero yo insistentemente veo la cara de Ian, en muchos colores y eso me hace desternillar de risa y sentarme de culo en la arena, por pensar que parece un camaleón.

- A visitar a un amigo. Ja, ja, ja.

- A las... espera que no veo... ¿Dos?.

- Ja, ja, ja. Como... si quieren ser las seis. Si me toca las narices... ¿Por qué no voy a tocárselas yo a él?

- Vale. Creo que me haré con más pastillas de esas. Ja, ja, son increíbles.

- Sí. Creo que hasta yo lo estoy valorando. Ja, ja, ja.

Me da la mano para ayudarme a poner en pie y terminamos las dos de culo otra vez.

- ¡Oyeee para que me ayudas si te vienes tu conmigo!

- Es que pesas mucho. Ja, ja, ja.

- ¡Me estás llamando gorda rubia!

- Ja, ja, ja. Lo siento no era mi intención.

- ¡Anda, cállate y vamos que al final si nos dan las seis!

- Ja, ja, ja. Mejor no que, no creo que le haga gracia.

- ¿Y ahora sí? ¿Qué diferencia hay?

- ¡Pues llevas razón! ¡Ale vamos a tocarles un poco la moral a esos imbéciles!

- ¡Esa es mi rubia!

A carcajadas limpias durante los tres o cuatro minutos que hay de recorrido a donde vive Ian, nos plantamos en la puerta.

- ¡Sindy vas desnuda! — Me detiene la voz de Carina, antes de llegar a tocar.

Me miro de arriba abajo, lleva razón, mi cuerpo simplemente está cubierto por la ropa interior mojada. Desvío la mirada a su cuerpo y me muerdo el labio para aguantarme las ganas de reír.

- ¿Y tú como vas guapa? Ja, ja, ja. — La hago consciente de que va igual que yo.

- ¡Joder! ¿Dónde hemos dejado la ropa? Ja, ja, ja.

- ¿Qué más da? ¡Estos ya nos han visto en bolas! — Digo, a la vez que toco el timbre de la puerta tres veces seguidas.

Esperamos sin borrar nuestras sonrisas de los labios, viendo que nadie abre, volvemos hacer la misma operación, tras unos minutos, abre la persona que más mal me cae del planeta, pero como voy drogada sigo con una sonrisa en el rostro, sin inmutarme que el que esta delante de mi es el asesino de mi padre.

- ¡La hostia! — Exclama.

- ¡Nosotras también nos alegramos de verte!

Tiro de Carina, dándole un empujón a Marcos entrando como si fuera mi casa, con pasos inestables llegamos al salón seguidas de Marcos que nos pisa los talones, deduzco que preguntándose; que coño hacemos aquí a las dos de la mañana y como nuestra madre nos trajo al mundo.

- ¿Sabe Dago, que andáis así por la calle?

- ¡Cierra el pico y pon algo de beber!

- ¡Crees que soy tu sirviente!

- ¡Rubia mira en ese mueble de ahí! Es donde ponen la bebida buena.

— Digo señalando el mueble bar de debajo de la televisión.

La rubia hace lo que le he pedido mientras, Marcos se cruza de brazos.

No sé, como no nos ha echado en cuanto nos ha visto, aunque tampoco habría logrado mucho, parece que no, pero lidiar con dos mujeres dopadas con ganas de fiesta, es insufrible hasta para un matón como él.

- Mira lo que he encontrado. — Dice, balanceando una botella con un líquido rosado.

- ¡No! ¡El Four Roses Small es de edición limitada! — Aclara Marcos, yendo hacia Carina, para arrebatárselo.

Carina que lo ve venir sale corriendo en mi dirección, cuando llega a mi altura me pasa la botella, Marcos cambia el rumbo viniendo hacia mí, todo lo rápido que puedo y me permiten los efectos de la pastilla consigo abrirla, le devuelvo la botella a la rubia, ella tira para un lado y yo para la cocina a coger dos vasos. Vuelvo y mis risas son imposibles de contener al ver a Marcos, sentado con las manos en la cabeza en señal de exasperación y a Carina, de pie bebiendo a morro de la botella.

- ¡Oye deja para mí!

La rubia hace un ademán con la mano, indicando que vaya y me sirva yo misma. Camino hasta llegar a ella, empuño la botella y me la empinó dándole un buen trago.

- ¡Disfrutarla porque os estáis bebiendo un whisky de miles de euros!

- ¿No es para eso la bebida?

- ¡Esa no!

- ¡Pues está muy buena!

La rubia y yo soltamos risotadas sin parar, mientras Marcos nos mira alucinado sin saber que hacer. Le doy otro trago largo al líquido, cuando la retiro de mi boca, siento parte del

líquido derramándose por mis labios, alargó el brazo para entregarle el envase de cristal a la rubia...

- ¡Qué cojones hacéis!

Ante la voz potente de Ian, doy un bote y antes de que Carina, se haga con la botella, se resbala de mi mano y cae haciéndose añicos en el suelo empapando el líquido parte del suelo y el sillón. ¡Se fastidió la fiesta!

- Eso llevo preguntándome quince minutos. — Dice, el traidor.

- Dime que eso no es...

- Sí. Tu mejor botella ha pasado a la historia.

- ¡Joder! ¡Estáis como una regadera! ¿Dónde está vuestra ropa?

- Ja, ja, ja. En la playa. — Espeto entre risas.

Ian se acerca a mí en dos zancadas, su mirada me repasa de los pies a la cabeza, pone los ojos en blanco y tras unos segundos sus iris azules se unen a los míos grisáceos. Súbitamente la cabeza comienza a darme vueltas, trato de mantener mi vista fijamente sobre él, pero no lo logro. Cuanto más empeño le pongo en enfocar los ojos en Ian, peor me encuentro, los ojos se me cierran y empiezo a sentir como por el cuerpo me recorren pequeños espasmos, sintiéndome pesada y haciendo esfuerzos por agarrarme a la silla que tengo al lado para no caer.

- ¡Sindy! — Escucho a la vez que unos brazos me rodean la cintura.

No sé que me pasa, mi cuerpo no responde, quiero abrir los ojos; pero no obedecen lo que dicta mi cerebro.

- ¡Qué mierda ha tomado! — Percibo sobre el sueño que se empeña en arrastrarme a la oscuridad.

- No... no se...

- ¡Cómo que no lo sabes! ¡Joder Carina!

Siento como un vaivén suave, como si me acunaran, las ganas de dejarme ir se hacen más insistentes, descansar, volar algún sueño lejos de mi realidad y no despertar.

- Era... era una pastilla. Las que os vende Dago.

- ¿Qué?

- Lo siento.

- ¡Marcos ayúdame hay que hacerla vomitar! — Oigo por última vez antes de rendirme a las fuerzas oscuras que tiran con energía para que deje de luchar por mantenerme consciente.

Abro los ojos por fin tras tres intentos infructuosos, con el cuerpo pesado me incorporo, un leve mareo hace que me quede muy quieta mirando la colcha que me cubre. Me llevo las manos a la cara en un movimiento pausado, como si mi cuerpo recibiera la orden que le doy con retraso. Resoplo. Me encuentro como si me hubieran dado una paliza. «Eso te pasa por tomar lo que no debes», me reprendo por haber sido una idiota. Observo el

cuarto, reconozco el lugar, los muebles, el color de las paredes y la cama; La habitación de Ian.

¡Joder! No salgo de una cuando me meto de lleno en otra. La puerta se abre y me niego a mirar a la persona que entra por ella, bajo la mirada y avergonzada me doy masajes en la muñeca donde llevo estampado la prueba de que nunca deje de amarlo.

- ¿En qué pensabas? — Pregunta en un tono inflexible.

- ¡Por dios Ian, dame un respiro!

A pasos ligeros y seguros se sienta en una silla al lado de la cama, me observa con intensidad y unos minutos después su ceja se alza hacia arriba como diciendo «vamos es para hoy».

- ¡Mi vida es un infierno! — Exploto. - ¡No sabes todo lo que he pasado!

¡Todas las bajezas que te puedas imaginar son pocas para lo que yo estoy pasando! ¡No sabes cómo me sentí cuando me di cuenta de que no me amabas como yo a ti! — Me trago un sollozo y me llevo las manos a los ojos para limpiar las lágrimas que han rodado de ellos. -

¡Necesitaba olvidar! ¡Olvidar que ese desgraciado hace conmigo lo que quiere! ¡Olvidar que mi vida es un asco! ¡Olvidar que alguna vez creí en ti!

Dejo salir todo lo que llevo guardando tanto tiempo, lo que tanto daño me está haciendo, dejo que salga todo intentando lograr hallar algo de calma para mi alma.

- Sindy... estás recibiendo lo que tú has buscado.

Lo atravieso con la mirada porque se atreva a seguir desconfiando de mí. Me levanto como un ciclón, sintiendo un pequeño vértigo debido al ímpetu con el que he hecho la acción, miro por el dormitorio buscando algo que ponerme, cuando mi vista repara en la ropa que me presto ayer Carina. Debe haber mandado que fueran por ella. Bajo la atenta mirada escrutadora de Ian, me visto. ¡Madre mía la que me va a caer cuando llegue a casa de Dago! Pienso mientras veo entrar el sol por los ventanales.

- ¿Por qué lo hiciste? — Llama Ian, mi atención.

Doy la vuelta sobre mis pies para verle de frente.

- Si me explicas que crees que es lo que hice, te podre responder.

- ¿Cómo pudiste disparar a tu padre?

- ¡Queeee!

La sacudida que siento en el cuerpo, me hace tambalear hacía atrás y cogermela a la cómoda que tengo detrás de mí. Lo miro por un largo rato, sin creer que de su boca haya salido semejante pregunta. ¿Qué yo que? A ver si ahora el que se ha drogado ha sido él... ¿De dónde ha sacado esa barbaridad? «Marcos», me respondo yo misma.

- No te lo voy a tener en cuenta porque no sabes lo que estás hablando. Si vuelves acusarme de algo así más te vale hacerlo con una prueba delante.

- ¿Quieres pruebas? — Dice, llegando donde estoy.

Me coge del brazo arrastrando de mí fuera del cuarto, haciéndome sentir un leve dolor debido a la fuerza con la que tira de mi cuerpo.

Varios golpes le doy en la espalda, pero no se digna a soltarme hasta estar dentro de su despacho.

- ¡Siéntate! — Grazna enfurecido.

Haciendo lo que ha pedido, me siento en la silla giratoria detrás de la mesa de oficina en color madera. Me quedo muy quieta expectante a ver lo que me va a mostrar.

- ¡Mira la pantalla!

Colocado a mi costado pasea el ratón por la pantalla hasta parar en una carpeta que dice: «la traidora». La abre y observo el vídeo al que le ha dado a reproducir. Los gestos de mi rostro cambian de la curiosidad a la desolación y desesperación que sentí aquel día. Sigo atenta a las imágenes que se desarrollan bien y como fueron en el aeropuerto. Mi cara cambia a una incrédula y confusa cuando llega la parte en la que Marcos sostiene la pistola, ya no es quien la sujeta, ni el que apunta a mi padre, en la imagen se ve como sonrío con el brazo estirado, mientras Marcos es sujetado por varios hombres. Mis labios se mueven como de haberle dicho algo a mi padre y después se le ve caer al suelo. Me llevo las manos a la boca y el pecho se me agita al volver a ver caer al hombre que me dio la vida a la fría superficie. ¡Lo han manipulado!

- ¡No puedes creer eso! ¡No fue lo que paso! ¡Joder Ian, eres listo!

- No me sueltes chorradas Sindy. Se ve claramente que eres tú.

- ¡Vete a la mierda! — Digo, levantándome abruptamente de la silla. -

¡Si el vídeo estuviera bien habrías visto como lloraba con la cabeza de mi padre sobre las rodillas! ¡Habrías visto que el puto traidor lo tienes metido en tu casa! Sabrías que mientras volaba en ese avión, moría de dolor por ver morir a mi padre en mis brazos y ver como me alejaban de ti... — Termino en sollozos.

Me doy la vuelta negándome a creer que, sea tan estúpido para no ver que se la están metiendo doblada. Abro la puerta y atravieso el marco limpiando las lágrimas de rabia que se escapan de mis ojos.

- ¡No está muerto!

Las palabras de Ian, me dejan paralizada por unos segundos, vuelvo andar el camino que había recorrido y lo miro con una pequeña esperanza de que no sea una patraña y me este diciendo la verdad.

- ¿Qué... que has dicho?

- No está muerto.

- ¡Por lo que más quieras dime que no lo sabe nadie!

- Siéntate.

Cuando lo he hecho, se posiciona frente a mí, dejando reposar su cuerpo sobre la mesa, estamos muy cerca, pero muy lejos a la vez, la barrera que él ha impuesto por crearme una asesina y la mía que ha crecido desmesuradamente por culpa de su desconfianza y el dolor

que me ha causado con ella, no deja que el amor que existe salga a flote.

- Encontraron a Marcos, tirado en el piso con una paliza que estuvo a punto de matarle. — Comienza el relato mirándome a los ojos. - Tu padre estaba muy mal. Cuando llego al hospital se debatía entre la vida y la muerte. Fue operado de emergencia y consiguieron extraer la bala.

Por días creí que no sobreviviría, pero es fuerte y lucho. Consiguieron estabilizar sus constantes vitales y lo tuvieron que inducir a un coma. —

Hace una pausa y toma aire. - Todavía no ha despertado. Está en un hospital de alta seguridad. Nadie puede acceder excepto yo.

- ¿Por qué me lo cuentas si estás seguro de que soy la que intento matarlo?

No lo entiendo, cada vez me confunden más sus cambios bruscos de actitud. Si realmente está convencido de lo que dice, a mí debería ser a la última persona a la que se lo confesara.

- Porque me confundes Sindy, porque quiero creer en ti, pero me es muy difícil con una prueba de semejante calibre. Tal vez sea un imbécil y quiera ver lo que no es. Tú haces que actúe con irracionalidad.

Me pongo de pie hasta estar a su altura y dejar un leve espacio en el que nuestros cuerpos están a una mínima distancia, le pongo la mano en la cara y le acaricio sin que ponga objeción o me rechace como pensé en un primer momento haría. Acopla su rostro a mi palma y tiemblo ante un gesto tan inocente, como añoro poder besarle, poder acariciarle como estoy haciendo, poder pegar mi cuerpo al suyo sin temor, solo sintiendo latir nuestros corazones al mismo son. Su mano que hasta el momento, aguardaba a su costado, se desplaza suavemente hasta llegar a mi cintura, con un movimiento tan suave, como el contoneo de un barco mecido por las olas, une nuestros labios.

Como cada vez que siento la boca de Ian, sobre la mía, vuelo al mundo de la felicidad sintiendo retumbar mi corazón fuertemente. Le devuelvo el beso con anhelo, tras estar meses sin sentir el sabor de su boca sobre mí. Como el afrodisíaco que son sus besos para mi cuerpo, toda mi piel empieza a hervir, resurgiendo un fuego inmenso que desde hace meses llevaba muerto.

DESCUBRIMIENTO DOLOROSO.

- Lo siento... no sabía...

Ian, se aleja de mí inmediatamente, se lleva la mano a la cabeza en un claro signo de arrepentimiento a la vez que se me encoge el corazón al ver salir a la muchacha morena con los ojos empañados por un brillo, claramente debido a la acumulación de las lágrimas por no dejar que se deslicen por su rostro. Ian sale detrás de ella y los sigo por curiosidad, poco antes de que la chica deje el pasillo, la alcanza y la estrecha entre sus brazos, mientras le susurra una y otra vez, «lo siento». La chica se abraza a su cintura dejando que salgan las lágrimas de decepción, mientras Ian, une su boca a la suya dándole un beso arrollador, como si dos segundos antes su boca no hubiera estado sobre la mía, el corazón me da un pinchazo debido a la demoledora escena que estoy presenciando y que mata un poco más el amor que le proceso.

- Ian, si la quieres ves con ella. Lo entenderé. — Dice, la muchacha dulcemente.

- No. Quiero estar contigo. Tú eres lo que necesito.

Con la cabeza agachada, regreso al despacho y dejo de allanar la intimidad que están teniendo. Mientras aguardo a que Ian regrese, el teléfono que está a mi derecha me llama desesperadamente. Si Dago se entera... lo miro por unos minutos más y sin poder contener el impulso descuelgo y marco el número de la casa de mi madre.

- ¿Sí?

- ¿Mamá? — Digo, en un sollozo, mientras llego a los cristales.

- ¡Sindy! ¿Cariño como estás?

- Mal, mamá. No puedo más. No sé a quien recurrir para que me ayude y no encuentro la manera de sacar a Izan de ahí. Lo he intentado varias veces mamá.

- Cariño...

- Por favor, deja que me desahogue. Cada vez las palizas son mayores. Me encierra, me golpea, me separa de Izan. ¡No sé qué hacer!

Los sollozos de las dos se hacen fuertes y sonoros, sé que no debería decirle todo a mi madre, sino que debería calmarla, decirle que estoy bien, pero no puedo, estoy quebrada y sobrepasada, si sigo callando voy a terminar con una depresión de caballo.

- Sindy. — Oigo la voz de mi cuñado. - Pídele ayuda a Ian.

- ¿En serio? Por favor, Anthony. — Digo, agriamente. - Tu hermano no cree en mí. No sabe que ese maldito se llevó a nuestro hijo y a mi madre, planeado junto con ese traidor. Tampoco sabe que tuve que firmar mientras mi madre estaba llorando golpeada en el suelo y un matón sostenía a mi hijo bajo amenaza de que si no lo hacia lo tiraban al mar. No sabe la de canalladas que me hizo el maldito aquel día que me dejo encerrada hasta caer la noche, ni siquiera lo que te imagines se acercará a la realidad. Y ahora mientras tu hermano obvia la realidad manteniendo revolcones con otra, yo tengo que ingeniar de mil y una manera para que el desgraciado no me deje embarazada.

- Sindy cuéntale todo.

- ¿Y que le cuento si no me va a creer? Ha tomado su decisión Anthony. Yo lo hice obligada y el por voluntad propia. Su... corazón le pertenece a otra... — Suspiro, limpiando mis ojos con el dorso de la manga. - No te preocupes. Estaré bien. Encontraré la manera de volver a casa. Os quiero, darles besos a mis sobrinas y cuidad de mamá.

Finalizo la llamada mirando el sol por la ventana. No dispongo de más tiempo. Otro día más de tortura por mi desobediencia, sumado a que he pasado la noche en casa de Ian; ¡Cómo mínimo tres días en el cuarto calabozo me esperan! Giro sobre mis talones, encontrándome de lleno con una mirada azul ininteligible.

- Será mejor que me vaya...

Paso por su lado camino de la puerta, sin llegar muy lejos, porque su mano me detiene agarrándose a mi brazo como si fuera un gancho. Lo miro desafiante.

- ¡Suéltame!

- ¿Quieres que confíe en ti? — Dice, ladeando la cabeza hacia un lado, en un gesto arrogante. No espera que conteste, es una pregunta de esas retóricas. - ¡Empieza a aclararme toda esa mierda que le has dicho a mi hermano y sin dejarte nada!

- Ian, aunque quiera contarte todo de principio a fin. No puedo. Haber pasado la noche aquí, me va a costar un encierro. No dispongo del tiempo suficiente y tu novia te estará esperando. Ve con ella. Mi vida ya no es problema tuyo.

- No lo entiendes. ¡Mira la hora que es! ¿Has visto que haya aparecido?

No vendrá Sindy. En estos meses nosotros hemos crecido. He aumentado los grupos de hombres, reforzado la vigilancia en los negocios y encargado de hacernos con armas mejores que las tuyas.

¿Porque crees que está tratando con nosotros? ¿Por gusto? No querida, es porque sabe que ahora si se libra una batalla él saldría perdedor. ¡Así que habla!

Armándome de paciencia meneo la cabeza de un lado a otro, nunca lo entenderá, no se da cuenta de que mi prioridad es y será mi hijo, por encima de él, de mí y de cualquiera.

- Olvida todo lo que has escuchado y ve con ella. —Digo, dando un tirón del brazo, liberándome de su aferramiento.

Llegando al recibidor, por la puerta que da al comedor, veo a Carina, recostada con la cabeza apoyada en un almohadón.

- Carina, vamos.

Alza la cabeza y me mira, dándome una mirada desganada y sin brillo, consecuencia de que sabe tan bien como yo lo que vendrá a continuación.

- Sindy... ¿De verdad quieres ir?

- Cuanto más tarde peor será. Vamos.

Diez minutos después, nos adentramos en el interior de la casa. Con temor inspecciono el lugar con la mirada, mis ojos reparan en Jalila, que juega con Izan, nos acercamos sigilosas y con los sentidos alerta, preparadas para cualquier cosa. Tengo el tiempo justo de dedicarle a mi pequeño una sonrisa y un beso, cuando veo aparecer al demonio por el pasillo con una mirada iracunda, disimuladamente para que mi niño no sea testigo del enfrentamiento, camino hacia el antes de que él llegue a donde está mi hijo.

El primer guantazo es potente y demoledor, de la misma fuerza aterrizo en el suelo, y seguido recibo una patada en el estómago que me deja por minutos sin respiración. La siguiente patada la recibo en el costado, mientras me retuerzo de dolor a consecuencia de la primera, poco antes de recibir el siguiente puñetazo en la cara a la altura del ojo, puedo ver como Jalila, se lleva a Izan para que no vea semejante aberración y a Carina, echarse encima de Dago, para intentar que se detenga. Siendo su acción en vano, Dago enreda la mano en mi pelo, me levanta y con las mismas me da un empujón haciéndome impactar con la mesa del centro.

- ¡Basta Dago! ¡La vas a matar! ¡Ha sido mi culpa! — Grita Carina, desesperada al verme sangrar por la boca.

- ¡Maldita zorra aparta de mi camino! — Dice, y con las mismas le da un empujón,

quitándosela de encima.

Veo rodar a Carina, mientras persisto en ponerme de pie, el dolor es tan intenso que casi no puedo hacer movimiento y no logro mi cometido. Aullando de dolor, me asesta otra patada brutal que me hace dar la vuelta en el suelo y caer bocarriba. Sin poder moverme pone el pie sobre mi garganta y hace presión, la respiración se me empieza a dificultar y doy bocanadas hondas para conseguir que entre aire a mis pulmones; operación que hace que aumente el dolor en mis costados.

Clavando sus ojos en mí, sonrío satisfecho de verme postrada en el suelo indefensa.

- ¿Has dejado que toque lo mío?

Ni loca se me ocurriría soltarle que me ha besado y que ha sido el mejor beso del mundo, aunque me este muriendo por escupirlo y ver la cara que pone.

- N... no... — Digo, con esfuerzo por la presión que hace su pie en mi garganta.

- Si vuelves hacer algo como lo de anoche no vivirás para contarlo. —

Advierte. - ¡Kamil! — Llama a voces.

El matón de su mayor confianza aparece por la puerta de la cocina.

- ¡Enciérrala hasta el viernes!

- ¡No! Dago, no me acercaré más a él. No me encierres...

- He dicho hasta el viernes y lo acatas sin protestar. Aprende de una vez que eres mía.

Al contrario que Dago, Kamil es un poco más considerado y me carga en brazos hasta el dormitorio, para mí; el calabozo. Me deja sobre la cama y con las mismas sale echando la llave. ¡Seis días! Nunca ha durado tanto un encierro, he debido hacer que se cabree mucho para que haya alargado mi estancia en este condenado cuarto. Pasadas unas horas, Kamil regresa.

- Deberías valorar un poco más tu vida. — Dice, entregándome una pastilla y un vaso de agua.

- Gracias.

Vuelve hacer su camino y hacer la misma operación de hace unas horas; salir echando la llave.

Me siento a contemplar el techo blanco, imaginando que miro el cielo y el aire del invierno me acaricia la cara. Tres días han pasado y sigo encerrada, las horas se hacen eternas, sé que otro día ha pasado porque todos los días recibo desayuno, comida y cena. Mi desesperación crece por momentos, no ver a mi hijo, junto con estar encerrada sola como si estuviera en un manicomio, empieza acabar con mis fuerzas y mi resistencia. La puerta se abre y Kamil, entra como todos los días a dejar la bandeja de la cena, puedo saber que es la cena, porque es la tercera bandeja que entra hoy por la puerta y como los demás días y las veces anteriores pronuncio la misma frase.

- Puedes llevártela.

- Sindy. Estás haciendo una tontería. Te quedan tres días más. Vas a conseguir enfermar.

Sin darle respuesta, me levanto, retiro la colcha, me tumbo, y cierro los ojos deseando que los siguientes días de condena pasen rápido.

Abro los ojos y con las pocas fuerzas de las que dispongo, tras estar cinco días sin comer, manteniéndome a base de agua, entro al baño, abro el grifo y me desprendo de la ropa. Me meto bajo el agua hirviendo y relajo todo mi cuerpo, manteniendo la cabeza por un rato dentro del chorro del agua que cae de arriba de la ducha en forma de lluvia.

- Sigues siendo una preciosidad, aun con moratones y un par de kilos menos.

Me paralizó al oír su voz, sabiendo que no deja que pasen más de tres días, con suerte cuatro, para calmar su instinto animal y por eso está aquí. Los pelos del cuerpo se me erizan, incluso antes de darme la vuelta y ver como se va deshaciendo de la camisa azul impecable que lleva. Suspiro, tragándome el orgullo y temblando como un cachorro acorralado. Me pego hasta tocar mi espalda en la pared, cuando se adentra y posa una mano en mi cintura, con brusquedad me arrima a su cuerpo y posa sus labios sobre los míos.

- Si te portas bien. Después podrás ir a ver a tu hijo. — Dice, sonriendo al abandonar sus labios mi boca.

Asiento sumisa, porque de nada servirá que me resista, aparte de no disponer de las fuerzas, ni energías, él sabe que en este momento es cuando consigue su propósito y me domina a su voluntad, simplemente por el hecho de que estoy vulnerable. Vuelve a pegar sus labios a los míos, saboreando y degustando mi boca a su antojo, sus manos se deslizan por mi cuerpo en caricias que me hacen temblar y no de excitación, sino por el asco que siento hacía mi misma por dejar que doblegue mi voluntad. Me aprieta más contra la pared, mientras que de su boca se escapan pequeños gruñidos de satisfacción. Tirando de mi pelo deja mi cuello expuesto para él, entreteniéndose en pasear su babosa lengua por toda la largura de mi cuello, alternado con alguna que otra succión que dejará marca en mi piel. Cargándome en peso, se adentra en mí y se mueve sin compasión, golpes fuertes y duros que hacen que de mis ojos rueden lágrimas, mientras él sacia su instinto, poco después se deja ir y como cada vez, aprieto la mandíbula deseando morir.

Acurrucada en la ducha media hora más tarde, tras haberme pasado la esponja a conciencia por todo el cuerpo, queriendo limpiar cada rincón que el infeliz se ha atrevido a ultrajar con sus asquerosas manos, decido que es hora de salir. Me pongo un camisón y una bata y salgo del cuarto de castigo. Pasando por el despacho de Dago, escucho voces y me detengo. «La curiosidad un día acabará conmigo», pienso mientras agudizo el oído.

- Entonces estás de acuerdo con la fusión del Cruce. ¿No? — Pregunta Dago.

- Estoy de acuerdo porque esas pastillas de 2cb, me harán ganar más dinero. Los ricos que regentan mi casa de juegos, están cansados de las drogas comunes a las que están acostumbrados y ya no les provoca el efecto deseado. Así que sí. Te dejaré distribuir las en el Cruce, a cambio de una succulenta tajada. Ganas tú y gano yo.

¿Debería poner pegajosas al negocio?

- Perfecto. Mañana mandaré uno de mis chicos para que se las entregue a uno de los tuyos y que las empiece a repartir.

Siento como unos pasos y me alejo rápidamente de la puerta, espero un poco, pero nadie sale, así que me vuelvo acercar.

- Ian. No te acerques a ella. — Deja caer en advertencia.

- Puedes estar tranquilo. El sábado decidimos poner fecha a la boda.

El corazón se me comprime al escuchar la seguridad con la que habla de su boda y por darme cuenta que esa decisión fue tomada el mismo día que yo salí de su casa. Decepcionada como nunca lo he estado, me obligo a mantenerme entera y que su determinación no me afecte, pero por mucho empeño que le pongo; sigue escociendo.

- Estaremos invitados. ¿No?

- Por descontado. La boda será en tres meses. Pronto os llegara la invitación.

Con un humor agrio, me alejo del despacho y busco a Jalila, encontrándola en el jardín con Izan jugando con los coches. Me dirijo a ellos y me siento al lado de mi pequeño, enseguida que se da cuenta, se me tira en brazos dándome besos en la cara haciéndome reír y a la vez hacer una pequeña mueca al sentir resentirse el costado donde recibí los golpes, segundos después por el rabillo del ojo veo salir a Ian, seguido de Dago. Desvío la mirada dispuesta a olvidarme de que una vez le ame.

- Princesa ven.

Aprieto los puños antes de plantar una sonrisa en mi cara y levantarme como si fuera la mujer más enamorada de la tierra.

- ¿Qué sucede? — Digo, llegando a ellos.

Ian me da una ligera mirada disimuladamente, terminando por fruncir el ceño pasmado. Supongo que se nota bastante el peso que he dejado y las fuerzas que escasean en mí.

- Hemos cerrado el trato, llegado a un acuerdo y limado asperezas.

Pronto Ian se casará y ha sido muy amable de invitarnos. — Dice, con una falsa voz suave.

¡Capullo! Todo lo que quería era hacerme daño, pero como lo he descubierto con antelación, mi cara no refleja otra cosa que desinterés hacia el tema del que hablan. Chasqueo un poco la lengua antes de hablar, manteniéndolos expectantes a la reacción que creen que van a ver, pero no verán. ¡Menudo chasco se van a llevar!

- Me alegro mucho. Espero que seáis muy felices y asistiré encantada, incluso me compraré el mejor vestido para lucir en un día tan dichoso como lo es una boda.

Antes de darme la vuelta para seguir recuperando los días perdidos con Izan, me doy cuenta de que la cara de Ian, es un poema y la de Dago, eufórica, reacción que ha causado en el segundo, que le haya dado una patada en los huevos al primero con mi apatía. A la hora de la comida, me siento al costado de Dago, como hago a diario a petición de él, mientras Jalila, se lleva arriba a Izan.

- Has estado perfecta princesa.

- No sé a que te refieres.

- Princesa, si te comportaras como los has hecho esta mañana. Te daría la libertad que tanto ansias.

- Si te prometo no estar a más de dos metros de Ian, me la concederías.

- ¡Quiero que me quieras! — Espeta tirando el cubierto contra el plato.

Mirándolo con los ojos abiertos de par en par, me digo una y otra vez que es imposible, no puede haberse enamorado de mí y tratarme como lo está haciendo por el mero hecho de que mi amor le pertenece a otro.

- No te has preocupado de hacer nada para que te quiera.

- ¡Por qué tú estás empeñada en ir detrás de él!

- Dago, tú no me quieres. Únicamente es el ego de hombre que quiere salir vencedor. Todos los hombres sois iguales, queréis marcarnos como si fuera la meada de un perro marcando territorio. Eso es lo que te pasa a ti conmigo.

- No me digas lo que siento. Puede que al principio si quisiera joder a ese imbécil. Ahora quiero que me quieras y quiero que lleves a mi hijo en tu vientre. Te quiero conmigo y no me importa de que forma. Si es a las buenas o a las malas. — Se detiene por unos segundos, como si estuviera pensando en algo. - ¿Por qué todavía no te has embarazado?

Se me queda la mano suspendida en el aire. ¡Ya estaba tardando en sacar el tema! Sin llegar a su destino la comida, termino bajando despacio el cubierto considerando que inventar ahora. La primera vez que me pregunto, se me ocurrió decirle que las pastillas anticonceptivas tardan un tiempo en dejar de hacer efecto, para poder quedar embarazada. La segunda, le respondí que los días en que habíamos mantenido relaciones, no debía haber estado ovulando y la tercera, por mucha obcecación que puse en encontrar una excusa válida, solo se me ocurrió decir que, quizás sufriera de espermatozoides vagos, palabras que derivaron en un sopapo.

- No... se... — Digo, dubitativa.

- ¿Sabes qué? Me cansé. Mañana llamaré un médico. Por tu bien, espero que no hayas seguido tomando, lo que te deje claro que no ingirieras.

Se levanta de la mesa malhumorado y a zancadas largas sale del comedor sin haber acabado de comer, disparada como una moto, salgo en dirección a la habitación de juegos de Izan. Con una angustia y pesimismo recién instalada en mí, entro en el dormitorio, encontrando a Jalila, durmiendo a mi pequeño, mirándome desconcertada, por el brío que desprendo.

- ¿Qué sucede? — Pregunta, denotando su voz preocupación.

- Dime que eso que me das todas las noches. No lo puede sacar un médico en los análisis. — Digo, asustada, temiendo las represalias de Dago.

- No lo sé, señora.

- ¡Me va a matar! — Digo, bajando mis ojos al suelo, abatida.

PROBLEMAS Y MÁS PROBLEMAS.

A las siete, ya estoy despierta, no he logrado pegar ojo, consecuencia de los nervios que

corren en mi interior. Vestida con un vestido sencillo de manga larga que me llega a las rodillas y los tacones a juego, bajo a desayunar. Llego a la cocina, queriendo disponer de unas horas más, para hacerme a la idea que posiblemente hoy sea mi último día en el mundo de los vivos, ni si quiera a eso puedo aspirar, Dago como acostumbra, ya está sentado en su sitio habitual. Estrujando mis manos, por lo inquieta que estoy, tomo asiento disimulando el temblor de mis manos, centrándome en preparar mi desayuno. Siento la mirada desconfiada de Dago sobre mí y me pregunto si será tan evidente la intranquilidad que tengo, como para que se haya dado cuenta de que algo me causa preocupación.

- ¿Lista? — Dice, arqueando una ceja.

- No son ni las ocho...

- El doctor que va a venir es de confianza. Me ha hecho el favor de pasar por aquí antes de ir a su consulta.

- Mm...

- ¿Algo que confesar?

- ¿Debería haber algo? — Contra resto con otra pregunta.

- Eso espero. Porque si no... esta vez te haré recordarla, si me estás mintiendo.

Acaba con su café de un trago y deja un beso en mi cabeza, demasiado suave para ser un gesto venido de él y se va a su despacho. Suelto el aire a la vez que lo pierdo de vista. ¡Señor si realmente estás ahí que no se descubra mi secreto! No he podido finalizar el desayuno, cuando una empleada del servicio, me avisa de que Dago, me ha mandado llamar, dejando el café a medio tomar, me dirijo al despacho, cuando entro veo que hay otro hombre sentado frente a Dago, hablando con familiaridad entre ellos. «El médico seguro», me digo, viendo que si disponen de tanta confianza, como la que demuestran, mientras conversan, me será inviable, lograr que cierre el pico, si encuentra en mi sangre lo que suelo ingerir.

- ¡Aquí está mi princesa! — Dice, efusivamente. - Princesa, él es Erich Weber. Amigo, ella es Sindy, mi esposa.

El hombre con una educación exquisita, se levanta y me estrecha la mano, gesto que me confirma que se conocen muy bien y ha evitado darme los dos besos de rigor, porque sabe que a su amigo, no le sienta bien que toquen lo suyo más de la cuenta.

- Mucho gusto, señora Colombetti.

Me trago las ganas de gritarle que no me llame por ese apellido, que lo aborrezco y que desearía no ser la mujer del hombre que lleva ese apellido. En lugar de hacer lo que quiero, muestro una sonrisa educada y le devuelvo el saludo.

- Ven aquí princesa. — Ando hasta estar a su lado, rodea mi cintura en un gesto cariñoso y deja un beso suave en mi pescuezo. - Tienes que quitarte la ropa para que te explore. — Susurra en un tono demasiado sensual para ser una situación formal.

- ¡No! — Digo, agitando mi cuerpo en sus brazos.

- Sindy. Nada más voy a hacerte una exploración rutinaria. Verificar que no hay nada que vaya mal ahí dentro que esté obstaculizando la gestación. — Media el refinado, queriendo

darme tranquilidad.

- Déjanos un momento a solas.

El amigo de Dago, asiente poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta.

Regreso mis ojos a los de Dago con temor, constantemente mis desobediencias por pequeñas o simples que sean, me traen problemas y está no es la excepción, Dago alza la mano y me coge por el cuello, estampando mi espalda en la pared.

- Te pregunto de nuevo. ¿Algo que contar? — Niego vehemente. - Te estoy dando una oportunidad, para que confieses. Si hablas ahora. No pasara nada. Dejaras de tomarlas y no tomaré represalias. Si por el contrario, lo descubro yo. El desquite será monumental.

- No... no tengo nada que decir. — Digo, manteniendo mis ojos sobre él.

- ¡Empieza por quitarte las putas medias! — Dice, dejando de presionar mi garganta. - Y otra cosa princesa... no te negaré que he compartido mujeres con mi buen amigo, pero este no es el caso. Eres mi mujer.

Mía. Ten por certeza, si llego a valorar la eventualidad de compartir el cuerpo hermoso que tienes, será cuando no este intentando dejarte embarazada y será en el cuarto de castigo, donde tengas que acatar mi voluntad y no aquí, donde sería más una guerra que un placer.

Trago saliva forzada y todavía con el miedo en el cuerpo, me deshago de las medias, como ha ordenado, junto con la braga. El médico, refinado, me hace recostar en el sofá y me explora por lo que me parecen horas, incómoda me muerdo las uñas, mientras que utiliza varios utensilios.

Tras lo que me parece que ha pasado demasiado tiempo y comienzo a pensar que el tío, ya se demora por gusto, se retira. Me visto, mientras cuatro pares de ojos, no apartan su mirada lujuriosa de mí.

Recompuesta y adecentada, espero en la butaca.

- Amigo, tu mujer está perfecta. Vamos a sacar sangre para verificar que todo está bien.

Le veo extraer una máquina de mano y me quedo observando el pequeño aparato, desorientada. ¿Con eso va a hacer las pruebas? Me coge el brazo y lo estira, rodea la parte de arriba de mi brazo con una cinta, haciendo un nudo en la cara interna, para después, con una aguja, atravesar mi piel y extrae una cantidad mínima de sangre. Ni comparación, cuando vas al médico de cabecera y te extrae como mínimo dos botes redondos y alargados. Con el ceño fruncido sigo todos los pasos a seguir.

- ¿Para que sirve eso? — Interrogo, sin poder contener por más tiempo mi curiosidad.

- Esto es un kid portátil. Fui explícitamente, a Irlanda a comprarlo. Este pequeño aparato que ves, hace el mismo trabajo que un laboratorio, cuando vas y te hacen unos análisis, con la diferencia que ellos te dan los resultados en una semana y yo... — Mira el reloj de oro que lleva en la muñeca izquierda. - En quince minutos.

Me muerdo el labio, nerviosamente, al averiguar que me quedan quince escasos minutos para ver si el cacharro es tan bueno como asegura y desvela, lo que no quiero que se sepa.

- Listo. — Dice, al hacer un ruido la máquina.

Le veo mover el dedo varias veces sobre la pantalla táctil que tiene el artilugio. Su cara va cambiando de estar serena y tranquila, a una de sorpresa variando poco después a preocupada. No hace falta otra señal para saber que la condenada máquina ha acertado.

- ¿Has tomado algo que no sueles tomar?

Ante la pregunta del doctor fino, Dago me da una dura mirada que advierte de problemas. Se acerca a su amigo y espera que revele el diagnóstico.

- ¿Algún té? — Insiste.

- Sí. Toma un vaso de té todas las noches. — Contesta, Dago por mí.

- ¿Qué estás tomando Sindy?

Los dos esperan la respuesta, me demoro unos segundos valorando que ganaría con mentir, cuando ese maldito aparato, me ha desenmascarado.

- Te de Ajenjo... — Dejo salir en un susurro.

- Amigo ahí está el problema.

- ¿Problema? ¿Por qué? — Me apresuro a preguntar haciéndome la que no entiende.

El doctor me da una mirada como diciendo, «te crees que soy tonto», y Dago, me observa sin perder detalle de mis reacciones.

- El Ajenjo es una hierba que actúa de anticonceptivos. Tomándolo a diario evita la probabilidad de gestación.

- ¡Sindy! — Ruge, Dago pronunciando mi nombre, signo que deja ver que el enfado ha llegado a puntos inigualables.

- No lo sabía, Dago. Te lo juro.

- Amigo gracias. Nos vemos en unos días, para que verifiques que esa mierda no sigue en su organismo. Ahora tengo unos puntos, que aclarar con mi esposa. — Escupe la última palabra con rabia.

- Nos vemos, amigo. Me alegro de haber sido de ayuda.

Lo acompaña a la puerta y yo aprovecho para salir huyendo al único lugar de esta casa que tiene seguro; la habitación de Dago. Llego jadeando debido al esfuerzo de la carrera, entro y paso el seguro escondiéndome en el baño. No se hacen esperar los golpes en la puerta.

- ¡Abre Sindy, o será peor para ti!

Atemorizada no muevo ninguna parte de mi cuerpo, por no mover, ni siquiera pestañeo. Un estruendo potente, me hace abrazarme a las rodillas, agachada en el suelo del baño; ha abierto la puerta. Sabía que la derribaría sin miramientos, aunque tenía la esperanza de que el seguro le detuviera, una idiotez, porque a estas alturas, ya debería saber que nada le detiene. Se planta en medio de la puerta, levanto la cabeza un poco, lo mínimo para confirmar, que está colérico.

- ¡Levanta!

Lo hago más despacio de lo normal, queriendo retrasar la paliza que me dará, por haber estado meses engañándole.

- Dago... no sabía...

Su mano se cierne sobre mi cuello, no aprieta como para matarme, pero sí para dejar caer la amenaza que implica el gesto.

- ¡Me crees imbécil! ¡No volverás a tomar un jodido té!

Asiento, porque no sé que otra cosa hacer, es el único hombre sobre la tierra que me hace temblar de terror. Le veo sacar la navaja de su cintura y mis ojos se agrandan hasta el punto de que llego a creer que los iris se van a salir de las cuencas de los ojos.

- ¡Ahora voy a calmar la rabia que siento con tu cuerpo! ¡Un sollozo, un llanto, un grito, un insulto o una objeción o resistencia y no lo pensaré!

Esta hoja afilada te hará un corte de lado a lado de la barriga...

Me la pega al estómago y aprieta un poco, haciéndome dar un paso atrás, no ha ejercido presión como para clavarla, pero sí para que un hilo de sangre se deslice por mi tripa.

- ¡A la habitación ahora! — Dice, para después, pasarse el filo de la navaja por la boca, llevándose con la lengua, la poca sangre con la que se ha impregnado el filo.

Paso por su costado, obedeciendo la orden que ha dado. Quiero revelarme, pero estoy convencida que sería más brutal y cumpliría su amenaza.

- ¡Estira los brazos!

Bajando la cabeza hasta estar mirando los azulejos del suelo, alzo los brazos, dejándolos como ha pedido. Desaparece por unos segundos, y cuando regresa, se entretiene rodeando mis muñecas por un metal; unas esposas.

Destrozando mi ropa con las manos, me deja en ropa interior. Tira del metal, haciendo que vuelque en la cama y sigue tirando hasta dejarme, junto al cabecero y bocarriba, pasa un cable, por entre el hueco del metal y lo amarra a la bola redonda que adorna el cabecero. Una vez satisfecho con su obra, se entretiene paseando sus manos por mi cuerpo, mientras me muerdo el labio, para no soltar el grito mudo que desgarraría mi garganta.

- ¡Pide que te haga mía! — Grita, mientras alza la navaja, para que mis ojos la vean.

Niego con la cabeza, ni en sus sueños pediría algo que no deseo.

Sonríe despiadadamente y en un movimiento ligero hace un corte en mi pecho. Chillo y gimoteo de dolor.

- ¡Pídelo! — Repite, con más garra.

Esta vez no contesto, ni con voz, ni con gestos, únicamente sigo sollozando, mientras veo el reguero de sangre en mi pecho derecho.

Otro corte en el estómago me hace aullar desesperada.

- ¡Basta... basta! — Suplico hipando.

- Pídelo... y me detendré. — Susurra en mi oído.

- ¡No puedo!

Son unas simples palabras que acabarían con la tortura, pero es mi orgullo y el amor que siento hacia otra persona, lo que se impone, si deo que esas palabras salgan de mi boca, estaré traicionando a mi corazón y a mí misma, por dejarme vencer.

Al sentir de nuevo el filo del cuchillo, esta vez en la cara interna del muslo, donde llevo la cicatriz de la primera vez que me impuse ante él, lucho ferozmente, me agarro a las esposas y hago presión hacia el lado, para poder quitármelo de encima, inútil intento que lo hace reír y presionar la navaja más lentamente, regodeándose con mi dolor y alargando el martirio. Mientras las lágrimas surgen a raudales y mis gemidos de dolor y angustia no cesan, colapsó y el recuerdo de aquel día regresa de nuevo.

{ Oí la puerta abrirse, mientras seguía encerrada en aquella habitación, arrodillada en el suelo, con la cabeza reposando sobre ellas. No sabía que hora era, ni cuanto tiempo llevaba encerrada, pero si estaba segura de que la noche, ya había caído, la figura de Dago, entrando tranquilamente, así lo confirmaba. Mientras él se acercaba a mí, yo me arrastraba hacia atrás, pidiendo al cielo que alguien apareciera, que me ayudaran, que me salvaran, pero sabía que era imposible, porque Dago, lo había planeado todo, hasta el último detalle, para que nadie diera conmigo. Cuando mi espalda, toco la pared y me di cuenta de que estaba acorralada y que la hora había llegado, pelee, con uñas y dientes, como nunca antes lo había hecho. Di puñetazos, patadas, mordiscos, arañazos, pero nada, ni nadie pudo evitar que se echará sobre mí, aun así, seguí dando patadas, para evitar que su cosa asquerosa, entrará en lo que no era suyo.

- ¡Abre las jodidas piernas! — Vocifero, descontento porque no conseguía su propósito.

- ¡Qué te jodan! — Dije, dándole otra patada apartándole de mi cuerpo.

Me duro poco creer, que podía salir airosa, cuando se aventuró de nuevo hacia mí, fue para darme un puñetazo en la boca que me hizo escupir sangre. Centrada como estaba en asestarle golpes, no lo vi venir, hasta sentir la hoja sobre mi piel, con saña y disfrute apretó tanto que cuando consiguió meterse entre mis piernas y desahogar su deseo, tuvo que llamar para que me vieran la herida y me pusieran puntos. }

- ¡Dilo maldita sea! — Dice, poniéndome la navaja en el cuello y trayéndome de vuelta del recuerdo. - O juro que te mató.

Poniendo mis ojos sobre los suyos y callando mis ganas de guerra, le doy lo que pide, porque sé que si no lo hago, cumplirá la amenaza.

- Hazme tuya... — Digo, en un hilo de voz.

- Eso es princesa. — Ruge, con satisfacción. — Se quita la ropa con movimientos rápidos y sin demora, cubre mi cuerpo con el suyo. - Mía, princesa. No lo olvides. — Dice, moviéndose dentro en mi interior.

Al despertar, me duele todo el cuerpo, miro el lado de la cama donde durmió Dago, suspiro al ver que, ya se ha levantado. Nunca dormimos juntos, pero por estúpida y querer ir de lista, mi castigo ha sido sentenciado a dormir con él todas las noches. Reviso las heridas, parece ser que son cortes superficiales, me entretengo con la del muslo más exhaustivamente, porque es la que me preocupa, debido a que el corte es encima de una

herida anterior, compruebo que no haya sangrado y verifico que no es tan honda como parecía. Me levanto, yendo al baño a por el botiquín, lo encuentro encima del lavabo, donde mismo lo deje anoche tras curarme brevemente los cortes. Una vez he acabado, me pongo un chándal algo más ancho de los que uso para correr, para que no me rocen y escuezan las heridas. ¡Adiós a correr hoy y mañana!

Bajo y al entrar en la cocina, encuentro a Carina tomando café, me sirvo uno y me siento a beberlo sin saber donde mirar, estoy completamente segura y me apuesto el cuello, a que escucho mis gritos y suplicio de la noche anterior.

- Sindy... si quieres hablar.

- ¿Para qué? Eso no me va a ayudar acabar con esta situación.

- Pero al menos podrás limpiar un poco el alma y no dejarla llena de odio y rencor.

- Demasiado tarde rubia. Tanto mi alma como corazón se rigen por el odio.

- ¿Sabes que vienen a cenar?

- ¿Quién?

La veo soplar el aire, a la vez que me mira como diciendo, «piensa y acertaras» y me doy por enterada de a quien se refiere. Aprieto la taza con fuerza, queriendo que se parta y rajarme una mano, para lograr sentir dolor en mi piel y no en el corazón.

- No me importa. Ya no.

- Tengo que hablar contigo. Pero no aquí. — Dice, flojo para que solo yo la oiga.

Llamando mi curiosidad, consigue que le preste toda mi atención. ¿Qué puede querer decirme para que no quiera que nadie se entere?

- En dos días en la playa. A las ocho de la mañana. ¿Podrás despegar tu culo de las sábanas?

- Ja, ja, ja. Puedes darlo por hecho.

Deja su vaso en el fregadero, se dirige hacia la puerta y antes de atravesarla, se gira y me guiña un ojo, haciendo que mis labios se curven en una sonrisa. Y pensar que hace unos meses nos queríamos degollar la una a la otra. ¿Cómo pueden cambiar tanto las cosas? No es que sea mi mejor amiga, ese puesto está ocupado por mi querida Susana, a la que hace meses que no veo y que echo de menos, añorando las tardes en las que nos tirábamos en la cama y dejábamos que pasaran las horas, mientras veíamos cualquier película tonta. No.

Nadie podría ocupar ese lugar en mi corazón, eso no quiere decir, que no haya empezado a ver a Carina de otra forma, creo verdaderamente que ha cambiado, al igual que creo que las personas se merecen segundas oportunidades. A mí me gustaría que me la dieran, si metiera la pata de alguna forma, por eso trato a la gente, como quiero que me traten a mí.

Me dejo de razonamientos, cuando entra Jalila con mi pequeño, estiro los brazos para cogerlo y lo depósito en mis piernas, dejando un beso en su cabeza.

- Señora... yo...

- ¡Calla Jalila! Si se llega a enterar de que tú me das las hiervas, te echara.

Agacha la cabeza apenada. No puede enterarse, no lo consentiré. ¿Qué haría mi pequeño sin su nana? Ella es la que está siempre pendiente de él, la que se lo lleva, cuando ve que la situación está desmadrada, la que le canta, cuando mis gritos empiezan hacerse patentes, por nada del mundo dejaré que se vaya, la necesito cerca de mi hijo.

- Llévalo un rato a la playa Jalila. Que disfrute del buen día que hace hoy.

- Si señora.

- ¿Y tú princesa, no quieres disfrutar del sol?

Los pelos del cuerpo se me ponen de punta, como cada vez que ronda por mi alrededor. Viene hasta mí y deja un casto beso en mis labios, gesto que agradezco, debido a los pocos segundos, que he tenido que aguantar su boca sobre la mía. «A ver si piensas igual, cuando caiga la noche», me digo, con sarcasmo.

- He... sí... me gustaría.

- Entonces ve.

Abro los ojos sorprendida. Sin poder apartarlos de él, intento averiguar, si me está tomando el pelo, o habla en serio, nunca hasta día de hoy, después de una discusión, me ha permitido salir.

- ¿En serio?

- Claro, princesa. — Dice, acariciando mi barriga.

Gesto que me hace contraer todos los músculos, no sé que demonios voy a hacer ahora para que no se salga con la suya.

NUEVA ILUSIÓN.

Sentada sobre la arena, veo como Izan corre por la arena, una sonrisa florece en mis labios, al oírle reír de felicidad. Me levanto y salgo corriendo detrás de él, cuando lo alcanzo lo alzo en brazos y me dejo caer en la tierra con cuidado, le hago cosquillas cerca del agua y reímos a carcajadas, el debido al juego y yo por la alegría que siento en mi interior, escuchando sus risas sin parar. Poco después, nos sentamos con los pies metidos en el agua, por el rabillo del ojo, puedo ver como una pequeña sonrisa, está instalada en el rostro de Jalila, llego a suponer de ver que, por un rato soy yo misma y disfruto de estos pocos momentos. Jalila, se acerca y nos entrega los emparedados de jamón y queso que hemos preparado. Mientras le voy dando a Izan cachos de un tamaño que él pueda masticar, voy dándole bocados al mío. Una vez acabado el tentempié, me recuesto e Izan se entretiene embarrando mi cuerpo con la arena, río cuando se me echa encima como si fuera un colchón, con besos en la barbilla le vuelvo hacer reír.

- Hola, Izan.

Las risas mueren en mi garganta, giro un poco la cabeza y el dolor en el pecho crece por ver a Ian, observándonos agarrado de la mano de la morena, desvío la mirada a mi pequeño y las ganas de reír regresan, al darme cuenta que mira al que es su padre, con la clásica característica de su padre; la ceja arqueada y una media sonrisa. Despacio lo depósito sobre sus pies en la arena, me levanto y sacudo la arena adherida a mi ropa. Izan como es normal en un niño, al ver alguien extraño, se acurruca detrás de mis piernas

buscando protección.

- Izan. Mira lo que tengo.

Saca un peluche de una bolsa que lleva y estira el brazo para entregárselo. Me muerdo el labio, sintiéndome mal, al ver la cara de decepción de Ian, cuando nuestro hijo, no hace nada por cogerlo, pudiendo más la razón, que el desprecio que le tengo, actuó queriendo destruir la muralla que hay entre los dos.

- No le gustan los peluches. Le dan miedo. La próxima vez, prueba con un coche. Tiene devoción por ellos.

Ian al oír mis palabras, pone sus ojos sobre mí, me encojo de hombros, queriendo darle a entender que ni yo misma entiendo, porque lo hago.

Me doy la vuelta cogida de la mano de Izan y camino hasta Jalila, sonrío al darse cuenta de que es lo que pretendo, cuando simplemente pongo la mano hacia arriba en su dirección, sin poner objeción, me lo entrega. La mirada de Ian, sigue nuestros movimientos con un halo de tristeza, al ser consciente que su hijo, no sabe quien es él. Regreso haciendo el mismo camino, hasta llegar donde están, bajo la atenta mirada confusa de Ian, que quiere entender porque seguimos allí, y desconfiado intenta averiguar que pretendo hacer. No más lejos de mi intención que, aunque no deseo tenerle cerca, no puedo alejarle de su hijo.

- Entrégale esto.

Ian lo coge con cuidado de no rozar mi mano, lo observa dudoso, pero hace lo que le he indicado, Izan al ver lo que Ian le muestra, sonrío picaron, va en busca de su premio, pero no sin antes depositar un beso en la cara de Ian. Sonrío por inercia, debido al amor que le proceso a mi pequeño, sabía lo que iba a hacer, por el simple hecho de que es lo que hace siempre conmigo, antes de coger su premio; chocolate. Izan sale corriendo en dirección a Jalila, para mostrarle la chocolatina.

- Gina, nos permites dos minutos. — Oigo, mientras veo llegar a Izan hasta Jalila.

Sin estar dispuesta a estar junto a Ian, camino por el mismo recorrido que mi hijo, para regresar a casa. Que tenga buen corazón y haga estupideces como la de ahora, cuando debería haber cogido a mi hijo y dejarlo allí con la morena, no quiere decir, que quiera tener una charla cordial con él. Ni cordial, ni de otro tipo, simplemente no quiero tener una conversación y punto.

- ¡Sindy! — Hago, caso omiso y sigo andando. - ¡Joder Sindy para! —

Dice, cogiéndome por el brazo y tirando para que le mire.

- ¿Qué quieres?

- Tenemos que hablar.

- No sé de qué...

- ¿A no? ¿Qué tal si empiezas por ese acta que firmaste bajo amenaza?

- Oh. ¿Ahora te interesa? ¡Déjalo estar Ian!

- ¡Quiero saber que ocurre! ¡Por qué ya no sé, si eres tu la que miente o ese maldito vídeo!

A punto de soltar toda la sopa, un movimiento por detrás de su espalda, hace que me muerda la lengua.

- Ian, tengo hambre y empiezo a estar mareada.

- ¿Te encuentras mal? ¿Te has tomado las pastillas? — Se interesa, preocupado.

- Sí. Anemia y vómitos. — Dice, en tono gracioso.

Mi cabeza empieza a juntar las piezas y el corazón se me parte, el mundo se me viene abajo y tengo que contar mentalmente hasta diez, para contener la ira, la rabia y las lágrimas. Ian, se percata en ese momento de que no están solos y se lleva las manos a la cara, al ver la desolación que transmiten mis ojos.

- Sindy... — Dice, dando un paso hacia a mí. - No es lo crees...

Como si mi cuerpo le repeliera, igual que dos imanes, doy un paso atrás y levanto las manos para detener su acercamiento.

- Olvídalo, Ian.

Doy la vuelta a la vez que de mis ojos, se desliza una lágrima, paso junto a Jalila que desconcertada me sigue con Izan en brazos, casi llegando a casa, mi berrinche es difícil de contener, me siento en el suelo, mientras Jalila deja a Izan en el piso y esté viene corriendo abrazarme. Como si de un salvavidas se tratara, me aferro a su pequeño cuerpo, queriendo encontrar paz, sollozando con la cabeza pegada al cuello de mi hijo, dejo que salga todo el desconsuelo que se ha instalado en mi alma. Una hora completa, me paso sentada en el suelo, tratando que las lágrimas dejen de salir. Sabiendo que hemos de volver, recupero la entereza y limpio todo rastro de llanto que pueda delatar el estado de ánimo que tengo. A la hora de la comida, me disculpo con Dago, y le digo que no me encuentro bien, por una vez, no discute y deja que me retire al dormitorio. La tarde la paso, llorando a mares acurrucada en la cama, y llegada la noche, no tengo fuerzas para batallar y dejo que Dago, haga lo que le apetezca.

El martes me levanto y como cada mañana, me voy a correr, antes de salir, paso por el cuarto de mi hijo y dejo un beso en su mejilla, al ser las siete, todavía sigue durmiendo en siete sueños. Corro hasta la playa, como desde hace dos días no hacía. ¡Y como lo necesitaba!

Sigo a trote de un lado a otro hasta acabar con todas mis energías, poco después, sentándome en la arena, veo aparecer a Carina, y a carcajadas limpias, me río de su atuendo, nunca imagine que la vería vestida de esa forma. ¡Con lo que a ella le gustan los vestidos!

- ¡Pareces una choni! — Le grito, riendo, mientras sigo observando las mallas de deporte y la camiseta ancha.

Hasta ahí bien. Pero... ¿A quién se le ocurre liarse un pañuelo en la cabeza para correr? Si eso es lo más incómodo que se puede utilizar para ir a trote.

- ¡Cállate! No lo llevo por gusto. ¿Sabes?

- ¿A no? ¡Pues ilumíname porque traes eso puesto!

Se sienta, resoplando y llevándose las manos a la cara, en un claro síntoma de vergüenza.

- Veras... ante tu horario de quedada inhumano. He decidido darme una ducha y espabilarme. Bueno... todos los días, antes de bañarme, echo en mi cabello una mascarilla para suavizarlo. Resulta que el otro día, compre un tinte para el pelo, luego de haberlo preparado, me arrepentí y lo deje guardado en el mueble. — Dice, retirándose el pañuelo del pelo. - Y este es el resultado, por haberme equivocado y medio dormida haber echado el tinte, en vez de la mascarilla.

Ahora si me río, tanto que me tengo que dejar caer de espaldas en la arena y limpiarme las lágrimas de los ojos. Carina, me da un manotazo, queriendo que pare de reír, pero consigue todo lo contrario y las carcajadas se incrementan.

- Si... lo que... no te pase a ti... no le pasa... a nadie. — Digo, entre carcajadas.

- Eso no me ayuda.

- Bueno... no es feo.

- ¿Me tomas el pelo? ¡Parezco Mónica naranjo! Con la diferencia de que ella lleva dos colores monísimos y le quedan divinos y yo... ¡Llevo la cabeza a rodales rubios y azules!

- Ja, ja, ja. Bueno, lo arreglamos después echando otro tinte y listo.

¿Qué es eso que querías decirme?

Se entretiene enrollando el pañuelo a su pelo, dejándome con una curiosidad a niveles insospechados.

- Puedo sacar a tu hijo de la casa.

- ¿Cómo?

- Que puedo sacar...

- No, leches. ¡Qué como puedes hacerlo!

Me relata su idea, dichosa de haber encontrado una solución y poder ayudarme. Al principio cuando empieza a hablar, me surgen muchas dudas, luego a creer que es una locura llevarlo a cabo, pero desesperada como estoy, no dispongo de muchas alternativas y conforme sigue contándome su plan, en mis labios empieza a implantarse una pequeña sonrisa y mi alma se llena de esperanza por ver un hilo al que me puedo agarrar.

- ¿Y cuando tienes pensado que lo ejecutamos?

- El viernes. Por lo que he podido enterarme, Dago ha quedado para jugar y beber en casa de un amigo. Por eso lo haremos ese día. Lo tendré todo listo.

- Gracias. Carina.

Se encoge de hombros a la vez que gira la cabeza para mirar el profundo mar, siguiendo sus pasos, hago lo mismo, con una fuerza renovada, alojándose en mí. Respiro hondo varias veces, pidiendo al cielo que todo salga bien.

El día lo paso tranquila y sin encontrar a Dago por ningún lado, parece que tenía que asistir a uno de sus negocios, que estoy segura tienen que ver con el tratado que acordó con Ian. No me interesa, la verdad, lo que me importa, es que por un día, no tendré que verle, ni aguantarle, pero mi día de relajamiento, se ve importunado, recibiendo una visita

nada grata y no deseada; Gina, la prometida de Ian.

- Siento presentarme sin avisar, pero creo que tenemos que hablar.

- Siéntate por favor. — Le digo, desganada. - Tú dirás...

- A pesar de lo que cree Ian. Estoy segura de que no estás aquí por gusto. Realmente creo tu versión.

- Te lo agradezco, pero no sé que quieres conseguir con eso.

¿Simpatía?

- No quiero conseguir nada. Solamente quiero disculparme por mi indiscreción de esta mañana. No era mi intención causarte mal.

- No tienes por qué...

- Escucha. Hasta hace poco le pedí a Ian que luchara por ti. Sé que no me ama. Pero tras enterarme del embarazo... pienso que puedo lograr que me quiera, si te mantienes al margen.

- No tienes de que preocuparte. Sé lo que tengo que hacer. Aun así te voy a advertir... no te hagas ilusiones, porque aunque estés a su lado y esperes un hijo de él, no quiere decir, que vayas a tener su corazón. El amor nace de la nada y si ese corazón, ya ha sido allanado, será imposible que lo suplantes.

- Me arriesgaré.

- Entonces no hay nada más que tú y yo tengamos que hablar. Haz el favor de irte de mi casa. — Digo, echándola con muy poca sutileza.

La veo salir por la puerta y se me llevan los demonios. ¡Menuda desfachatez! ¿A quién se le puede pasar por la cabeza venir a pedirme que me eche a un lado de lo que amo? ¡A ella! Simplemente lo ha hecho, porque sabe que el amor de Ian es mío y que si decido ir en su busca y contarle toda la verdad, él saldrá como un cohete en mi dirección. Pero... ¿Puedo obviar que hay un niño en camino que no tiene la culpa de nada? No. No puedo hacerlo, porque iría contra mis principios y por mucho que ame a Ian, ha cometido un error detrás de otro y tiene que pagar; quedándose sin mi amor. Tomada la decisión, me asomo a la cocina a ver que están preparando para la cena. Muerta de hambre, el olor de la comida se adentra por mis fosas nasales, haciendo que el hambre aumente. Pico un poco de pan con un poco de mortadela y regreso al salón.

- Hola, princesa. ¿Qué tal el día?

Medio adormilada, miro el reloj. ¡Las siete! Si que pasan rápido las horas, cuando él está fuera. ¡Joder!

- De maravilla. — Contesto, tras observar que espera respuesta.

- No se deberá a no haber tenido que disfrutar de mi compañía... —

Dice, sentándose a mis pies.

Coge mis piernas y las pone a reposar sobre sus rodillas. ¡Se acabó la paz!

- ¿Qué te hace pensar eso? — Pregunto, irónicamente.

- Hay princesa. ¿Cómo no voy a quererte, si no hay nadie que me divierta más que tú?
- Vaya. Si hubiera sabido que era tan divertida, hubiera montado un circo en vez de una empresa para fiestas de soltero. — Le suelto, crispada.
- Arréglate. Nuestros invitados llegaran en media hora.
- ¿Es obligatorio? Lo digo por ponerme un vestido negro. Ya que tus reuniones, se asimilan a un entierro.
- No empieces, si no quieres que terminemos el día mal. — Advierte, dejando salir en tono duro e inflexible.
- ¿Contigo se puede terminar de otro modo? — Digo, levantándome del sofá.

Camino deprisa hasta el dormitorio y doy un portazo. ¡Maldito sea por obligarme aguantar esa jodida cena! Registro el armario, poniéndolo todo vuelto del revés, buscando que ponerme. Tras diez minutos mirando, sigo sin saber que atuendo utilizar y me tiro de los pelos con exasperación. Salgo del cuarto y toco a la puerta de Carina, dando tres golpes fuertes.

- Necesito un vestido bonito, elegante y de infarto. — Digo, cuando abre la puerta.
- Has venido al lugar adecuado. — Dice, con una sonrisa en los labios.

Carina, se encarga de ondular mi pelo, mientras termino de pintarme los labios. Satisfecha con el resultado, presiento que a la mayoría se le va a indigestar la cena, simplemente, pensarlo hace que nazca una sonrisa maliciosa y descarada en mis labios. Sigo contemplándome un poco más en el espejo, admirando nuestra obra finalizada, reflejada en el vidrio, puedo ver como Carina, sonrío abiertamente. Cambiamos las tornas y ahora soy yo, la que ayuda a Carina a que se arregle, cuando finalizamos, las agujas del reloj, pasan de las ocho, los invitados deben haber llegado y Dago, tiene que estar subiéndose por las paredes, debido a la tardanza de nuestra presencia. Tranquilas, agarradas la una a la otra, recorreremos el pasillo hasta llegar al comedor, donde podemos ver que todavía, conversan con copas en las manos, una costumbre que tiene Dago; una reunión, antes de la cena.

- Ya estamos aquí. Disculpad la tardanza. — Digo, cordialmente, haciendo notar nuestra presencia.

La cara de cada uno de ellos, es para echar una foto y guardarla de por vida. Por donde empezar... sin que me dé la risa. Mire a donde mire las ganas de reír son descomunales. Por un lado, tenemos a Gina que no deja de ver nuestro atuendo y luego el de ella, como si el simplón vestido que lleva, fuera un retal de mercadillo. Dago, me observa con una mirada, entre lujuriosa y cabreada y le fueran a salir llamas de los ojos. Marcos... este me importa poco como me mire, pero se ve claramente, que su entrepierna está muy contenta con lo que ve.

Ian, que es la reacción que más me importaba y la que no he dejado de seguir, pasa su mirada varias veces por mi cuerpo con disimulo, teniendo que beber un buen trago del líquido que está tomando, presiento para bajar el nudo de su garganta y el calentón que se ve claramente a distancia, está teniendo. Dago, se levanta y llega a mi altura, aprovechando la situación, rodea mi cintura con sus manos y se inclina hasta llegar a mi

oído.

- Vamos a ver la gracia que te hace, cuando me deshaga de este vestido rojo sugerente más tarde. — Susurra, en una clara insinuación.

Exacto, sugerente, porque el vestido tiene tela, pero es tan corto que si quisiera hacer una acción como agacharme, sería imposible hacerla, ya que dejaría ver a todo el que quiera mi culo. El escote, no es que sea abierto, es que directamente no lo tiene, ya que es abierto sutilmente hasta llegar casi al ombligo, descartado ponerse sostén, por eso Dago, está rechinando los dientes con fuerza, incluso yo puedo oír el crujir que hacen. Él se lo ha buscado, me hubiera dejado tranquila y no obligado a estar en esta pantomima de cena, los dos estaríamos tan contentos, pero como su propósito era causar mal, celebrando esta cena sin sentido, pues que se joda, si no le parece correcto mi atuendo.

Poco después, manda que sirvan la cena, como era lógico el apetito se ha evaporado, jugueteo con la comida hasta que los demás han acabado y el servicio, retira los platos.

- ¿Qué tal el producto Ian? ¿Lo han aceptado bien tus clientes?

- Sí. No esperaba que el producto iba a ser tan demandado. Los beneficios son desmesurados. Es como si no pudieran estar sin ella.

Cada día se venden más. Incluso gente nueva está apareciendo por el Cruce.

- Era lo que esperábamos. ¿No?

- Por supuesto. Como quedamos los viernes, haremos las cuentas y repartiremos los beneficios.

Harta de estar escuchando hablar, del maldito acuerdo al que han llegado y por el que parece que ahora son amigos del alma, me levanto decidida a salir del lugar que me está asfixiando.

- Carina. ¿Me puedes acompañar a tomar el aire?

- Claro.

Salimos, mientras ocho pares de ojos, no nos quitan la vista de encima.

Una vez fuera, suelto el aire que me estaba ahogando desde hace rato.

Ver con el cariño que Ian la trata, como le depositaba un mechón tras la oreja, como le sonreía y como mientras cenaban se susurraban el uno al otro con esa confianza que una vez, nosotros tuvimos... me ha hecho alcanzar un grado de ira desorbitado.

- Suéltalo o vas a reventar.

- ¡Le odio! ¿Dónde está el amor que decía tenerme? ¡Por qué yo no lo veo!

- Sindy. Debes entender. Le hicieron creer lo que no es. Y tú no has movido un dedo para sacarlo de su error.

- ¡Eso no es motivo para que haya buscado refugio en otra, no es motivo para casarse y no es motivo para que ahora este esperando un hijo! Si verdaderamente me quería, debió buscarme, luchar por mí, averiguar que sucedió, pero para él era más fácil, buscar otros brazos que buscarme a mí.

- Era más fácil. Que ver que todo era verdad y que te habías estado burlando de mí. No quería verte con él, no quería ver que eras feliz sin mí y no quería destrozar mi corazón buscándote para que todo estallara en mi cara y me dijeras que no me amabas y que le querías a él. — Nos sobresalta la voz de Ian, detrás de nosotras.

- ¿Ves Carina? ¡Cogió el camino sencillo!

Tras estar los tres callados en un silencio incómodo, Ian, decide romperlo.

- ¿Puedes dejarnos unos minutos?

- Si ella hace eso, me matará.

- Te prometo que no lo hará.

- ¿Ah, sí? ¿Y como lo harás? ¡Te quedarás en el cuarto evitando que me toque! ¡Evitaras que me encierre! ¡Evitaras que me dé otra paliza!

Vamos Ian. ¿De qué forma lo conseguirás? ¡Girando la cabeza como has venido haciendo! Tus promesas y palabras de amor no valen nada.

.. — Termino susurrando con ira y pesar.

- Lo siento Sindy... perdóname por haber sido un imbécil.

- Ya no importa Ian. Haz tu vida y olvídate de mí. Te voy a hacer una promesa yo a ti. Dos días después de tu boda. Recibirás la última llamada que te haré. Te lo contaré todo, de principio a fin, pero no para arrojarle luz a tu conciencia, sino para que vivas expresamente toda tu vida arrepentido por haber matado el amor que una vez llegue a sentir por ti. — Paso por su lado, girándome para dedicarle una última frase. -

Que seas muy feliz Ian, con tu futura esposa y tu hijo, porque mi corazón, ya no es tuyo.

Entro topándome con todas las miradas puestas en mí, no dispuesta aguantar por más rato este día, me voy a mi cuarto y me encierro, pasada media hora he quitado todo el potingue de mi cara y me pongo un pijama, me tumbo deseando que el viernes llegue cuanto antes.

Al despertar, salgo a correr con una sonrisa, gracias a dios, anoche la pase sola y sin contratiempos, Dago no vino a buscarme, como suele hacer todas las noches, un respiro que agradezco, porque estoy cansada de pelear y batallar para siempre conseguir el mismo resultado; ser la perdedora. A diferencia de lo que suelo hacer, hoy, cuando finalizo mi trote diario, me quito la ropa quedándome en bikini.

Suspiro apenada, al ver las cicatrices que el desgraciado ha dejado adheridas a mi piel de por vida, sin contar las de la espalda que deben de ser bastantes, debido a los latigazos, delante tengo tres, una en medio el estomago, otra en el pecho y la peor que no es que se vea, gracias a que está en el interior de la pierna, pero si te fijas y sobre todo pasas la mano; da repelús.

Dejo de admirar las cicatrices que afean mi cuerpo y me interno en el agua, para nadar un buen rato, y terminar de destensar los músculos.

Habiendo acabado con mis energías, me dejo arrastras por las pequeñas olas que me mecen suavemente, mientras miro el cielo azul con intensidad. De repente unas manos se enredan en mi cintura y un chillido escapa de mi garganta.

- Soy yo nena.

Me quedo en trance, confusa, tratando de entender, porque las manos de Ian, están tocando mi cuerpo. ¿Es volátil? Ladeó la cabeza hacia atrás, dándole una mirada de reproche, esperando que me suelte y aparte sus manos de mi cintura. Me quedo más desorientada cuando sonrío haciendo lo contrario; pegándose a mí y posando sus labios sobre los míos. Aturdida, me dejo llevar por unos breves minutos, en los que mi piel se familiariza, recordando el sabor de su boca, el tacto de sus caricias, el olor de su piel... la burbuja explota, cuando de mi cabeza sale una voz alta y clara, «le pertenece a otra». Despego mis labios de los suyos, haciendo lo que tengo que hacer y lo que es correcto y no lo que deseo; perderme en sus besos y dejarme arrastrar por el amor que siento.

- ¿Qué haces Ian?

- Nena... me estoy volviendo loco. Necesito besarte, tocarte y sentirte en mis brazos.

- No puede ser Ian. Ves con Gina y que te de lo que quieres. ¡Te vas a casar! Todavía no estáis casados y ya estás engañándola. ¡Bravo Ian!

- ¡No me jodas Sindy! ¿Qué más te da? Sí, me voy a casar. ¿Y qué? Tú también lo estás.

- ¡No por voluntad propia idiota! Gina, no merece esto, por el simple hecho que te ama.

- El problema es que no la amo a ella. — Dice, recalcando el amo.

- Vas mejorando. — Comento con fastidio. - ¡Haberlo pensado antes de ponerte a tener un hijo con ella!

Me doy la vuelta y salgo del agua, recojo mi ropa y me pongo la sudadera. Ian que venía siguiéndome, de golpe y porrazo, se queda viéndome con los ojos desencajados. No me hace falta pensar mucho, si no se dio cuenta antes de mis marcas, es porque la del pecho y estómago son recientes y la de la pierna hay que fijarse con atención, para reparar en ella.

- ¿Qué coño te ha hecho?

- No quieres que te lo relate...

En un visto y no visto, lo tengo delante, tirando de mi sudadera hacia arriba. Le doy manotazos para que deje de hacerlo, y por unos segundos lo hace, para en los siguientes retomar su cometido con más insistencia. Forcejeando, él por verificar que lo que ve, no son imaginaciones tuyas y yo por evitar que lo consiga, caemos sobre la arena rodando uno encima del otro. Ian ágil, me rodea la cintura y con un impulso nos hace rodar, posicionándose encima, tras unos minutos eternos, consigue salirse con la suya y mandar la sudadera lejos con un movimiento del brazo. Mordiéndome el carrillo, le veo entretenerse observando los cortes.

- ¿Cuándo fue esto? — Ruge, más que preguntar.

- Ian...

- ¡Cuándo!

- Hará un par de días...

- ¿Por qué?

- No quieres saberlo. — Le aseguro.

- ¿Por qué? No lo volveré a repetir.

Suelto el aire un par de veces, no debería decírselo, es mi intimidad y a él dejo de importarle en el instante que se alió con el enemigo.

- Muy bien. Iré a preguntarle a él.

¡Está como una mula! Hace intención de levantarse, pero no se lo permito, le rodeo con mis brazos y lo pego más a mí, acción que aprovecha para volver a unir su boca a la mía.

- Por qué... — Susurra, jadeante al despegarse de mi boca.

- Por qué... me negué a pedirle que me hiciera... suya.

Ian abre los ojos con sorpresa y estampa su boca de nuevo contra la mía, el beso es tan demoledor que por momentos, olvido donde estamos y que no está bien lo que hacemos. Pero... ¡Qué bien sienta!

Sus besos son los únicos que me hacen flotar, sus caricias las que me hacen vibrar y su piel... la única que hace arder a la mía. Los besos se incrementan, subiendo el decibelio de excitación, las respiraciones suenan descompasadas, como si hubiéramos estado cabalgando, y los gemidos suenan altos y claros, a consecuencia del deseo que domina nuestros cuerpos. Ian, baja su mano en un suave deslizamiento hasta mi muslo y entonces los recuerdos acuden a mi mente y el pánico se apodera de mi cuerpo, dejándome paralizada. Ian, se da cuenta de mi cambio repentino y figurándose que ese cambio brusco se debe al acto de su mano, se centra en buscar en esa zona el motivo.

- ¿Y está? — Suelta, tratando de contener el cabreo.

- Piensa Ian. Estoy segura de que lo sabes...

- La primera. — Afirma.

- ¿Ves? Eres todo un cerebritito.

- ¿A consecuencia de qué?

Le doy un empujón, ya he hablado demasiado, si quiere saber más, que se meta a detective. Me levanto y me hago con la ropa, con movimientos rudos, sacudo la ropa y me la pongo, sus brazos vuelven a rodear mi cintura y suspiro. Me está costando mucho, mantenerme impertérrita, guardando en el fondo de mi pecho, las ganas que tengo de dejarme mimar por sus brazos, pero eso lo empeoraría todo, además de estar el segundo motivo por el que esto no puede ser; se casa con otra.

- No te vayas. Te necesito...

- Por cuanto tiempo Ian. ¿Quince minutos? ¿Y luego qué? Yo me expondré a recibir otra paliza por ti y tú te irás con ella a jugar al buen prometido y buen papa. — Finalizo, sarcásticamente. - No Ian. Lo nuestro no estaba destinado a ser.

- Nena, siempre he sido tuyo...

- ¡No Ian! ¡Yo si te amaba! ¡Te esperé! ¡Deseaba que hallaras la manera de sacarme de esa casa! Y cuando apareces, vienes con el lote de prometida e hijo y no por mí.

Sigo mi camino, decidida a olvidar esta historia que desde un principio, empezó con mal pie. No estoy segura, si es el karma, el universo, posiblemente sea el mismo dios, pero todo se empeña en alejarnos y nosotros seguimos corriendo en la dirección opuesta, desafiando a todo y a todos por querer estar juntos. No, esto se ha acabado.

- ¡No es mío! — Oigo la voz de Ian, adentrarse en mis pensamientos.

El desbarajuste que siento en el cuerpo, al entender lo que me está diciendo, tambalea mi mundo con fuerza, temiendo que las piernas no me sostengan, me vuelvo a sentar en el suelo, mirando a Ian de frente.

Espero hasta que llega donde estoy, se agacha, sujeta mi cara entre sus manos y lo vuelve a repetir.

- No es mío. Te lo juro por la vida de nuestro pequeño que ni le he puesto una mano encima.

- No lo entiendo... ella... ella vino y me dio a entender otra cosa.

- Lo sé. Me lo contó y discutimos.

- Pero... porque ella...

- Miedo, nena. Prometí ayudarla porque, el tipo con el que se metió amenazó con quitarle al niño. Di... mi palabra de casarme con ella —

Confiesa en un suspiro.

- ¡Hijo de puta!

- Nena, lo siento. Estaba destrozado, durante semanas te busque.

Luego llego el vídeo y me cegué.

- Me abandonaste...

- Tienes razón.

- Debiste imaginar que nunca te habría dejado sin un motivo...

- Lo sé, y lo siento nena. No volveré a dudar de ti.

Lo observo durante unos segundos, suena arrepentido, devastado por darse cuenta de su error, y esperanzado porque pueda haber una mínima posibilidad de estar juntos.

- ¿Por qué me crees Ian?

Me mira descolocado, sin entender porque hago esa pregunta, expresión que dura poco, porque mirándome a los ojos, sonrío dejándome desorientada de ver, esa preciosa sonrisa que tanto he añorado.

- Porque te amo, y porque sé que serías incapaz de disparar a sangre fría a tu padre. Porque cuando un arma está en tus manos, es para cuidar y defender lo tuyo. Lo sé, nena, porque me lo grita el corazón.

Le doy puñetazos en el pecho, haciendo que caiga hacia atrás en la arena, pero el idiota que es rápido, apresa mi cintura llevándome con él y consiguiendo que quede sobre su cuerpo, con nuestras bocas casi rozándose.

- ¿Por qué has tardado tanto Ian?
- Porque soy un imbécil, nena, que se dejó llevar, por los celos y la furia.
- Nunca me ha dolido nada tanto como la indiferencia que has mostrado hacia mí. — Le confieso.
- Nena, nunca podría ser indiferente contigo. Todo lo que te he dicho, me ha dolido con la misma intensidad que a ti.
- ¿Y entonces porque lo haces? — Interrogo en un suspiro.

- Porque nena, aparte de lo que me haya impuesto a creer. Desde que vi el tatuaje aquel día en la playa, sabía que algo no encajaba. Que si verdaderamente no me amaras, no te habrías grabado esa frase que tú y yo sabemos va dirigida a mí. Y si se me ocurría actuar de otro modo, todo lo que he planeado para sacarte de ahí, se irá a la mierda.

Abro los ojos sorprendida, ante la confesión de que ha estado buscando la manera de ayudarme. ¡Por fin ha reaccionado! Y como dice el dicho, «más vale tarde que nunca». Ian, seca mis lágrimas y no con sus manos, si no dándome besos por toda la cara, consiguiendo que de mis labios se escape una sonrisa.

- ¿Me sigues amando a pesar de ser un idiota? — Pregunta, con un tono esperanzado y temeroso a partes iguales.

- Como dice la frase estampada en mi piel. Solo tuya y para siempre. —

Le susurro.

Nuestras bocas se enredan, acudiendo al encuentro a la misma vez, besándonos con afán y anhelo una y otra vez, siendo un problema respirar con normalidad. Mi corazón se acelera, cuando las manos de Ian, se desplazan por mi cintura en suaves mimos, haciendo que mi cuerpo desee, desde hace meses y por primera vez, saciar la necesidad de sentirme amada, siendo él la única persona que hace que mi cuerpo reaccione. Los besos suben de intensidad y el calor se hace visible, mientras nuestras respiraciones se hacen oír agitadas.

Ian, da un giro veloz posicionándose encima y apretándose más contra mí para que sienta su exagerada protuberancia, mis ojos se abren sorprendidos de que su virilidad pueda llegar a tan extremo de hinchazón, sonrío en mis labios y codicioso sigue besándome, sin dejarme tiempo para pensar, ni de reaccionar, siendo lo único que puedo hacer, seguir el movimiento de sus besos y cuerpo subiéndome el deseo un par de grados más. Deja mi boca y baja por mi cuello, dando mordiscos que aumentan las ganas de sentirle, sigue hasta mi cintura paseando la lengua por mi piel como si devorará un cucurucho, siendo inevitable que el gemido que escapa de mi boca suene sonoro y potente. Sensual sigue alargando la tortura, divirtiéndose con las sensaciones que causa con su tacto en mí, desesperada consigue que le dé un tirón de pelo de advertencia para que deje el juego y pase a la acción necesitando olvidar las aberraciones, y únicamente sentir amor.

Lentamente y con una sonrisa, regresa a mi altura, me vuelve a besar y el corazón casi me explota al sentir la delicadeza con la que se demora en degustar mis labios. Aparta la ropa interior de su camino con impaciencia, y bajando lo justo su bañador, se interna en mi interior de una estocada, concediéndome lo que quiero. Con movimientos suaves, besos llenos de ternura y caricias delicadas, hacemos el amor, como si fuera la primera vez,

siendo nuestros testigos, la arena, el mar y el sol escaso que empieza a salir.

- Tengo que irme. — Digo, un rato después, mientras me pongo la sudadera.

- Te prometo que te sacaré de ahí. — Dice, dejando otro beso en mis labios.

- No prometas, y hazlo.

- Lo haré. — Asegura, con voz dura.

- Vaya, vaya. ¡Ian joder! ¿Quieres estropearlo todo? — Dice, Marcos apareciendo de la nada.

- ¡Vete a la mierda Marcos!

- ¡Joder Ian, no puedes tener las manos quietas estando con ella! ¡Lo vais a estropear todo! Si Dago, se entera de esto... ni siquiera engolosinado como está con el Cruce, nos dará su confianza y tú no la podrás sacar de ahí.

Ian, se levanta lleno de rabia y se encara a Marcos dándole una mirada dura con la que le deja claro que cierre la boca.

- Que pronto has olvidado cual ha de ser tu actitud con ella...

Ian le asesta un puñetazo que le da de lleno en la boca, Marcos se recupera del golpe y arremete con fuerza contra Ian. Se enzarzan en una pelea, dándose todos los puñetazos que pueden, es como una carrera de velocidad, siendo el vencedor el que más puños reparte.

- ¡Tú tienes la culpa! ¡Tenías que protegerla! — Dice, asestando otro golpe.

- ¡No me jodas Ian! ¡Yo no soy el que le ha fallado comprometiéndose con otra!

- ¡Basta! — chillo.

Casi me dejo la voz en un grito y no sirve para nada, siguen dándose puñetazos hasta estar los dos revolcados por el suelo. Aunque quiero ver a Marcos criando malvas, quiero que dejen de pelearse como niños y me expliquen que coño les pasa ahora para que se estén dando una paliza con la que dentro de un rato, ninguno de los dos podrá moverse de la cama. Decido sentarme en la arena y esperar a que se cansen, ni loca me meto en medio para separarlos, eso sería una negligencia hacia mi bien estar, porque seguro que con la suerte que tengo, no me libraba de llevarme un puñetazo. Pasado lo que me parece una eternidad, se separan y cada uno se sienta, enfrente del otro.

- ¿Ya os habéis cansado? — Pregunto, con sorna. - Los dos tenéis razón. Tú debiste haberme protegido. Pero tú y yo, somos los que sabemos que paso. ¿Verdad? ¿Por qué no se lo explicas?

Uso la estratagema para ver si tiene lo que hay que tener y suelta toda la verdad, sin riesgo de que yo ponga a mi hijo en peligro. Por qué... yo no tendría la culpa si en su cabreo abre la boca más de la cuenta. ¿No?

- ¡Vete a la mierda prima!

- ¡No le hables así! — Le ruge, Ian.

Desisto de volverlo a intentar, porque está claro que para que abra la boca, tendría que estar en una situación de desventaja.

- Y tu Ian. Me olvidaste por meses sin darme el beneficio de la duda.

Por supuesto, no te lo reprocho, quizás, si hubiera sido al revés, yo habría actuado igual. — Sonríe confiado. - Pero... nunca me hubiera comprometido con otro, ni porque necesite ayuda, ni por rencor, ni por olvidar, ni siquiera porque sí. — Su, sonrisa se evapora y la de Marcos crece. - Cometiste un error grave. Porque si diste tu palabra. ¿Cómo vas a hacer para no cumplirla?

- Sindy... no me vengas con esa mierda. Algo haré.

- Vale. Tienes hasta que salga de esa casa, para ingeniar uno de esos brillantes planes para deshacer ese compromiso. Si no, tú y yo habremos terminado. — Le doy un ultimátum.

Me doy la vuelta, pero todavía los puedo oír hablar y la frase de Marcos se me queda grabada; «Está vez si la vas a perder por gilipollas»

Llego a casa y la primera persona en la que reparo es en Carina, me sonríe, pero no le devuelvo el gesto, en cambio, si le hago un leve movimiento de cabeza para que me siga. Llegamos a su cuarto y nerviosa se toca el pelo, mientras espera que le cuente que sucede.

- Me he encontrado con Ian...

- ¡No fastidies! Dime que no has hecho lo que creo.

Asiento con una pequeña sonrisa en los labios y Carina, niega con la cabeza incrédula.

- ¡Estás loca! Tanta paliza te ha tocado el cerebro.

- No he podido evitarlo...

- ¿No me digas? ¡Te ha enseñado un cuchillo y las bragas se han bajado solas!

- Ja, ja, ja. No, me ha enseñado otra cosa mejor y muy convincente...

- ¡Vas a hacer que nos maten a las dos!

- ¿Sigues enamorada de él? — Pregunto, temiendo la respuesta.

- No. — Dice, segura. — Creo que lo que sentí por él era un sentimiento confuso e inequívoco. Puede que siempre haya tenido el amor delante y hasta hace poco, no había reparado en él.

- ¿Quién es?

- Eso de momento, no te lo voy a decir. — Dice, jugueteando con las uñas.

- ¡Víbora! — Le digo, tirándole un almohadón.

Llegadas las cinco el timbre suena, mientras Dago, revisa unos papeles minuciosamente y yo leo y sueño con Cristián de cincuenta sombras. La muchacha del servicio entra seguida del médico fino de hace unos días. ¡Mierda! Pienso, al ver que entra con el maletín y seguro lleva el aparato desvela mentiras.

- Te estaba esperando. — Dice, Dago.

- Lo siento, amigo. Tuve una urgencia de última hora. Señora Colombetti, encantado de volver a verla.

- Siento que no sean recíprocos.

- ¡Sindy! ¡Cierra la boca!

- No te preocupes, amigo. Tu mujer tiene un carácter exquisito.

Se pasa la lengua por los labios y ese gesto insinuante hace que quiera correr al baño a vomitar. Deja el maletín en la mesa y como suponía saca la máquina. Haciendo la misma operación que la última vez, toma la muestra de sangre y esperamos los resultados. Cuando el aparato suena, rezo a todos los dioses que mientan en los libros, esperando que alguno me escuche y haga el milagro de que las hiervas sigan en mi organismo.

- Está limpia.

- ¡Mierda! — Se me escapa, al escuchar el veredicto.

- Princesa, cuidado con la boca. Perfecto amigo. Esto es lo que estaba esperando.

Me adentro en el baño, otro día que me levanto y lo que más deseo es vomitar hasta echar las tripas. Me meto bajo la ducha y me lavo a conciencia durante un largo rato. Tres días, tres jodidos días aguantando sus manoseos constantes, es como si al saber que, ya no hay impedimento de quedar embarazada su apetito sexual hubiera crecido. No importa la hora que sea, ni lugar, siempre encuentra el momento adecuado para mantener relaciones. He intentado evitarle, salir a correr más de lo normal, estar más tiempo con Izan y pasando el menor tiempo a solas con él. Nada ha servido, si no es en la noche, es por la mañana, y sino a media mañana, cuando no a media tarde, no sé cómo lo logra, si es que echa a la gente y se cerciora de que nadie este cerca, pero en todas ha conseguido su cometido. Me pongo el chándal y bajo a desayunar, sentado, Dago está tomando su café y hoy ha preparado otro a su lado. Frunzo el ceño, porque eso es un gesto que ha hecho por primera vez.

- Princesa, buenos días.

Me siento y lo primero que hace es acercarse y darme un beso, dejando reposar su mano en mi muslo, intranquila, cojo la taza y me la llevo a los labios. Se levanta y suspiro flojo de alivio, al pensar que se va, mi sorpresa se hace visible, cuando desde atrás, me carga en peso, me deposita en la barra y abriendo mis piernas se coloca entre ellas.

Debido a la conmoción por su arrebato, tardo un poco más de la cuenta en reaccionar, usándolo él de ventaja, tirando de los pantalones para quitármelos.

- Dago... — Digo, dándole empujones.

- ¡Las manos atrás ahora!

Resignada pongo las manos donde ha pedido. Con una rapidez desorbitada, mis pantalones desaparecen, dejándome en unas simples bragas, y sin demora se ciernen sobre mí, haciendo su voluntad, mientras yo cierro los ojos, con la cabeza echada a un lado. Abro los ojos al percibir un pequeño ruido que me pone en alerta, enfoco mi vista en la puerta y el corazón se me oprime, al ser la recibidora de una mirada de puro asco de los ojos azules del único hombre del universo al que he amado. Agacho la cabeza desolada, mientras Dago, gruñe de satisfacción, calmando la lujuria de su cuerpo. Cuando se retira, una idea ronda mi mente.

- Lo has hecho adrede. — Acuso.

- ¿El qué?
- Lo sabes perfectamente.
- Ja, ja, ja. ¿Ian? Sí, princesa. Estaba esperando su llegada.
- ¡Eres un cerdo!
- Y tú una puta. ¿Crees que no sé que el miércoles te demoraste porque estabas con él? ¡La escena le dejara bien claro a quien perteneces!

Con esas palabras sale por la puerta, supongo que a reunirse con él, si le estaba esperando, no creo que Ian, se haya ido. Recojo el pantalón y me lo pongo, llevándome las manos a la cara en un gesto apesadumbrado segundos después. ¡En otra vida debí matar a alguien!

Porque es imposible pasar todo lo que estoy pasando, sin haber hecho algún daño. Por más vueltas que le doy, no encuentro lo que puede ser tan malo que he podido realizar para seguir sufriendo esta barbarie.

Termino de tomar el café, pensando que ahora tendré que lidiar con el mal humor de Ian también, todavía estoy haciéndome a la idea, cuando hablando del rey de Roma, por la puerta asoma, como dice el dicho.

- Ian...
- No he visto en ti mucha resistencia... — Comenta, con un tono despectivo.
- Será... porque estoy cansada de resistir.
- ¿Dónde has dejado las fuerzas? ¿Tus ganas de pelear? ¿Cundo decidiste dejar que te doblegue?
- ¡Bata Ian! ¡No ves que estoy agotada! ¡No me reproches, cuando fuiste tú el que decidió dejarme a mi suerte!

Me levanto cabreada como nunca y paso por su lado, no estando dispuesta a seguir aguantando sus estupideces. A paso rápido, llego hasta el dormitorio, sin poder más con este calvario, me asomo a la ventana, esperando ver salir a Ian. La puerta se abre y me quedo lívida, viendo como Ian, se interna en el interior del dormitorio, haciéndome un gesto de silencio, con la mano y la boca.

- ¡Ian, vete por dios! — Digo, temerosa en susurros. - Por favor.... —

Imploro, antes de que su boca, se apodere de la mía.

Me aferro a su cintura, temblando de miedo y excitación a partes iguales. Es imposible, que mi cuerpo no reaccione. ¿Cómo no hacerlo?

Si le amo tanto que sus besos y amor, son la única cura para mi corazón maltrecho. Durante minutos, dejo que se lleve todo el mal que hay en mi alma, sanando y reparando todo lo que hay despedazado en mi ser. Volviendo a la realidad, muy despacio me alejo.

- Por... favor... vete. — Digo, con dificultad, debido a la respiración.
- Te sacaré de aquí, nena.
- No me abandones... — Digo, aferrándome a su cintura.

- Nunca, nena.

- ¡Vaya hombre que escena más romántica! — Espeta, Dago en tono sarcástico.

Apresurados nos alejamos a la vez que giramos la cabeza en su dirección. Entra pausadamente en el dormitorio con una cara no muy amistosa. Ian, sin amilanarse se pone frente a él, enseñando los dientes, pero sin abrir la boca. Me llevo las manos al pecho, temiendo lo que suceda a continuación.

- Que desfachatez la tuya Ian. No pensé que fueras tan inconsciente, como para ponerla en peligro.

- No la tocaras... si lo haces te mato con mis propias manos. —

Amenaza.

- Lo que haga con mi mujer, no es tu problema. — Dice, recalcando el “mi mujer”.

- Muy bien Dago. ¿Quieres tratar? Te ofrezco el Cruce como tanto has ansiado a cambio de ella.

- Ja, ja, ja. — Se echa a reír como un descosido, mientras se sienta en la cama. - ¿Tanto la amas como para regalarme vuestro mayor negocio?

- Eso no es de tu incumbencia. Te estoy ofreciendo una única oportunidad. ¿Aceptas?

- Lo siento amigo, pero ella no entra en los tratos. Antes me habría resbalado cuantas veces te la quisieras tirar. Solamente la necesitaba para un propósito, pero como siempre, te adelantaste y lo estropeaste.

Ian sonrío con suficiencia acercándose lentamente hasta estar casi encima de Dago. Mi corazón retumba con fuerza, pendiente de ellos, esperando con terror quien será el primero en dar el golpe, porque aunque parece que mantienen una conversación serena, la tensión se palpa en el aire, y todo mi ser presiente que más pronto que tarde, alguno hará movimiento.

- Ja, ja, ja. Quisiste ser más listo que nosotros, pero Alessandro, te gano la mano. Ya no te sirve para nada. Coge la oferta que te estoy haciendo y no te mataré.

- ¿Lo sabías? — Intervengo, al darme cuenta que sabe que ya no soy la heredera y que a través de mí, no puede hacerse con nada como era su intención.

- Sí. Me enteré el mismo mes que te hice mi esposa.

- ¿Y porque no me has matado?

- Princesa, es muy divertido someter tu voluntad. Y contestando a tu oferta Ian, no acepto, porque ahora me interesa ella y muy posiblemente el hijo que ya este engendrado.

Me llevo las manos a la boca a la vez que Ian, me da una leve mirada y Dago sonrío triunfal. No se hace esperar la reacción de Ian, y cuando aparta sus ojos llenos de rabia y dolor de mí, es para darse la vuelta y darle un puñetazo a Dago en la boca, siendo el que comienza el caos.

Puñetazo, sobre puñetazo, me llevo las manos a la cabeza, mientras las lágrimas corren

por mis mejillas. Sobre la cama dan vueltas, arremetiendo el uno contra otro.

Cuando Dago, toma ventaja, salgo corriendo en dirección a la casa de Ian, toco al timbre una y otra vez, hasta que Marcos abre la puerta y se me queda viendo desconcertado.

- ¡Lo va a matar! — Grito aterrada.

Marcos, entrecierra los ojos, da una orden y al poco aparecen quince hombres. Sin demorarse, anda apresurado a la casa de Dago, seguido por el séquito de hombres. Corro al lado de Marcos, todavía sin entender, porque si lo quiere fuera de su camino, corre a socorrerle.

- ¡Qué mierda habéis hecho! ¡No te muevas de aquí!

Les veo distribuirse por el jardín, mientras Kamil, aparece con otros tantos, y en un segundo todos tienen las armas en las manos apuntándose. Bloqueada me quedo en la puerta, observando la que han armado por el odio que se tienen y las ganas de destruirse el uno al otro. Un brazo tira de mí, apartándome de la puerta y dejando mi cuerpo cubierto por la pared. Mis ojos contemplan a Carina, desorientada por no entender que hace en la calle, cuando hace cinco minutos salí y ella estaba en la cocina.

- Carina, hay que ir por Izan.

- Tranquila, he mandado a Jalila que se lo lleve a la playa a jugar.

Nos quedamos esperando que se oiga algún disparo, pero nada sucede, con cuidado y pudiendo más la curiosidad que la voz que me grita «precaución», en letras mayúsculas, me asomo por el lado de la pared. Veo salir a Marcos, dándole empujones a Ian, para que salga de la casa, mientras Dago, les sigue de cerca. Las caras que traen, aparte de estar llena de golpes y alguna que otra herida, muestra claramente el aborrecimiento y las ganas de seguir la batalla, una batalla que ha interrumpido Marcos.

- ¡Bajar las armas y aquí no ha pasado nada! — Grita, Marcos.

- Marcos. Me parece que así, no vamos a poder asociarnos. O se mantiene lejos de mi mujer... o se acaba la paz que estamos intentando tener.

- No volverá a suceder. ¿Verdad que no Ian?

- ¡No! — Grazna, encolerizado dándole un empujón a Marcos y saliendo camino de su casa.

Le veo dar un puñetazo a la pared frustrado, antes de entrar sin echar la vista atrás. Poco después, los hombres van desapareciendo en fila como si fuera un desfile militar. Marcos es el último en salir y cuando lo hace, se para donde estamos, moviendo la cabeza de un lado a otro con pesar.

- Sindy, joder. Aguanta un poco más, y guarda las distancias con él.

- ¡No seas gilipollas! — Le suelta, Carina, plantándose delante de él.

Marcos le da una mirada escalofriante, mirada que la rubia contrarresta con una de indiferencia. Mirando de uno a otro, observo como se mantienen la mirada, no dando a torcer el brazo ninguno, llego a creer que se van a terminar haciendo daño en los ojos como sigan con esa intensidad.

- ¡Sindy!

Doy un sobresalto al oír el rugido enfurecido de Dago, temblando y sin entender que les sucede dejo de contemplar a los dos que tengo delante y camino despacio hacia el jardín, aun estando casi en la entrada, escucho de lejos la voz de Carina.

- ¡Vosotros la metisteis en esto así que sacarla ya!

- ¡Sindy!

La voz de Dago, hace que deje apartada a un lado la frase de Carina, centrándome en mirar al frente, para ver a un Dago, cabreado, atravesando con los ojos a todo el que se le pone en el camino y apretando los puños para contener el fuego que desprende su cuerpo y esta vez no de excitación, sino de una furia demoledora. Cuando sus ojos reparan en mi presencia, sonrío diabólico, haciéndome temer por mi vida.

- Princesa tu desobediencia ha llegado muy lejos.

- Dago...

- ¡Calla! ¡Esta noche cuando regrese te quiero en mi cama desnuda, si veo una sola prenda sobre tu cuerpo, mandaré que te maten, sin un temblor en la mano!

- Dago... yo no...

- ¡Qué te calles! ¡Si no te doy la paliza que estoy valorando es porque espero que ya estés embarazada!

Se da la vuelta internándose en la casa, mientras suspiro aliviada de que no haga lo que está deseando, porque con el genio que tiene, no sé si sería capaz de aguantarlo.

- Vamos, Sindy.

Carina me guía hasta su dormitorio, y se encarga de que pasemos todo el día allí metidas, las dos sabemos que en estos momentos lo mejor es evitar a Dago de cualquier manera posible, y a mí la verdad, estar aquí encerrada, mientras vemos la televisión o conversamos de temas tontos y sin sentido, me parece tan buena idea como otra cualquiera que consiga mantenerme alejada de ese animal que se hace llamar hombre.

- ¿Qué hora es? — Pregunta.

- Las nueve.

- Hora de empezar a encauzar tu vida. — Dice, sonriendo. - Quédate aquí, saldré a verificar que Dago se haya ido ya.

Asiento, mientras sigo pasando canales en la pantalla, no es que esté haciendo zapping, simplemente lo hago, porque necesito mantenerme ocupada para calmar mis nervios. Diez minutos más tarde, Carina regresa con una sonrisa más grande, gesto que confirma que Dago, no está en la casa y es hora de ejecutar el plan. Atravesamos el pasillo y la sigo a la cocina, coge un termo que había encima de la encimera y lo abre, se gira hacia los cajones, pasa unos segundos buscando y luego coge una taza. Empieza a sacar pastillas de un frasco, dejándolas encima de la mesa, cuando ha extraído una buena cantidad, coge la taza y las va aplastando. Tranquila y con una sonrisa, sigue a su tarea hasta haber machacado por lo menos siete pastillas, recoge el polvo blanco echándolo con la mano en un folio

blanco y luego lo introduce en el termo.

- Listo.

- ¿Qué es eso?

- Coñac.

- ¿No estás pensando que nos droguemos otra vez? — Interrogó, dubitativa.

- ¡No seas tonta! Es para ellos. Coñac y calmantes una mala combinación...

Se da la vuelta, dejándome con la boca abierta, ante la audacia que muestra la rubia. ¡Normal se ha criado entre matones! Pienso mientras la sigo al patio. Se detiene en medio del patio y observa a su alrededor, no parece que Dago, haya dejado más hombres de los que acostumbra para la vigilancia. Si no me equivoco habrá como seis, la otra mitad estarán durmiendo con sus armas a mano, pero como ruido no vamos a hacer, es imposible que se enteren y nos creen problemas. Kamil es el único que con el sexto sentido que tiene, podría jorobar nuestros planes, pero para nuestra suerte, Dago ha preferido llevarse a su mejor hombre con él, tras la disputa de esta mañana.

- Chicos... os traigo un trago. — Dice, balanceando el termo.

Los seis hombres se acercan en un santiamén a la rubia. ¿Cómo pueden unos guardaespaldas ser tan confiados? Lo veo y no lo creo.

Tengo que mirar varias veces, como la rubia tranquilamente les sirve un par de tragos. ¡Vaya hombres! Donde se ponga un trago y una mujer, no se pone nada y se olvidan de todo, como por ejemplo, que están trabajando y no les pagan por beber.

- Carina, el día que te pille Dago...

- Ja, ja, ja, por eso Leandro, no dirás nada, porque aparte de que yo probablemente me lleve una reprimenda, vosotros os quedarías sin trabajo...

Cuando ha pasado un rato y se han cansado de tomar, Carina se sienta en el escalón de la puerta y me indica que haga lo mismo.

Pasados diez minutos, la impaciencia es insoportable, no dejo de mirar a los hombres y lo único que observo, es como dan vueltas como tontos sobre si mismos y riéndose cada poco.

- ¿Y ahora qué? — Digo, arqueando una ceja.

- Paciencia y observa. Uno fuera. — Dice, a la vez que un potente estruendo se escucha sobre el silencio de la noche. - dos fuera. —

Dice, sonriendo, mientras cae otro hombre.

Y sigue contando hasta caer el sexto hombre al suelo, cuando el último ha caído se levanta y al que tiene más cerca le propina una patada.

- Completamente fuera de juego. Ves por Izan y Jalila.

Sin perder tiempo salgo corriendo hacia el dormitorio de Izan, respiro hondo un par de veces para darme fuerza y después abro la puerta.

LA PEOR TRAICIÓN.

- Jalila, Jalila levanta.
- ¿Qué sucede señora?
- Vamos, debemos darnos prisa.

La niñera se levanta sin entender nada, mientras observa como voy guardando ropa de mi pequeño en una maleta. Cuando creo que he metido suficiente, cojo a Izan y lo abrazo fuerte a la vez que salimos hacia el jardín, al llegar puedo ver que Carina, conversa con alguien parados al lado de un coche. Le hago un gesto a Jalila para que me siga, acercándonos al auto. Mis ojos se abren con sorpresa, cuando veo la persona que me mira con una sonrisa abierta, mostrando todos sus dientes perfectos.

- ¿Hugo?
- ¿Creías que Ian, se quedaría de brazos cruzados?
- Si te digo la verdad, hubo un momento en que perdí las esperanzas.
- No deberías subestimar el amor. El amor aveces nos vuelve idiotas, y nos hace cometer estupideces insensatas, pero también nos hace mover cielo y tierra por la persona que amamos.

Sonrío, porque no puedo hacer otra cosa ante sus palabras. Le doy un beso a mi pequeño, un último abrazo y se lo pongo en brazos a Jalila.

- Cuida de él hasta que pueda ir a buscarlo.
- Lo haré señora, esperaremos su vuelta con impaciencia.

- Gracias, Jalila. — Digo, con ojos llorosos.

La veo adentrarse en el coche, mientras dejo la maleta en el maletero.

Hugo me abraza, y después, se interna en el auto. Carina, me rodea con sus brazos y ya no puedo contener más las lágrimas, lloro desconsolada en los brazos de la persona que menos espere sería mi paño de lágrimas, por un tiempo indefinido. Pasado un rato, consigo calmar la congoja que me estruja el pecho y Carina, me dirige lejos de la casa, me quedo mirándola extrañada, porque esta parte del plan, no entraba que yo sepa, o directamente no me la ha desvelado, sea como sea, me detengo, y muy confundida pongo mis ojos sobre los suyos, esperando una explicación.

- Segunda parte del plan. Protegernos. — Dice, tocando el timbre.

- No creo yo...

- Nena cierra la boca y entra.

Ian, me coge del brazo y tira de mí, haciendo que entre en el interior de la casa. Lo sigo, sin saber que hacer o decir, con Marcos viviendo aquí, creo que estoy en peligro igual. Entramos en el comedor, y la morena y Marcos se ponen de pie a la vez.

- ¡Genial Ian, te acabas de cargar el plan inicial!

- ¿Y que esperabas que la dejara ahí? ¿Has visto siquiera lo que le ha hecho?

- Avisaré a los hombres que rodeen la casa. ¡Maldito idiota!

Ian va hacia él y le estampa un puñetazo con fuerza, sonrío, se lo tiene merecido por traidor, pero ahora que soy libre, ya me encargaré de él, cuando menos se lo espere, dándole el golpe que lo mande, donde tienes que estar; en el infierno.

- ¡Basta Ian! — Grita, la morena.

Los dos en el acto se detienen, mirándose con ganas de seguir batallando, pero hacen caso de Gina, y mantienen las manos en sus pantalones. ¡Por dios bendito! ¿Cómo voy a vivir con el traidor y la prometida? ¡Genial! Mi vida pasa de ser una mierda a ser una mierda peor.

- ¿Alguien me explica cuál era ese plan?

- Ya no importa, aquí don no puedo tener las manos quietas lo ha jodido.

- ¡Qué te calles!

- Haber como le explicas a Alessandro, que la oportunidad de deshacernos de Dago, la has mandado a volar.

- ¡Qué cierras la boca! ¡Estás sordo!

Me siento, cada vez más aturdida. ¿Mi padre ha despertado del coma?

La cabeza me empieza a dar vueltas, todo esto me tiene sobrepasada y ellos que hablan en cifrado, no ayudan a que mi mente deje de intentar encajar las piezas.

- Basta, por favor. — Imploro, para que se callen.

- ¿Qué pasa Sindy? — Pregunta, Carina preocupada.

- No lo sé...

- Ian, Sindy necesita descansar un poco.

Ian se acerca, me carga en brazos hasta la habitación, y me deposita en la cama. Siento una pizca de desilusión, cuando miro alrededor y observo que es mi antiguo cuarto. Me recuesto inmediatamente porque no puedo más con todo esto y me llevo las manos a la cabeza, sintiendo un leve pinchazo en la sien.

- Ian. ¿Mi padre ha despertado del coma?

- Nena, descansa. Mañana hablamos. ¿Vale?

Asiento, poco convencida, porque entre el dolor de la cabeza y el de mi pecho por estar otra vez separada de mi hijo, por hoy no doy para más quebraderos de cabeza. Me pongo de costado, quedándome dormida segundos después.

Unas voces me sobresaltan y me despiertan, me acerco a la puerta y abro para poder escuchar mejor, no llego a entender lo que dicen con claridad, debido a que las voces vienen de fuera, pero si me imagino de que va la historia; Dago, debe haber regresado. Vuelvo a cerrar la puerta, no pienso bajar, mientras ese loco este por aquí. Al darme la vuelta, reparo en el balcón, voy hacia allí y abro por si tuviera suerte y desde fuera pudiera entender algo. Escucho atentamente, pero sigo sin oír nada. Suspiro, no debería bajar, lo sé, pero la curiosidad es más fuerte, que cualquier otra cosa. Vuelvo abrir la puerta y sigilosa me acerco a las escaleras, me detengo al oír una voz que reconozco perfectamente. Bajo las escaleras y desconcertada observo la especie de reunión.

- No deberías estar aquí.

- ¡Si estoy aquí es por tu culpa! ¿En qué pensabas Ian?

- ¿En qué? ¡No podía seguir viendo como sufría!

- ¡Te di una orden!

- ¡Es tu hija joder!

- Te lo explique en su momento, era necesario.

- ¿A costa de qué? ¡De destrozar su vida!

- ¿Papa? — Digo, incrédula.

- Sindy, cariño.

Miro atentamente la cara de cada uno aun adormilada, procesando cada palabra que ha salido de la boca de ellos. Abro los ojos, y el impacto de lo que imagino, me golpea tan duramente, que me mareo.

Las lágrimas acuden rápidamente a mis ojos, negándome a creer que sean tan codiciosos, al punto de no importarles destruirme por el camino.

- ¡Sindy!

- ¡No te acerques!

Ian se detiene, pasándose las manos por el pelo, Marcos me mira apenado, y la persona

que es mi padre, me mira impasible.

- ¡Te pregunte mil veces porque y en todas me mentiste! ¡Solamente era una baza con la que ibas a jugar! ¡Nunca te he importado, solo te quieres a ti mismo!

- ¡Basta Sindy! ¡Deja de comportarte como una niña y mira tu realidad!

Sí, desde un principio sabía que tenía que jugar bien mis cartas, y esa carta eras tú. Los Colombetti y los Romaní, nos odiamos desde hace mucho, he luchado y peleado por hacerme con Roma para dejar que un hijo de Gael, me lo arrebatase. No pensé que fuera tan listo, ni que me fuera a dar tantos problemas, me equivoque, desde hace años ha estado haciéndose con mi mercancía, interceptando mis cargamentos, destruyendo mis almacenes y deshaciéndose de mis hombres. Se estaba haciendo fuerte y tenía que hacerlo caer.

- ¿Pero por qué yo? ¿Por qué enredarme en tus mierdas?

- ¡Por qué tan ansiado de venganza estaba que sabía que en el momento que pusiera el ojo en ti serías su objetivo! ¡Así que deja de ahogarte en llantos de niña y mañana a primera hora te quiero en esa puta casa!

- ¡No puedes obligarme! ¡No lo haré!

- ¡Si puedo, primero porque soy tu padre y segundo porque el único que sabe dónde está tu hijo, soy yo!

- ¿Qué? ¿Ian?

- ¡Alessandro, que has hecho! — Ruge, Ian.

- ¿Crees que no sabía que aun siendo fiel a mí, por ella eres capaz de todo? No me ha sido muy difícil seguir vuestros pasos y como estaba seguro de que la ibas a fastidiar, he tenido que actuar.

- Hugo, no me traicionaría Alessandro, es como mi hermano.

- Y tienes razón, no lo ha hecho, pero seis armas apuntándole a la cabeza dejan poco margen para hacer. Mañana lo más seguro venga a avisarte, hoy no lo podrá hacer porque me encargue de dejarle sin móvil y sin coche.

- ¡Maldita sea Alessandro!

- ¡Si tú lo jodes, yo he de arreglarlo! — Dice, girando la cabeza hacia mí.

- Mañana te quiero en esa casa y harás todo lo que te digan Ian y Marcos hasta que finalice el plan. ¿Te has enterado?

- ¡No soy sorda Alessandro! — Escupo, con rabia. - Eres un maldito y buen actor.

- Chiquita... para vivir la vida que yo llevo, es lo primero que hay que aprender. ¿Si no como engañaría al enemigo? Ni un error más Ian.

Cumple el plan hasta el final.

Sale dando un portazo que retumba toda la casa, durante muchos minutos, me quedo observando la puerta sin poder creer que el maldito de mi padre, por codicia y poder haya sido capaz de urdir un plan tan macabro sin importarle que a la que exponía era a su hija, sangre de su sangre y carne de su carne. ¿Pero que se puede esperar de un hombre que

siempre ha pensado únicamente en él? ¿Será que toda la familia de parte de mi padre son unos desalmados? Porque vamos a ver, el que creía era mi padre, está entre rejas por las palizas que le daba a mi madre y gracias a que mi hermana lo denunció, y ahora el que es mi padre, me obliga a seguir aguantando una tortura, simplemente porque a él se le pone en los huevos, porque su alma está llena de avaricia, ambición, egoísmo y ávida de poder.

- Nunca le disparaste... — Comento, tratando de entender hasta que punto me han engañado.

- No. Nunca lo hice. Nada más era una actuación, ya estaba todo planeado al milímetro y revisado al detalle. Tenía que parecer real.

- ¿Y la sangre, el disparo? — Son tantas las preguntas, que no sé por cual he de empezar.

- El disparo de fogeo y la sangre... del hospital que disponemos, y donde nos atienden cuando estamos heridos.

La cabeza comienza a darme vueltas otra vez y las ganas de vomitar se hacen fuertes, tengo que tragar varias veces seguidas para poder contener las arcadas.

- ¿Y el vídeo?

- Dobles...

- ¿Cómo en las películas?

- Lo necesitábamos para que entendieras porque Ian, te trataba con desprecio de un día para otro. Pero... como siempre... no puede guardar su cosa en los pantalones cuando estás cerca.

- Todo era mentira... los desprecios, las acusaciones, la indiferencia...

todo un plan ideado por mi padre...

Sigo repasando todo en mi cabeza, cada momento en el que nos hemos visto, muchas imágenes pasan como en un flash, pero la peor y la que más me duele, el día que hicimos el amor y que ahora me doy cuenta, cada palabra que dijo fue mentira. Pongo los ojos sobre los suyos, y su cara palidece ante mi mirada colérica.

- ¿Y la boda Ian? Porque si desde un principio sabías de que iba todo...

¿Dónde cuadra la boda?

- ¡Hala machote! Te dije que esto pasaría, te lo advertí, a ver si eres capaz de mentir otra vez...

- ¡Qué te calles!

- ¿Ian?

- Nena... ¡Joder! Veras...

- ¡Habla de una vez!

Se lleva las manos a la cara, y después se las pasa por el pelo, un gesto que suele hacer mucho cuando se arrepiente de algo, reconocer ese gesto habitual en él, hace que me tenga que sentar, esperando cualquier cosa.

- Veras, prima, te hago un resumen. Ian, para ser exactos, se enteró del plan un mes y medio después de que desaparecieras. Por ahí se salva si lo miras bien, como puedes deducir, él no estaba al tanto de la confabulación que había armado tu padre. Y lo supo, porque tu padre le necesitaba. Alessandro mejor que nadie sabe que es muy bueno en lo que hace, así que al final se lo tuvo que desvelar. — Hace, una pausa, y con impaciencia le hago un gesto para que continúe. - Bueno... pues antes de saber la verdad, tu padre le hizo creer que Dago, fue en tú busca y que te habías ido con él por voluntad propia. Como puedes imaginar, no le supuso mucho esfuerzo creerlo, ya que no sabía que estuvimos en el aeropuerto y tampoco teníamos heridas, ni rasguños como para que algo le hiciera desconfiar...

- ¡Te estás enrollando, ves al grano!

- ¡Ya vale Marcos! Es mi problema, ya te has regodeado bastante.

Suelta el aire despacio, y yo hago lo contrario, lo contengo en mis pulmones, temerosa por lo que va a decir, y que presiento, no es bueno.

- Sindy... me volví loco, bebí y bebí... destruí tu dormitorio, queme las colchas de mi cama... pero el error que cometí, y entenderé que me digas cualquier clase de insulto, porque lo merezco...

- ¡Ya Ian!

- Gina, es la hermana de Marcos, tu prima, y llevaba años enamorada de mí. Aquel día vino a buscar a Marcos y yo estaba tan borracho que no sé cómo ocurrió, pero terminamos en la cama. Consecuencia que ha derivado en un embarazo y la palabra a tus tíos de que me casaría con ella. — Suelta de carrerilla.

- ¿Pero de que tiempo está? Si no se le nota... — Interrogo, queriendo que me este viendo la cara de estúpida y en cualquier momento se eche a reír.

- De cinco. Y no se le nota, porque cada vez que sale a la calle, se pone una jodida faja.

- Me mentiste... me dijiste que no era tuyo y te creí... por eso, cuando me iba escuché a Marcos decirte que esta vez si me ibas a perder...

¿Por que me has engañado de esa manera tan vil?

- ¡Te estabas alejando de mí y yo estaba desesperado por sentir tu piel, tus besos, necesitaba amarte, sabía que no me perdonarías!

- ¡Normal que me alejaba, te lo grite en la cara, que ese niño no tenía culpa!

Me doy la vuelta, subiendo las escaleras hacia mi habitación, la mano de Ian, se aferra a mi cintura, y lo único que quiero es darle una patada.

- ¡Suéltame!

- ¡Nena, lo siento! ¡Te amo! Fue un error...

- La que lo siente soy yo... porque acabas de destruir mi corazón, mi alma, la confianza que te tenía y el amor que siempre he sentido por ti con devoción. Ahora aparta tus manos de mí.

Lo hace lentamente, y sigo mi camino hasta llegar al dormitorio, dejándolo en medio de

las escaleras. Salgo al balcón con el corazón destrozado y arrodillada en el suelo a la luz de la luna, me deshago en lágrimas. Paso horas llorando en soledad, quedándome dormida acurrucada a mis rodillas en la terraza pasadas las cuatro de la madrugada.

Abro los ojos y atisbo como el sol empieza a emerger, me levanto con el cuerpo cansado y me meto en el baño para darme una ducha. No quiero mirarme al espejo porque sé que tengo un aspecto deplorable, aun así lo hago, asustándome al ver que tengo los ojos hinchados y rojos debido al llanto, hasta me parece que mis ojos en vez de grisáceos se han vuelto negros y eso se debe a que el brillo gris vivo que siempre he tenido, se ha terminado apagando por tanto sufrimiento y tantas mentiras. Me doy una ducha rápida, vistiéndome con lo primero que cojo del armario, no sé de donde ha salido la ropa, y tampoco me importa; solamente quiero cubrir mi cuerpo sin importar si lo que me pongo, me queda bien o mal. Salgo por la puerta y lo primero con lo que me enfrento, es a la tal Gina, saliendo del dormitorio de Ian. Bajo la cabeza al suelo y aún más desolada que antes hago el camino hasta la cocina. Me sirvo un café, agradecida de encontrarla vacía, cosa que no dura mucho, porque Gina, aparece y se sirve un zumo. El silencio incómodo es insoportable, e inaguantable, y aunque sé que nada de esto es culpa suya, no tengo ganas ni de darle conversación, ni aguantar su presencia, así que me levanto y con la taza en la mano, me dirijo al salón. Debido a la rapidez con la que he querido huir del lugar, me da un leve mareo y tengo que apoyarme en la pared.

- ¿Sindy, te encuentras bien?

- Sí. Gracias Carina. Toda la situación está que me tiene en un sin vivir.

Estoy agotada...

- Ya...

Nos sentamos en el sofá, sin decir nada más, ella porque no quiere decir lo que piensa y que está segura me enfurecerá y yo porque no tengo nada que decir. Terminando el café aparece Marcos, con un gesto apesadumbrado, hora de volver, ese careto que trae lo deja claro.

- Sindy...

- Lo sé.

- Vamos.

- ¿Qué? ¿Vamos? ¿De qué habláis? — Pregunta, contrariada.

- Ha de volver. — Informa, Marcos.

- ¡No! ¡No! ¿Por qué?

- Ordenes de Alessandro. — Espeto con asco.

- Está bien, si ella va yo voy con ella.

- Carina... — Dice, su nombre en una advertencia.

- ¡Ni Carina, ni nada!

- ¡Está bien, pues arreando que tengo cosas que hacer!

- ¡Capullo!
- ¡Consentida!
- ¡Imbécil! ¡Bueno para nada!
- ¡Pues no piensas igual, cuando este bueno para nada se mete en tus piernas!
- ¡Qué! — Digo, abriendo la boca al máximo a la vez que Carina, le cruza la cara.
- Ni una palabra Sindy. Ya te lo explicaré.
- Más te vale... — Comento en tono divertido.

Se engancha a mi brazo y regresamos por el mismo camino de la noche anterior. El primero en atravesar la verja es Marcos, y antes de hacerlo, nos advierte con un, «ni una palabra».

- ¡Dago, se te han escapado dos gatas!

Carina lo atraviesa con los ojos y yo estoy tentada de darle una patada en las bolas. Dago aparece en compañía de su perro fiel; Kamil. Dago no saluda, directamente viene hasta mí y me da un bofetón, que me hace caer al suelo, por el rabillo del ojo veo a Marcos apretar los puños con fuerza.

- Princesa te has portado muy... mal. — Dice, alzando un pie para darme una patada en el estómago.

- ¡Dago no, la he visto marearse varias veces, si lo haces mataras al niño que estoy segura lleva en el vientre!

Las palabras de la rubia surten efecto, y se detiene, mira a la rubia valorando si es una treta o realmente está diciendo la verdad, y yo la asesino con la mirada, porque hubiera preferido la paliza, antes que valorar la posibilidad de llevar a su hijo en mi vientre.

LA MALDAD NO TIENE LÍMITES.

Baja la mano hasta rodear mi cuello con ella y me obliga a ponerme de pie, por inercia mis ojos se desvían hasta Marcos que espera expectante que niegue las palabras que han salido de la rubia. Dago, aprieta un poco más fuerte para que regrese mi mirada a él y es lo que hago, temerosa y temblando incluso más que una lavadora, cuando esta puesta en modo centrifugado.

- Princesa. ¿Has tenido mareos? — Pregunta, en un tono más sereno.
- No... no sé de qué habla.
- Sindy, no seas estúpida. Si haces que te mate, quien cuidara de Izan.
- Te lo vuelvo a preguntar. ¿Te has mareado?

Durante unos segundos lo considero, es imposible, lo que las hiervas llevan fuera de mi organismo, será poco más de una semana, no puedo tener tan mala suerte.

- Sí, pero no creo...

- ¡Cállate! Sé perfectamente desde cuando llevas sin tomar la mierda esa que tomabas. Pásame el móvil Kamil. ¡No se te ocurra moverte!

Se aleja para coger el teléfono, mientras le miro contrariada sin entender a quien está llamando ahora. La llamada dura unos breves minutos, vuelve a posicionarse delante mía y me dedica una sonrisa.

- A ver princesa, una buena noticia para mí, y una mala para ti.

- ¿Qué? — Pregunto, desorientada.

- Princesa, a que no sabias que las hiervas no son cien por cien eficaces. Así que sí, puede que mi pequeño bebé ya este creciendo en ti.

- ¡Eso no es posible, tu amigo lo habría visto!

- No, princesa, por lo que me ha explicado, si lo estás no será de mucho más de tres semanas y la maquinaria que él portaba, no es eficaz para detectar un embarazo de tan pronta gestación.

- No...

Pegando su boca a la mía, evita que siga hablando. Cuando decide retirarse, sigue sonriendo dichoso y yo me quiero morir. ¡Maldita sea!

¿Por qué todo sale a su favor y nunca al mío? Doy una leve mirada a Marcos, que conmocionado todavía no se ha movido del sitio.

- Mañana iremos a la consulta de mi amigo para confirmarlo. Por descontado princesa, se acabó trotar por las mañanas. ¡Amigo, vamos a tomar una copa para celebrar! — Dice, dirigiéndose a Marcos. - Y tu hermanita, si vuelves actuar contra mí, haré que desaparezcas de este mundo.

Rodeando mi cintura me lleva hasta el comedor, me ayuda a sentar en el sofá, y se coloca a mi costado abrazándome, como hace un hombre enamorado de su mujer. Kamil, reparte las copas y por supuesto a mí me sirve un zumo como le ha ordenado Dago.

- Gracias, por traerla Marcos. Pensé que Ian la ayudaría, y que tendríamos un grave problema.

- Nada es más importante para nosotros que el negocio que tenemos entre manos para llevar la paz a los dos bandos. No queremos una guerra.

- Me alegra saberlo. ¿Cuándo estarán los documentos del Cruce listos?

- No seas ansioso Dago. Los beneficios de la bebida, junto con las pastillas de las que tú dispones son extraordinarios. Esas píldoras son como una golosina para nuestros clientes, incluso hemos considerado subir la cuota mensual debido a que esos hombres, están asistiendo más a menudo desde que disponemos del pequeño caramelo que ellos quieren.

- Lo sé, pero quiero los documentos listos cuanto antes.

- Danos cosa de una semana, he estado algo atareado con dos tipos que se negaban a pagar el por ciento que nos toca por dejarles tener el negocio en nuestro territorio, por eso ha sido la demora. En una semana estarán listos.

- Perfecto.

Suelto el aire ruidosamente cansada de escuchar una conversación fastidiosa de papeleos y

negocios. Si quieren hablar de negocios que se vayan al despacho que para algo lo tienen y no nos aburran a los demás con su charla poco animada en lo que todo trata de papeles y dinero.

- ¿Te aburres princesa?

- Oh, no. Simplemente me desespera escuchar como habláis de dinero y más dinero, como si eso en la vida fuera lo más importante.

- Para mí lo es. El dinero es el que te da el poder de hacer y deshacer a tu manera, aparte de poder disfrutar la vida como muchos quisieran hacerlo. Y si estoy tan pendiente del Cruce, es porque es un negocio muy rentable, no sabes la de dinero que se mueve allí y ahora después de tantos años, casi lo tengo en la palma de mi mano.

- ¿A costa de qué? Peleas, rivalidades, enemistades, no merece la pena, si cada vez que ponéis un pie en la calle, tenéis que guardaros las espaldas y todo por dinero... ¿Es que te lo piensas llevar a la tumba? ¡El dinero es solo dinero y en la vida hay cosas más importantes!

- ¿Cómo que princesa?

- Vivir en paz, sin temor, honradamente y junto a la persona amada.

Para mí el dinero no da la felicidad y la prueba la tienes en que aun con todo el dinero que tienes, no has conseguido que te ame.

Me muerdo el labio al darme cuenta que he hablado de más, doy un leve vistazo a los que nos observan, como esperaba hasta el mismo Kamil, tiene los ojos abiertos de par en par. Me quedo esperando que llegue el bofetón como pasa cada vez que hablo sin pensar, pero nada llega, solamente recibo una mirada fría como el granizo.

- Bueno, princesa, no todo en la vida se puede tener. Sí, tengo dinero.

Sí, tengo que guardar mis espaldas, pero me las cubro y punto, y vivo como quiero. Que no tengo tu amor... ¿Y qué? El que disfruta de tu cuerpo soy yo, y no ese idiota al que tanto amas. ¿Así que princesa de que te sirve amarle? Ah, espera, sí, para que con ese amor que dice que te tiene... se este tirando a otra.

El golpe verbal surge su efecto y me deja con la boca cerrada, casi hubiera preferido la bofetada que el dolor del golpe bajo que ha dado.

Sin apartar mis ojos de los suyos, veo como lentamente aparece en sus labios esa sonrisa triunfal que me exaspera.

- Creo que va siendo hora de que me retire y os deje seguir disfrutando de vuestra conversación tan... interesante. — Digo, poniéndome de pie.

- Preciosa, nos vemos en la comida.

Le guiño el ojo a la rubia al pasar por su lado para que se venga detrás, no me va a dejar con la intriga de saber como ha sucedido lo de ella y Marcos, porque lo único que me ha quedado bien claro es que mantienen relaciones. Llego al dormitorio y espero durante varios minutos con los brazos cruzados, poco después aparece Carina.

- ¿Por qué estamos otra vez aquí?

- ¿Desde cuándo te acuestas con Marcos? — Contraataco.

- Vale. Primero hablo yo y luego tú.

Le hago un movimiento de la mano que entiende enseguida, sonrío y se sienta en la cama con las piernas cruzadas. Pasados unos segundos, todavía no se ha dignado hablar y estoy valorando si coger unas tenazas y tirarle de la lengua a ver si de esa manera se le desenrosca.

- ¡Carina, ni que hubieras asesinado a alguien habla ya!

- ¡Vale, vale! Bueno... veras, Marcos acostumbra a venir todas las mañanas, siempre sigue la misma rutina, habla con Dago, y luego recorre la casa varias veces. Extraño, lo sé, pero lo hace. — Dice, y se lleva las uñas a la boca, quedándose pensativa.

- ¡Carina!

- Perdón. Eso que me extraño, así que una de esas veces, le corte el paso y directamente le pregunté que porque hacía eso, y que buscaba.

No me contesto, sonrío y me acorralo contra la pared. Confundida no procese que lo tenía encima hasta que su boca estaba pegada a la mía, segundos después se alejó y me dijo “aprende a no meter las narices donde no te llaman”, se dio la vuelta y se fue. Desde entonces, aun cuando he intentado mantenerme lejos de él, se las ha ingeniado para abordarme, y en cada una me ha robado un beso. Y bueno, anoche...

pues paso lo que tenía que pasar.

- ¡Eres una sabandija que bien lo tenías guardado!

- Te juro que no sé cómo ha pasado...

- Pues yo te lo explico con gusto. ¡Has dado con la horma de tu zapato!

Por eso ha conseguido que caigas con un chasquido de dedos. Ja, ja, ja.

- No le veo la gracia.

- Ja, ja, ja. Normal porque no estás en mi cuerpo. Quien me iba a decir a mí, que la rubia caprichosa desaparecería para dejar a una nueva rubia que quiere ayudar en vez de hacer daño, y si encima me llegan a decir que se iba a enamorar del hombre que siempre ha creído que era su primo y lo trataba como un monigote, que quieres que te diga, me da la risa floja. Ja, ja, ja.

Diez minutos como mínimo lo paso riendo, y tengo que sentarme para no irme de culo al suelo debido a las carcajadas, varias veces parece que se me ha pasado, pero mis ojos regresan a la rubia que tiene la cara roja de la vergüenza y otra vez me troncho sin poderlo remediar. Al final la risa se me corta de cuajo, cuando la rubia se quita el zapato y me lo tira a la cabeza dándome de lleno, porque tan despistada estaba riendo que ni siquiera lo he visto venir.

- ¡Oye que duele!

- ¡Te lo has buscado tú! Ahora empieza a contarme porque hemos regresado.

Me levanto para sentarme a su lado y suelto el aire lentamente, volviendo a cogerlo en una

bocanada honda antes de explicarle de las últimas novedades de las que me he enterado.

- Alessandro fue el que lo planeo todo para que yo estuviera en esta casa. Anoche oí voces, me desperté, baje al salón y me lo encontré dándole una reprimenda a Ian, porque se hubiera atrevido actuar sin su permiso. Luego me enfrente a él, pero no sirvió de mucho porque la orden fue que a primera hora me quería en esta casa.

- No puede obligarte, es tu padre, no tu dueño.

- Si puede Carina, se las ha apañado para llevarse a Izan. Nadie excepto él sabe donde está.

- ¿Cómo es posible? Se suponía que Hugo, iba a esconderlos a él y a tu madre.

- Conoce a Ian. Estaba seguro de que no cumpliría sus ordenes y no sé, quizás tenía algunos hombres que le informaban de nuestros movimientos.

- Lo siento Sindy. Todo ha sido para nada.

- De algo si ha valido. Me he enterado de lo embustero que es Ian por conseguir lo que desea. Como siempre me dejo llevar por el amor que siento por él, para ir a darme contra un póster una y otra vez.

- ¿Qué quieres decir?

- Que Ian y yo no podemos estar juntos. Que tengo que olvidar que una vez existió un nosotros.

- ¿Y eso por qué?

- Pues... porque Ian, cometió un error muy grande y no creo que le pueda perdonar jamás.

- ¡Deja de dar rodeos y suelta eso tan grave que ha hecho que te hace rendirte!

- ¡No es rendirme! Es que me he dado cuenta de que nunca me quiso como yo le quería a él. Al imbécil le hicieron creer que me había ido con Dago por voluntad propia y el sin ponerlo en entredicho lo creyó, se emborrachó, tuvo un escarceo con Gina y la dejo embarazada.

- ¡Santo cielo!

- ¿Crees que son pocos motivos para dejar de correr contra la corriente que se empeña en alejarnos?

- Por una vez he de darte la razón, debió verificar lo que le dijeron.

- Pues hala, no quiero volver a tocar el tema de Ian.

A la una y media la muchacha del servicio, me avisa de que en quince minutos servirán la comida. Apago la televisión y bajo a reunirme con Dago. Tomo asiento a su lado y como habitualmente, su mano reposa en mi muslo. ¡Vaya con mi suerte! Por fin he conseguido sacar a mi hijo de esta casa y no me sirve para nada, la jugada se volvió en mí contra, cuando verdaderamente creí que ya todo se había acabado.

Desganada y sin apetito paso el tenedor por encima de los macarrones moviéndolos de un lado a otro.

- ¿Qué sucede princesa? ¿Tienes angustia? — Pregunta, preocupado por primera vez, mirando por alguien que no es él.

- Muchas. — Contesto, porque verdaderamente siento muchas arcadas, pero no por el motivo que él cree.

- Eso es bueno princesa.

- ¿Ah, sí?

- Sí, mientras estés embarazada... no te mataré.

Trago con dificultad, encontrándome peor por momentos, y dejo el tenedor con el estómago cerrado del todo, ahora mismo, ni un sorbo de agua sería capaz de pasar por mi garganta. ¡Genial mi vida mejora por segundos! Si estoy preñada, tendré que tener al hijo de un monstruo, sé que un niño no tiene la culpa, pero no quiero tener un niño de un hombre que no quiero y menos porque me haya sido impuesto como si fuera una yegua de crianza. Y si no lo estoy, mi vida valdrá poco, porque ante la amenaza que ha dejado caer, se puede ver claramente que se ha cansado de que le toque las pelotas. Lo mire por donde lo mire, las dos opciones terminan en lo mismo; estoy jodida.

- Dago. ¿Te importa si me recuesto un rato?

- Claro que no princesa. Pero no has comido nada.

- Tengo el estómago revuelto, cuando se me pase cogeré una fruta.

- Entonces descansa. — Dice, dejando un beso en mis labios.

Me levanto y vuelvo a mi habitación, me tumbo en la cama y me llevo las manos a la cabeza. Dándole vueltas a la nueva situación en la que me encuentro, me quedo dormida sin ser consciente de que lo hago.

Al abrir los ojos, miro el reloj y mientras observo que son las seis, mi estómago ruge sonoramente. Enfilo de nuevo a la cocina, cojo una manzana y le doy varios mordiscos. Un sonido extraño, me hace dar un bote de la banqueta, presto más atención y el mismo sonido llega a mis tímpanos, moviéndome con rapidez sigo el sonido, llegando guiada por ellos al garaje.

- Esto te recordará que si la ayudas, pagaras las consecuencias.

Antes de abrir la puerta, sé que esta vez quien sufre el suplicio es Carina, lo que no imagine en mi vida fue que la encontraría con las manos y la boca amordazada llorando sin consuelo, mientras es violada por su propio hermano. La imagen me golpea tan duramente que los ojos se me empañan, esperaba cualquier cosa al entrar, pero no semejante aberración, la locura de este hombre no tiene límites. No lo pienso y actué llevada por la humanidad.

- ¡Maldito seas Dago! ¡Es tu hermana! — Digo, mientras me engancho a su espalda, rodeando su cuello para que la suelte.

Apretando con todas mis fuerzas, consigo alejarlo de ella. ¡Maldito salvaje! Sigo apretando todo lo que puedo, pero mis fuerzas no se pueden comparar a las de él y consigue ponerse de pie conmigo colgada a su espalda.

- ¡Te mataré zorra! — Chilla enfurecido.

Con un movimiento rápido nos estampa contra la pared haciéndome chillar de dolor, cuando mi espalda impacta con la dureza del cemento.

Mis brazos pierden fuerza, se gira y el puñetazo que impacta dándome en el pómulo, me hace caer al suelo y llevarme la mano a la cara llorando.

- ¿Prefieres ser tu preciosa?

Miro a Carina, y el alma se me parte, indefensa intenta con los dientes rasgar la cinta que le apresa las muñecas. Sabía que era un desalmado, pero no hasta que punto llega su maldad.

- ¡Es tu hermana! — Grito, todavía sin creer lo que mis ojos ven.

- ¡Kamil! — Su perro fiel aparece por la puerta. - ¡Llévatela y que no salga del dormitorio!

Su perro me coge en brazos, andando hacia la puerta. Mi cabeza trabaja a la velocidad del rayo, por encontrar la manera de detenerle.

Fijo los ojos en los de la rubia, su suplica silenciada me oprime el pecho y por mucho que no quiera ser yo el blanco de ese desgraciado, no la puedo dejar desamparada, lo llevo en la sangre, en mi condición y en mis principios; ayudar siempre que pueda hacerlo. Kamil, me deposita en el suelo una vez estamos fuera del garaje, sin pensar, actuando veloz y sorprendiéndolo le doy un rodillazo en sus partes, consiguiendo que con todo lo grande que es, se tenga que arrodillar en el suelo debido al dolor.

- ¡No me lo tengas en cuenta gilipollas! — Digo, y le asesto una patada en la cabeza, dejándolo fuera de juego.

Doy una carrera hasta la cocina, y después hasta el garaje. ¡Esto tiene que funcionar! Me repito tres veces antes de entrar.

- ¡Dago!

- ¡Joder donde está Kamil!

- ¡Tirado en el puto suelo del pasillo! Ahora o te apartas de ella... o tú tendrás la culpa de la muerte de tu hijo, si realmente estoy embarazada. — Digo, a la vez que pongo el cuchillo de cara a mí en mi barriga.

- No lo harás. — Dice, arrogante.

- ¡No me pongas a prueba! — Grito, a la vez que aprieto un poco el cuchillo. - ¡Libérala!

Pasan unos segundos en los que empiezo a creer que mi farol no ha surtido efecto, me sorprendo al ver que lentamente se levanta despegando el cuerpo de Carina, se sube los pantalones y los abrocha. Doy gracias a dios de que por lo menos le haya dado el deseo de ser padre y considere que nada vale más que ese hijo.

- Aparta... eso... de... tu... estómago... ahora. — Dice, intentando esconder la cólera que denota su voz.

- Te prometo que cuando la sueltes, lo haré.

Dago aprieta más la mandíbula, casi creo haber escuchado un crujido, o a lo mejor es mi

imaginación que desea que se rompa algún hueso.

Rezumando rabia, se da la vuelta y hace lo que he ordenado. Carina, sin demorarse en recomponer su atuendo sale corriendo en mi dirección y se abraza a mí.

- Sindy... no deberías... haber... intervenido... — Dice, entre hipido e hipido.

- Vete Carina. Ves con Marcos, te protegerá.

- No Sindy...

- ¡Vete joder Carina! Estaré bien.

Y digo la verdad, porque me acabo de dar cuenta de que las tornas han cambiado y que por el hijo que él cree que llevo en mi vientre, la situación está a mi favor; no hará nada que repercuta en perderlo.

- Ve con él. — Repito.

UN ALIVIO Y UN PROBLEMA.

Dago no abre la boca en ningún momento, aguardando a que decida quitar el objeto punzante de mi cuerpo. Carina, por fin asiente y suspirando sale, echando la vista atrás dos veces antes de traspasar la puerta. Regreso la vista a Dago, que cruzado de brazos no deja de mirar el cuchillo.

- Todavía no veo que hayas apartado eso de tu barriga... — Comenta irónico.

- ¿Por qué le has hecho eso? — Demando, queriendo saber.

- ¿Princesa, no creerás que es la primera vez?

Mis ojos se abren hasta el punto que creo que me van a reventar de tanta presión que hacen por mantenerse bien abiertos.

- ¡Estás loco!

- Sigo sin ver ese artilugio lejos de ti. — Dice, ignorando mi comentario.

Tomo aire con fuerza porque sé que no puedo pasarme todos los días y horas con un cuchillo en la mano, así que despacio lo voy alejando.

No he terminado de separarlo del todo, cuando Dago, se me ha echado encima y empotrado contra la pared, rodea mi muñeca con su mano, aprieta con fuerza y consigue que tenga que abrir la mano y el cuchillo aterriza en el suelo, con la otra mano me coge del pelo y tira con vehemencia.

- Me encanta cuando te conviertes en fiera... — Dice, ronco de lujuria.

Su boca se estrella contra la mía violentamente, todo lo fuerte de lo que soy capaz cierro la boca y le niego la entrada a ella, una tontería porque eso no evita que me tumbe en el suelo mientras le doy puñetazos y tome lo que le de la gana.

Sentada en el salón tras pasar tres horas en la bañera, vuelvo a leer por quinta vez el mismo argumento, acto inútil, porque lo leo y es como si leyera en chino, porque mi mente sigue pensando en las horas desmesuradas, pero necesarias para sacar el maldito olor de su piel impregnada en el mío. A estas alturas he podido darme cuenta que además

de disfrutar imponiendo su voluntad, le excita que se resistan, cuanto más lucha una por evitarlo, con más insistencia y violencia arremete él, lo que para mi es anormal, porque no entiendo que puede ver de satisfacción en un acto que no es consensuado por los dos.

Decido ir a la cocina, coger una fruta y subir a mi dormitorio, cuando llego frunzo el ceño al ver que la puerta tiene un candado y no se puede entrar.

- ¡Dago! ¡Dago!

- Deja de chillar que me das dolor de cabeza. — Dice, el susodicho apareciendo por el pasillo.

- ¿Por qué hay un candado?

- Vamos a ver... ¿Por qué eres mi esposa? ¿Por qué debes dormir en mi cama? ¿Por qué se me da la gana? ¿Te parecen buenas razones?

- Prefiero dormir en el suelo...

- Pues lo siento princesa, pero la única opción válida que tienes es mi cama.

- Te odio. — Digo, entre dientes.

- Mm como me pones, cuando te revuelves. — Dice, acercándose a dejar un beso en mi cuello que me hace sentir frío.

- ¿Si me comporto sumisa dejaré de interesarte?

- No lo creo princesa, únicamente harías más interesante el juego. Me encantaría ver cuanto eres capaz de aguantar...

- ¡Eres un cerdo! — Escupo con asco.

- Puede... pero te aguantas.

Se da la vuelta andando con tranquilidad hasta llegar al dormitorio, abre la puerta y se para en medio mirándome con una sonrisa y el brazo estirado. Con pesar me dirijo al cuarto, paso sin mirarle y abro el armario, como supuse toda mi ropa está colocada y muy bien ordenada. Cojo un pijama y me interno en el baño, suspirando todos los minutos que tardo en ponérmelo, no dejo de pensar en todo lo que ha sucedido hoy. ¡Cómo he estado tan ciega! Vivimos en la misma casa y nunca se me paso por la mente pensar que Carina, estuviera sufriendo el mismo infierno que yo. ¿Pero como lo iba a pensar? ¡Es su hermana joder! Por mucho rato que paso repitiéndolo, sigo sin concebir que haya gente capaz de semejante fechoría, pero vamos, visto lo visto, lo que no puedo es negarlo, porque lo he visto con mis propios ojos y no solo ha sido algo que me pudieran haber comentado.

- ¡Princesa, has decidido pasar la noche en la bañera!

- Pues no sería mala idea. — Comento, mientras termino de recorrer el espacio que me separa de la cama.

Me recuesto lo más cerca del borde del colchón y lo más lejos posible de Dago, infructuoso intento de poder dormir tranquila y no pegada a su cuerpo, porque Dago, pasa la mano por mi cintura y tira hasta dejarme en el centro, pegada a su pecho y con la mano pegada a mi cintura como si fuera un peluche al que necesita dormir abrazado.

Me quedo muy quieta, agradecida de que no tenga ganas de fiesta y caiga en sueño bastante pronto, suelto el aire flojo y con cuidado aparto su mano, vuelvo a la primera posición que tome al principio y pienso que ya entiendo el cambio repentino de Carina; si como el demonio ha dicho, no es la primera vez que abusa de ella, no me extrañaría pensar que sus agresiones empezarán, cuando acudió a él tras haber sido despojada de todo. Me quedo dormida poco después, con un halo de remordimientos por haber provocado tal daño sin ser mi intención y apenada por que haya tenido que sufrir semejante atrocidad para darse cuenta de que su actitud no era nada buena.

Siento una caricia por el estómago y un beso en el cuello, turbada me agito medio dormida. El pequeño deslizamiento caliente que percibo después por entre mis pechos, me hace abrir los ojos de golpe y ponerme en guardia. Entrecierro los ojos y bajo la mirada para ver a Dago, muy entretenido recorriendo mi piel con su asquerosa lengua.

¡Qué bien, pelea matutina!

- Dago, tenemos que ir al médico. ¿Recuerdas?

- Vamos, princesa no seas aguafiestas. Con lo bien que estaba reaccionando tu cuerpo.

Me muerdo la lengua con mucha fuerza, queriendo evitar que de mi boca salga, lo que mi mente está ideando, pero por mucho empeño que le pongo, todo razonamiento se va a volar, cuando Dago, sigue paseando su lengua hacia terrenos prohibidos.

- ¡Sería porque estaba dormida y soñaba con otro!

En el acto su babosa lengua se aleja de mí, conforme va levantando la cabeza para unir sus ojos a los míos. Sonrío satisfecha, mientras le veo endurecer las facciones de su rostro y apretar los puños.

- ¡Bien jugado zorra!

- He aprendido del mejor... — Comento, con ironía.

Se levanta de la cama como si le hubieran puesto en ella varias serpientes, y tengo que morderme fuerte el labio para no soltar la carcajada que amenaza con salir de mi garganta. Sigo observando como se viste con movimientos bruscos, debido al cabreo. Dos veces abrocha la camisa y la vuelve a desabrochar, ya que de la misma rabieta que lleva, no atina a unir unos simples botones con los agujeros correctos. Cuando logra estar decentado, mis ganas de reír son insoportables, y las ganas de rodar por la cama y reírme a gusto son muy fuertes, por descontado que no lo hago y para conseguirlo clavo las uñas en mis muslos disimuladamente hasta sentir un leve dolor para evitar la risa.

- ¡La próxima vez que se te ocurra insinuar otra estupidez, te cortaré la lengua! — Dice, antes de salir del cuarto y dar por finalizada la escena con un portazo.

Por fin lo pierdo de vista y me río como hace tiempo no lo hacía, había olvidado que se pudiera reír hasta el punto de sentir dolor de barriga.

Tras poder detener la risa floja, me doy una ducha rápida y voy a tomar un café, eufórica porque por una vez Dago, no ha conseguido su propósito. Recorriendo el pasillo escucho dos voces que reconozco a la perfección; Ian y Gina. Sigo el sonido como el canto de las sirenas, para encontrarlos sentados en el comedor hablando con Dago. El simple hecho de

que todos sonrían, mientras conversan, me dan ganas de dar un puñetazo a la pared, en vez de hacer lo que deseo, paso de largo camino de la cocina, siendo la primera vez en llegar a ella sin que el desgraciado con el que me tuve que casar, me detenga. Tomo asiento y tranquila por media hora disfruto del desayuno.

- ¿Lista princesa?

El tono sereno con ese toque que sale de su voz de triunfo, hace que los pelos se me pongan de punta y presiento que la bomba que va a salir de su boca me va a joder el día.

- ¿Para ir a la consulta? — Interrogo, en tono inocente.

- Sí, princesa, pero no es a eso a lo que me refiero.

- ¿Ah, no? — Digo, llevándome la taza a los labios para beber el último trago.

Se acerca a la mesa, y mientras me esmero en apurar el café, pone una tarjeta al alcance de mi vista, al leer por encima, la taza resbala de mis manos a la vez que escupo el líquido. La cojo con las manos temblando, y llego a creer que la tarjeta va a terminar en el mismo lugar que la taza; en el suelo. Vuelvo a leer y mis ojos se abren con sorpresa, dolor y decepción, aun sin querer creerlo, lo vuelvo a repasar.

«Gina Romaní e Ian Romaní uniremos nuestras vidas en matrimonio, donde les invitamos a participar en la ceremonia que se llevara a cabo el 22 de febrero de 2017 en la Basílica de Santa María a las 12:00 H».

No sigo leyendo porque la cabeza me empieza a dar vueltas, cuando soy consciente que han adelantado la boda y que la fecha del enlace es en un mes. ¡Un mes! ¿Por qué tanta prisa? Si hace poco me estaba diciendo que lo arreglaría, que daría con la manera de impedir la boda, y ahora me da semejante puñetazo en la boca del estómago con esta invitación.

- ¿Lista? Nos están esperando. — Me saca Dago, del sopor en el que me he sumergido.

Alzo la mirada y sus ojos brillan alegres por el daño que me ha causado, me limpio las lágrimas que han rodado de mis ojos con rabia y me levanto del taburete, parándome frente a él.

- Podías tener un poco de consideración y suavizar el golpe.

- ¿Igual de suave que tú en la cama? — Dice, retóricamente. - Cuando te comportes como mi mujer, actuaré como tu marido. Ahora vámonos.

Una hora después llegamos a la consulta, lo que pensé sería un centro médico, resulta que es un pequeño edificio donde el doctor fino atiende a la gente de la isla. Nada más llegar, Dago avisa de nuestra llegada y conforme sale el paciente que atendía nos hace pasar. «Ventajas de amistad», pienso, cuando varias personas nos miran con cara de mosqueo. Nos sentamos en las sillas y observo indiferente como se saludan.

- Señora Colombetti es un placer volver a verla.

Me callo la réplica que iba a darle, cuando los ojos de Dago, se ponen sobre mi persona con una mirada de advertencia, teniendo que cambiar mi contestación a una más cortés.

- Igualmente. — Digo, arrancando la palabra de mi garganta.

- Bueno, amigo como te comente le haré una nueva exploración y en un par de minutos veremos si vas a ser papá.

- Perfecto. — Dice, finalizando con una palmada.

- Ahora amigo, tengo que dejarte diez minutos sin tu mujer.

- Cuidado... si pasan los diez minutos y no me la has devuelto, tendrás problemas.

- Ja, ja, ja. Diez minutos entonces. Sígueme.

Andando detrás de él, pasamos por una puerta que intercomunica con otra oficina, se detiene ante una camilla con pantalla y taburetes colocados al lado.

- Vamos Sindy, sabes lo que tienes que hacer. Aunque si te digo la verdad, no creo que estés embarazada.

- Eso sería genial.

Arquea una ceja en mi dirección, mientras me deshago de los pantalones, me recuesto en la camilla y durante un rato se dedica solamente a mirar la pantalla con atención. Un gran alivio para mí, porque estoy harta de sentirme un pedazo de carne sabroso en vez de una mujer.

- Te puedes vestir. — Dice, unos minutos después al retirarse.

Una vez recompuesta, sigo esperando que se digne hablar, mientras me mira con una cara indescifrable y con los brazos cruzados.

- ¡Habla de una vez! — Digo, un poco más alto de lo que quería.

- No estás embarazada. — Dice, sonriendo.

- ¡Gracias señor! — Clamo, juntando las palmas de las manos.

- Yo no me alegraría mucho... — Dice, sonriendo más ampliamente y desviando la vista hacia la puerta que comunica a la oficina.

La cara se me desencaja y el estómago se me altera al empezar a sentir el vértigo debido al pánico que me sube por todo el cuerpo. Toda mi cara tiene que estar sin color, puede que hasta me este poniendo morada, gracias a que empiezo a sentir la falta del aire y doy bocanadas fuertes para que el oxígeno llene mis pulmones, cada vez se me hace más difícil tratar de respirar y la cabeza empieza a darme vueltas.

- No se lo puedes decir...

- Y no lo haré... si pagas por mi silencio.

- ¡Qué! — Exclamo, sin saber si he escuchado bien a consecuencia que todavía trato de que mi respiración vaya al mismo compás que los latidos de mi corazón.

- Quiero un millón de euros.

- Pero... ¿De dónde quieres que saque esa barbaridad?

- Tienes tres días, si no le diré a Dago que no existe el embarazo. ¿Lo has entendido?

- Como no lo voy a entender, si por primera vez te has explicado de lujo y no con el vocabulario refinado de médicos. — Digo, con sarcasmo.

- Pues vamos a darle la noticia al papá.

Salimos de la consulta y sigo sin creer lo que veo, Dago en todo momento tiene una sonrisa en la cara y no deja de parlotear de todas las cosas que hay que comprar para el bebé. Llegamos a casa y me dirige al sillón, sin rechistar y confusa por su comportamiento, me siento.

- ¿Tienes hambre princesa? ¿Algo de beber?

- Estoy bien.

- ¿Quieres leer, ver la televisión?

¡Flipo en todos los colores! Vamos a ver lo que le dura esa actitud de marido solícito.

- No. Me gustaría pasear por la playa. — Comento dudosa.

Ni en mis sueños me va a dejar ir, pero tengo que intentarlo, desde que salí de la consulta, mi cabeza ha estado trabajando más de lo habitual para encontrar la manera de conseguir el dinero que me pide el médico, y solamente un nombre ha acudido a mi mente.

- Pasear... — Dice, como si lo estuviera meditando. - De acuerdo princesa, tengo que arreglar una cosa. Estoy teniendo unos problemas.

.. con uno de mis clubs, las chicas... últimamente se están revelando...

Contrariada lo miro sin apartar los ojos de él. ¿Desde cuándo me cuenta de sus negocios? Se da cuenta de mi mirada aturdida y se lleva las manos a la cabeza, como pensando el porqué me está hablando de sus cosas.

- Puedes ir, en hora y media iré por ti, y nos iremos a comer.

Ahora si lo miro más trastocada que antes, nunca en seis meses me ha llevado a comer, ni cenar y jamás me ha hablado en un tono medianamente cordial como ahora.

- ¿Te has tomado una de esas pastillas que le vendes a Ian?

- Princesa... no quieras ver al Dago de siempre porque lo encontrarás.

Eres mi mujer y la madre de mi futuro hijo, espero que ahora que estás embarazada cambies la actitud y empieces a verme como tu marido y el padre de tu hijo. A partir de hoy se acabaron las discusiones, y para que eso suceda no quiero volver a escuchar de tus labios el nombre de Ian. Para ti es Romaní y punto. Y ahora ve a pasear.

- Vale...

Me deposita un beso y se va a su despacho, por varios segundos miro fijamente hacia el pasillo esperando ver al Dago que conozco, el monstruo de las palizas, de las aberraciones, y el que impone su voluntad, pero no aparece, simplemente desaparece dejándome muy trastornada, porque del monstruo sé lo que esperar, pero de este no.

Caminando tranquila llego a la playa y me tumbo disfrutando de la libertad que me ha dado fingir un embarazo. ¡La leche si lo sé lo hago antes! No más palizas, no más encierros y un Dago benevolente, son todo garantías, no tengo que seguir viviendo asustada, mientras siga creyendo que estoy preñada. Me levanto cinco minutos después y camino hasta llegar a la casa de Ian, toco el timbre y al poco abre Carina, que se me tira a

los brazos en cuanto me ve.

- Gracias, Sindy.

- No fue nada...

- Fue mucho, nunca nadie ha dado la cara por mí y nunca imagine que habiéndote causado daño, tú me ayudarías, no te lo hubiera reprochado si no lo fueras hecho, me comporte muy mal contigo...

- Pasado Carina. Pasado. — Recalco, para que entienda que ya lo he olvidado.

Nos adentramos en la casa, Marcos al verme achica los ojos mirándome con sospecha, lo ignoro descaradamente y doy un vistazo disimulado por el lugar, pero Ian, no está por ningún lado y la tal Gina tampoco y eso hace que me ponga nerviosa y alerta.

- ¿Qué haces aquí?

- Veras, tú me has metido en esto y tú me vas a ayudar.

- ¿Yo?

Tomo asiento, mientras me mira confundido, cruza las manos y las vuelve a separar dejándolas reposar en la mesa, gesto que delata lo impacientado e intrigado que esta por saber cuál será esa ayuda que le voy a pedir.

- ¿Carina, me puedes poner una cola?

- Claro.

- ¿Qué pasa Sindy, tu marido no te deja beber nada más fuerte para que no le haga daño al bebé?— Me sobresalta la voz de Ian, entrando por la puerta de atrás del jardín.

Le doy una dura mirada de reproche, porque se atreva a estar molesto, cuando él está entrando de la mano de Gina y a saber lo que estaban haciendo, porque mis ojos no han podido evitar fijarse en la marca de carmín que lleva en el cuello de la camisa.

- ¿Por eso lo has hecho?

- ¿Qué?

- Adelantar la boda.

Aprieta la mandíbula dándome la respuesta sin siquiera abrir la boca para confirmarlo.

- No es de tu incumbencia.

- No he venido para hablar contigo, así que lárgate que tengo cosas que hablar con Marcos.

- Gina, amor, sube al dormitorio en cinco minutos subo.

DESOLACIÓN.

¿Amor? ¿Se burla de mí? ¡Gilipollas descerebrado! Mi prima deja un beso en su boca que Ian, le devuelve y a mí me dan ganas de ahorcarlo o mejor hacerle tragar el tacón de mi zapato. ¡Me va a encantar ver la cara que pone cuando se dé cuenta de su error! ¿Es que no aprende?

No sabe hacer otra cosa que meter la pata una detrás de otra y cada vez la mete a peor.

- Estás en mi casa, la que sobra aquí eres tu Colombetti, así que lo que has venido a decir, ya estás tardando en soltarlo. — Espeta con fastidio, cuando Gina, ha desaparecido.

- Lo recordaré cuando tú estés en mi casa. ¡No vuelvas a llamarme así porque te juro que no respondo!

- Co...lom...be...tti. — Dice, con burla, mientras Carina deja la bebida y nos mira de uno a otro.

Me levanto y sin pensarlo mucho, me dirijo al mueble bar, empiezo a sacar botellas y hacerlas volar estrellándolas a sus pies, una detrás de otra vuelan por el aire hasta que dejo el mueble vacío.

- ¡Maldita loca!

- ¡Qué te jodan!

- ¡Sal de mi casa!

- ¿Me estás echando? — Pregunto, incrédula.

- ¡Sí! — Grita, fuera de sí.

- ¡Ian, basta! — Le detiene Marcos dando una voz.

- ¡Tú no me digas lo que tengo que hacer! ¡Qué hable y se vaya!

El corazón se me para, y tengo que llevarme la mano al pecho para confirmar que todavía late, ver lo obcecado que está por echarme, me ha causado el mismo daño que si me hubieran clavado un puñal y lo estuvieran retorciendo en la herida, me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y agacho la cabeza. Ni siquiera yo fui tan demoledora, cuando me enteré que me había engañado, aunque fuera verdad que estuviera embarazada, ni ese niño, ni yo tendríamos la culpa. ¿Es que está ciego?

- Ian, baja un poco la testosterona, te has pasado.

- ¡Vete a la mierda Marcos! Lo voy a repetir una sola vez, que hable y se largue de mi casa.

- Ian...

- Déjalo Marcos. — Medio, para que no se líen a golpes otra vez.

Tomo asiento a la vez que me limpio los ojos, debo tenerlos rojos de tanta presión que he tenido que hacer para que no rodará de ellos ni una lágrima, no se lo merece y no quiero darle gusto de que vea el daño que me ha hecho. Miro de frente a Marcos, porque ahora mismo no puedo mirar el azul que me gusta de Ian, tanto me han dolido sus palabras, que ni he prestado atención de donde se ha colocado.

- Marcos necesito dinero.

- ¿Cuánto dinero? — Dice, sacando la cartera.

- Mucho... no creo que ahí te coja un millón.

- ¡La reputa hostia para que necesitas tanto!

- ¿Por qué no se lo pides a tu marido? — Susurra Ian, inclinado por detrás de la silla, haciéndome dar un sobresalto.

Lo ignoro porque por mi madre que si no lo hago le meto el vaso de cola hasta el gaznate.

- Marcos es una urgencia, por favor, ayúdame. — Suplico.

Marcos mira a Ian, con una mirada que no entiendo, y tampoco hace falta porque Ian, me lo aclara.

- Él no dispone de ese dinero. Las cuentas las llevo yo. Para extraer ese dinero tiene que tener orden y no se la doy. Vete y prueba con tu marido, princesa, por si no lo sabes está forrado.

- ¿Marcos? — Pregunto, desesperada obviando el “princesa” que ha salido de sus labios en tono quisquilloso.

- Dice la verdad Sindy. Necesito su autorización firmada para sacar una cantidad como esa. Lo siento.

Me levanto sintiendo una gran desazón en el pecho que me hace ir hasta la puerta tambaleando.

- Sindy... — Me detiene Carina, a la vez que tira de mi cuerpo y nos une en un abrazo.

Me agarro a ella con angustia y me trago el sollozo que amenaza con salir, con el empeño que le pongo para que ni un lamento salga, acabo sintiendo dolor en la garganta. Me separo y le doy una sonrisa triste, en su cara puedo atisbar el desconcierto y temor que siente, estoy segura de que debido a que puede ver en mis ojos el terror.

- Habéis firmado mi sentencia de muerte.

Antes de salir, puedo ver como Carina, se lleva la mano a la boca devastada por mis palabras a la vez que oigo la discusión entre Marcos e Ian.

- ¡No seas gilipollas y averigua que pasa!

- ¡No es mi problema!

- ¿Qué no es tu problema? ¡Es que no la has visto! ¡Ves!

- ¿Por qué debería hacerlo?

- ¡Por qué la amas! ¡Por qué tú eres quien puede darle ese dinero!

- Amaba. Pasado. Mi prioridad es Gina y el bebé.

- ¡Eres un capullo!

No llego a oír más, porque sigo andado escuchando resonar en mi cabeza, « prioridad, Gina, bebé», sucesivamente. Cuando llego a la playa el llanto es incontenible y me dejo caer en la arena, sollozando como una niña pequeña, lo único que soy capaz de pensar es que estoy perdida, que no volveré a ver a mi madre, a mi hermana, mis sobrinas y al amor de mi vida, el único, el incondicional, mi pequeño Izan. Siento unos brazos abrazarme por la espalda y la congoja asciende, el dolor arrasa con mi alma y dejo de encontrarle sentido a la vida. ¿Para que vivir si no hago otra cosa que sufrir?

- Sindy, explícame que sucede. — Pide, Carina entre lágrimas.

- Me va a matar... me va a matar... — Repito una y otra vez.

Se pone delante y me mira a los ojos desolada, dándose cuenta que estoy destruida, sí, por fin lo han conseguido, entre unos y otros lo han logrado; me han destruido. La mujer luchadora, la que pelea contra todo, la que no deja que la avasallen, ha quedado reducida a una mujer temerosa y que ha perdido las fuerzas para seguir, y todo se lo debo a un padre codicioso y a un monstruo despiadado y no nos podemos olvidar del hombre que dice amar con la menor fuerza que he visto nunca.

- ¡Por dios cálmate! ¡Y empieza hablar que me estás asustando!

- Carina, no estoy embarazada y necesito el dinero para pagar al médico que me ha dado tres días para conseguir el dinero, porque si no se lo dirá a Dago y este amenazado con matarme si no estaba embarazada. — Suelto de carrerilla.

Los ojos de la rubia se abren sin reacción, la miro pensando que debe estar digiriendo todo lo que le he dicho, pero entonces me doy cuenta de que no soy yo a quien mira, si no detrás de mí. Me giro lentamente pensando que Dago, me ha descubierto, y la sorpresa es arrolladora, cuando veo una mirada azul arrepentida sobre mí, mientras sus manos se convierten en puños. Me limpio las lágrimas con rabia y me pongo de pie enfrentando con dignidad al hombre que se llena la boca diciendo te amo, pero no lo demuestra.

- ¿Puedes repetir lo que has dicho?

- ¡Qué te jodan Ian! — Digo, y me doy la vuelta.

A paso rápido me alejo de la arena, llegando al paseo que guía para llegar a la acera, puedo sentir sus pasos, incluso me parece percibir su respiración agitada por la carrera, no me detengo, me concentro en caminar ignorando que me sigue. Un tirón en mi cintura, evita que siga andando debido a que el gilipollas me carga en brazos, me acorrala en la pared y me da la vuelta para que le vea a la cara. Pone sus manos en mi rostro, impidiéndome que aparte mis ojos de los suyos.

- Lo siento. Perdóname. — Dice, dándome besos por toda la cara.

- Ya... — Digo, pegándole un empujón.

- ¡Sindy, joder soy un imbécil!

- No, Ian. Eso es poco para ti. No te vuelvas acercar a mí. Mi amor por ti está muerto.

Vuelvo hacer mi camino dejándolo atrás, otro tirón me vuelve a estampar contra la pared.

- Te daré el dinero mañana. — Asegura.

- Prefiero que Dago, me mate a coger tu dinero. Puedes utilizarlo para comprar una casa y cosas para el niño. Gracias por la caridad pero no quiero tú ayuda.

Le doy otro empujón y me vuelvo alejar, no vuelve a detenerme, se queda parado observando como me alejo, pensando como la ha cagado y como me ha perdido, no me hace falta verle, lo sé porque todo el tiempo siento sus ojos en mi espalda y porque el corazón me grita que está reprochándose su comportamiento. Antes de entrar por la puerta, me aseguro de tener bien la ropa y me miro en un espejo de uno de los coches

confirmando que no se note que he llorado.

Atravieso la verja y voy a la cocina a servirme un café. No llega la taza a mis labios, porque Dago me la quita de las manos, y en el mismo momento que le veo vaciar la taza los labios se me fruncen en un mohín.

- Nada de café princesa. No es bueno para el bebé.

- Dago, no puedo vivir sin café.

- Venga princesa, que enfurruñada estás muy fea. — Dice, dejando un beso en mis labios.

¿De verdad está bromeando? Lo tengo ante mis ojos y no doy crédito, tengo que estar en un sueño, este no puede ser el hombre que me humilla cada vez que tiene una oportunidad.

- Ven princesa, te he comprado una cosa.

- ¿Un regalo? — Pregunto, sorprendida.

- Aja.

Me coge de la mano entrelazando su mano con la mía, un gesto poco inusual, y me guía hasta el garaje, abre la puerta y ahora si estoy segura de que le ha dado una embolia o el cerebro le ha hecho cortocircuito.

- ¿Para mí?

- Sí, preciosa.

Me acerco y paso la mano por encima asegurándome que no es un sueño y no va a desaparecer. ¡Un coche! ¡Me ha comprado un coche!

Lo contemplo estupefacta.

- ¿Por qué?

- Un pacto de paz.

Me gira quedando de cara a él y me besa de una forma impetuosa aprovechando mi desconcierto. Apoyada en el auto, solo me da opción y espacio para seguir el movimiento de sus labios, mientras su mano se desplaza a mi costado, para poco después, bajarla en una caricia hasta mi pierna. Pausado, pero con intensidad, comienza a profundizar el beso a la vez que las caricias se hacen más consistentes.

- Dago... — Digo, a la vez que le doy un suave empujón, para no llegar más lejos.

- Vamos, princesa. Empecemos bien por una vez, déjame demostrarte que puedo hacer las cosas bien.

- Dago, las cosas no funcionan así, no las puedes forzar.

El golpe que da en el capo del coche, me asusta, ya estaba tardando mucho en salir a flote su verdadero yo.

- ¡Maldita sea! ¡Lo estoy intentando! ¡Así que no lo jodas y abre las putas piernas por una vez sin discutir igual que lo haces con él!

- Eso no es verdad...

La bofetada no se hace esperar, y tengo que llevarme la mano a la mejilla debido al leve escozor.

- ¡Me crees estúpido!

- Dago, no quiero pelear...

- ¿No? ¡Perfecto empieza por quitarte la puta ropa!

- No.

- ¿He oído no? — Dice, cogiéndome del pelo. - Repítelo.

- Dago, si peleamos puedes hacerle daño al bebé.

Sonríe haciendo que sienta pánico, aprieta con más fuerza el cabello en su mano y se acerca hasta pegar su boca a mi oreja.

- No te preocupes, me las arreglaré para obtener lo que quiero sin tocar esa preciosa barriga.

El escalofrío que corre por mi cuerpo es tan intenso y visible que Dago, ha debido percibirlo.

- Tú decides a las buenas o a las malas.

Me niego a contestarle, no soy una loca para decir a las malas y tengo dignidad para pedir algo que no deseo. Lo siguiente que le veo hacer, es abrir la puerta del coche y sacar cinta gruesa. ¡El cabrón ya había intuido que me negaría! Forcejeo y le doy un pisotón, consiguiendo espacio para salir corriendo.

- ¡Kamil! ¡Tráela!

No llego muy lejos, el hijo puta ya lo había planeado y su perro fiel esperaba fuera de la puerta del garaje. Entre los dos rodean mis muñecas juntas con la cinta y después los pies, para finalizar poniéndome una tira en la boca.

- Este es tu castigo de reflexión.

Me carga en peso, mientras su perro abre la puerta del maletero, con las manos me aferro a su chaqueta pidiéndole que no me encierre y menos en un espacio tan pequeño donde el aire debe escasear. Me deposita con delicadeza en el interior y de mis ojos empiezan a correr lágrima como si fuera un grifo abierto.

- La próxima vez, piensa en esto antes de negarme lo que es mío. —

Dice, cerrando de seguida la puerta.

Fijamente miro el techo, oscuridad, eso es lo único que veo y el terror empieza a ocupar mi cuerpo, hago respiraciones, cuento e incluso canto mentalmente queriendo mantener la serenidad y no sufrir un ataque de ansiedad. Pasado un rato, habiendo logrado calmarme un poco, mentalizando a mi cabeza y cuerpo de que no dejara que me asfixie, logro calmar los latidos desbocados de mi corazón hasta que poco a poco, me quedo dormida.

Abro los ojos desorientada, me muevo y entonces soy consciente de lo sucedido, sigo viendo oscuridad, incluso me parece que se ha intensificado. El pánico vuelve amenazar con instalarse en mi ser y otra vez me veo respirando suavemente por la nariz para

serenarme, porque si dejo que el terror me engulla, no saldré de aquí con vida. La puerta del maletero se abre y tengo que parpadear varias veces para acostumbrarme a la luz.

- ¿Qué princesa, necesitas más horas? — Dice, quitando la cinta que sella mi boca.

- ¿Cuánto tiempo llevo aquí? — Interrogo, un poco fatigada.

- A ver... son las ocho... siete horas. — Dice, sonriendo.

Una sonrisa amplia y divertida por la estupidez que ha cometido.

¿Cómo puede un hombre disfrutar torturando a una mujer? Me carga en brazos y deposita en el suelo, saca la navaja y corta la cinta. Me doy suaves masajes en las muñecas para que la sangre circule con normalidad, mientras Dago, deja un beso en mi cabeza. Rodea mi cintura y me lleva a la cocina, donde la mesa está preparada y la cena servida. Observo la comida, la boca se me hace agua y el estómago me ruge fuertemente, protestando por las horas que lo tengo sin meterle alimento. Me siento y con un hambre voraz, me centro en devorar el plato hasta que no queda ni pollo, ni patatas.

- ¿Quieres postre? — Llama, Dago mi atención, otra vez con ese tono empalagoso.

- ¿Qué hay de postre?

Se levanta sin contestar, registra en la nevera y vuelve con un plato tapado con papel de brillo, lo destapa y mis ojos no se apartan del plato, mientras que por inercia me paso la lengua por los labios al ver el postre que más me gusta; tarta de trufa.

- Abre la boca.

Me quedo paralizada, entendiendo lo que pretende, cuando le veo coger la cuchara y llenarla para después, sostenerla frente a mis labios.

- Venga, princesa, estás deseando saborear este pedazo de delicia.

Me muerdo el labio, maldito sea por ser tan buen observador, claro que quiero, me encanta, cualquier clase de chocolate es mi perdición, pero sé que si no hago lo que pide, ni siquiera podre degustar una pequeña cucharada, aparte de que estoy bastante segura de que otra vez me meterá en ese maletero. Me agarro fuerte al taburete, y con una rigidez similar a la de una vara de hierro, abro la boca. Enseguida la cuchara se adentra en mi boca, lentamente junto los labios capturando el chocolate y sintiendo el sabor en el paladar. Cinco o seis veces repite Dago la acción, contemplando con intensidad y lujuria mi boca cada vez que recibe el metal y en alguna ocasión llego a soltar un gemido de satisfacción. Decido que es suficiente, cuando sus ojos empiezan a brillar más de la cuenta, y me hago consiente de lo que vendrá a continuación.

- ¿Ya?

Asiento poco convencida, valorando la posibilidad de seguir comiendo y retrasar lo inevitable, por el brillo que desprenden sus ojos, es evidente que la excitación hace rato tomo posesión de su cuerpo y que por mucho que quiera pararle, no se detendrá hasta haber bajado el calentón; cosa que solo pasara saciándose de mí.

- Perfecto, princesa. Ves subiendo que en cinco minutos estoy arriba.

Otro día que abro los ojos y las imágenes de la noche anterior, suceden una detrás de otra

hasta hacer que me levante y vomite en el baño la cena que tan a gusto comí hasta llegar al postre, creo que a partir de ahora evitaré los postres a como de lugar, con tal de que no me lleve de nuevo a tener que aguantar una noche movida.

¡Dos veces joder! Siempre se conforma con una, pero no ayer, ayer sus hormonas estaban sedientas por liberarse y aunque quise hacerme la dormida, me sirvió de poco. Me pongo un chándal y voy a la cocina, cuando vuelva me daré otra ducha para ver si su olor decide desaparecer de una vez. Me sirvo un vaso de agua, le doy un par de tragos y lo dejo en la encimera, apurando el paso para salir de casa.

- ¿Princesa, no irás a trotar?

- Por descontado que no. Simplemente voy a dar un paseo.

- Perfecto te espero en un rato para desayunar. — Informa desde la puerta.

- Claro. — Digo, tratando que mi voz no suene más alegre de lo normal.

Cuando llevo recorrido tres casas y he perdido de vista la de Dago, sonrío porque sea tan confiado y empiezo a correr. Por supuesto que el trote dura un buen rato, pero no soy tonta y no lo hago durante toda la hora, además que como las últimas veces, me doy un chapuzón para quitar el sudor de mi cuerpo. Cuando estoy poniéndome el pantalón, veo acercarse a Marcos, extrañada espero hasta que se para delante de mí.

- Tenemos que hablar.

- ¿Ahora qué?

- Tienes que entrar en el despacho de Dago. Entra en su ordenador y busca el nombre de Shan Kwan. En esa carpeta encontraras el número y dirección. Copia la carpeta en este pincho de memoria.

- ¿Quién es ese hombre?

- Es mejor que no sepas más de la cuenta.

- Creo que tengo derecho, si la que está poniéndose en peligro soy yo.

MISIÓN CUMPLIDA.

- Sindy, son ordenes de Alessandro.

- ¡Cómo si son del rey!

Se lleva la mano a la frente, frustrado por mi actitud obstinada, tras pasar unos segundos valorando que hacer, me mira y me da un leve asentimiento de cabeza.

- Es el dueño del laboratorio que crea las 2cb. Tu padre quiere el contacto.

¿Cómo puede ser tan codicioso? ¿No es suficiente con todo lo que tiene? Por si no me había quedado claro, esto lo reafirma, no le importa nadie, simplemente seguir aumentando su bolsillo con fajos de billetes.

¿Es que no sabe que la avaricia rompe el saco? No he escuchado refrán con más veracidad que ese y estoy segura de que por ser tan ambicioso, la caída que tendrá algún día será de gran escala.

- El gran Alessandro, siempre haciendo de las suyas... no se encargará de Dago, hasta no tener en su poder esa carpeta. ¿Verdad?

- Sabes la respuesta. Por cierto quiere la información para mañana.

- ¡Queee! — Exclamo.

- Lo siento. Solo cumplo ordenes.

Me doy la vuelta y regreso a casa. Sentada tomando un zumo, sigo dándole vueltas a ver como hago para entrar en el despacho sin que me vean y no solo eso, sino para hurgar en su ordenador hasta encontrar la maldita carpeta.

De repente una idea pasea por mi mente y si está tan dispuesto a complacerme, quizás me lo conceda.

- Dago. ¿Crees que podría llamar a mi amiga Susana? Llevo mucho tiempo sin verla, una simple charla de amigas... — Pido, dubitativa y esperanzada.

Me mira como queriendo traspasar mi mente y averiguar si estoy tramando algo, me mantengo imperturbable durante todo el rato que dura su escudriño, dándole una mirada suplicante.

- Puedes hacerla.

- ¿De verdad? — Pregunto, eufórica a la vez que me pongo de pie.

Asiente y delante de él doy saltos de alegría, aparte de porque me sirve para mi plan, por fin puedo saber de mi amiga.

- Gracias. ¿Puedo utilizar tu despacho?

- Sí. Pero verificaré el número que marques.

- Como quieras. — Digo, sonriendo.

Me sigue hasta el despacho, me siento en el sillón de oficina detrás de la mesa, mientras que Dago, se queda de pie. Me hago con un papel y un bolígrafo de su escritorio y apunto el número de mi amiga, con una sonrisa implantada en mi cara, le veo marcar y después esperar.

- ¿Eres Susana? — Pregunta, serio. - Bien, tengo aquí a una persona que quiere hablar contigo. No cuelgues.

Me pasa el auricular y deja un beso en mi boca, antes de salir por la puerta. Dejo el auricular encima de la mesa y me acerco a cerrar la puerta, confirmando primero que se haya marchado. Vuelvo corriendo a la silla y con urgencia me llevo el aparato a la oreja.

- ¿Susana? ¿Sigues ahí?

- ¡Por dios Sindy! ¿Dónde demonios estás? Tu madre apareció llorando devastada, no había quien la calmara.

- ¿Cómo es posible que lo sepas?

- Sindy, en cuanto os disteis cuenta de que tu madre había desaparecido, Tabi me llamó, tome un vuelo y desde entonces estoy en Barcelona, esperando que regreses.

- Susana, mira ahora mismo no tengo tiempo, necesito un favor. Te juro que en cuanto salga de aquí iré a buscarte y nos iremos de viaje.

- ¿Qué necesitas?

- Si tienes otro teléfono marca ya a ese muchacho que sabe tanto de ordenadores y pregúntale que necesita para meterse en un ordenador.

- No cuelgues.

Espero durante varios minutos en los cuales no dejo de mordirme las uñas, tras unos minutos más eternos en los que empiezo a rozar la desesperación, al fin mi amiga se pone al aparato.

- Sindy. Dice que entres en tu correo y le mandes un correo diciéndole expresamente que quieres que busque, rastreara la IP del ordenador y de lo demás se encarga él.

- Perfecto. No cuelgues necesito que siga creyendo que hablo contigo.

Mi amiga me pasa la dirección, detallo un correo breve en el que le pido que busque el nombre que Marcos me dio y me especifique dónde la tengo que encontrar. Pasan veinte minutos en los que me distraigo hablando con Susana y explicándole por encima el porqué de mis problemas y porque todavía no puedo regresar.

- Princesa...

- Susana espera dos segundos.

- Llevas media hora al teléfono.

Pienso rápido que decirle desviando la mirada del ordenador para que no repare en que lo estoy usando.

- No tardaré. Mi amiga me está diciendo que le gustaría venir a hacerme una visita y a la vez regañando por mi boda a la que no ha sido invitada. — Digo, tratando de ser convincente.

Dago, ladea la cabeza y llego a creer que he sonado tan dichosa que no se lo ha tragado.

- Quince minutos. Quiero que vayamos a comprarte un vestido.

- Quince. — Aseguro.

Vuelve a salir del despacho y pienso en lo listo que es para unas cosas y lo idiota que es para otras, aunque ya debería saberlo por qué sino el que es mi padre no se la hubiera metido doblada conmigo. Resoplo y vuelvo a prestarle atención a mi amiga.

- Susana, apúrale necesito la información ya.

- Sindy, está en ello, no es una máquina, necesita tiempo. —

Terminando de decir esto mi amiga, recibo el correo que ansiaba.

- Aguanta unos minutos.

Leo el correo con una velocidad con la que nunca antes lo he hecho y sigo todos los pasos hasta llegar a donde me indica, cuando veo el nombre del chino, sonrío triunfal, coloco el pincho en el ordenador y copio la carpeta, teniendo que esperar dos minutos más a que

finalice la copia. Me guardo la memoria en el pecho y dejo la computadora como estaba. Cuando Dago vuelve a entrar, ya estoy dejando el auricular en su sitio.

- ¿Contenta? — Pregunta al ver mi sonrisa.

- Mucho. — Digo, a la vez que pienso, «no sabes cuanto».

- ¿Me he ganado un beso?

Bueno, eso se lo puedo conceder después de lo que me ha ayudado sin saberlo a lograr mi propósito. Me levanto, poniéndome delante de él y le planto un beso que a metros de distancia se nota que es más falso que judas, posiblemente Dago, ni lo nota o si lo hace no le importa, porque a los segundos está tratando de profundizar el beso, inmediatamente me separo, manteniendo la sonrisa en mi rostro.

- ¿Vamos por ese vestido?

- Ja, ja, ja. Princesa... empiezo aborrecer esa conducta complaciente.

- Creí que era lo que querías...

- Veremos lo que dura...

Llegamos a una tienda pequeña donde puedo ver que los vestidos que hay son finos y bastante caros, supongo que el precio es debido a las tiendas que escasean en este lugar.

Dago da varias vueltas por el establecimiento, bastantes veces se detiene delante de un vestido, lo observa intensamente y termina desechándolo con un movimiento de cabeza. Tras media hora, cansada y mareada de verle ir y venir por la tienda, se detiene frente a un vestido precioso en color azul celeste largo hasta los pies, con un escote disimulado y de seda.

- Pruébatelo a ver como te queda.

Me interno en el probador con el vestido, y suspiro con pesar mirando el precio. «Mil doscientos», repito mientras pienso que es un precio desorbitado por un vestido que a saber si gastaré dos veces. La verdad que el vestido es una preciosidad y puesto queda a la perfección dando el punto justo de elegancia y sofisticación, dos palabras que me hacen gracia, porque de sofisticada no hay nada en mí, y elegante...

vale de vez en cuando a una le gusta ir mona, pero no acostumbro a vestir como si fuera una muñeca de cristal e intencionadamente me hubieran puesto una tela refinada para dejarme en la vitrina de un mueble y que todo el mundo me pueda ver, exactamente así me siento, como una muñeca de exhibición. La cortina del probador se abre y Dago, entra con una sonrisa presuntuosa, con dos pasos lo tengo encima y con las manos pegadas a mi cintura. ¡Qué agobio! ¿No puede guardar sus manos por un rato?

- Estás impresionante.

Me da un beso lujurioso que por poco me hace darle un puntapié, digo por poco porque hago el movimiento, pero en el último momento decido tener la fiesta en paz, no tengo ganas que me saque arrastras de la tienda, ni que se le ocurra mostrarme aquí mismo quien manda y a quien pertenezco.

- Dago... ¿Para que necesito semejante vestido? — Interrogo, siendo la primera excusa

que encuentro para separar nuestros labios.

- ¿No te lo he dicho? El lunes es la fiesta de compromiso de los Romaní, la mayoría de tu familia está llegando a Elba hoy y la otra mitad llegara por la mañana.

El golpe que me llevo es fuerte y doloroso, tanto que tengo que morderme el carrillo para recordar que no me importa, que lo nuestro nunca tuvo futuro y que lo mejor es que me olvide de él, pero madre santa lo que duele, casi me parece estar en una maldita hoguera incendiándome viva. Vuelve a pegar nuestros labios y utilizo la acción para centrarme en el asco que me da que me bese, en vez de la angustia que siento de saber que Ian, se casa con mi prima.

Sentada tras haber vuelto de la tienda con vestido y zapatos a juegos, haber comido tranquila sin discusiones por una vez y pasar la tarde sin ningún percance como suele suceder, miro la película “perdona si te llamo amor”. Conforme avanza la película, me sigo repitiendo lo mismo, o la cinta es tan boba que no la entiendo o simplemente mi cabeza no está donde tiene que estar desde que Dago, me soltó tremenda noticia, finalmente, inquieta me levanto, saco el disco y lo rompo, señal de que la rabia acumulada empieza a emerger. Miro el reloj, todavía son las seis y me quedan como mínimo tres horas para irme a la cama. Sin poder soportarlo más tiempo, necesitando dejarlo salir todo y sabiendo que solo hay una manera para que la rabia y la frustración junto con la decepción abandonen mi cuerpo, busco a Dago en el despacho. Toco dos veces insistentes sin poder estar por más tiempo encerrada.

- ¿Qué sucede?

- Necesito salir a pasear, estaré en la playa nadando un rato si no te molesta.

- Mientras vuelvas antes de la cena, no me molesta.

- Perfecto. Nos vemos en un rato.

Subo a ponerme un bikini y encima me coloco un chándal fucsia, para lo que tardo otras veces, está ha sido un récord, desesperada como estoy por salir de este lugar que me ahoga por segundos, he tardado exactamente a reloj; cuatro minutos. Pasadas tres casas empiezo a correr, dejándome el alma en hacerlo, pero a diferencia de todos los días, llego a la playa y con movimientos bruscos e impaciencia, me quito la ropa, terminando por esconder el USB en el bolsillo de la chaqueta, para después, salir directa al agua y tirarme de cabeza.

Brazada tras brazada, cada vez con más velocidad, voy logrando que la oscuridad que amenaza por quedarse en mi cuerpo vaya saliendo a la vez que con ello consigo dejar salir toda la furia que me corroe el alma. Como suelo hacer tras haber agotado todas mis energías me dejo mecer por las olas, sintiendo el sonido de las olas al chocar con la orilla, y que tan bien ahogan el sonido de mi llanto. Camino de regreso viendo caer la noche, faltan quince minutos para las ocho y no puedo retrasarme, si se me ocurre hacerlo de la bronca no me libra nadie.

Antes de llegar paro en casa de Ian y toco el timbre. Una mujer pasados los cuarenta me abre, las dos nos quedamos observando la una a la otra, cuando voy a darme la vuelta para irme, Marcos aparece con una sonrisa cogiéndome del brazo.

- Mamá ella es Sindy. Sindy, mi madre Bianca.

Mi prima sonríe y me abraza y yo me quedo como una estatua sin hacer nada, completamente rígida. ¡Genial a la primera que tenía que conocer la suegra de Ian!

- Encantada. — Digo, al fin recuperando la educación.

- Ven, niña, ya tenía ganas de conocerte, te presentaré a los demás.

- ¿Marcos? — Pido su ayuda.

Me lleva hasta el jardín y la vergüenza que siento, cuando todos los allí presentes se giran en mi dirección claramente mostrando sus facciones; curiosidad. Me dan ganas de hacerme pequeña y que ninguno me vea. Doy un vistazo breve al lugar, pero lo que mis ojos buscan no lo encuentran; Ian.

- Familia por fin conocemos a nuestra sobrina, prima para la mayoría y nieta. — Dice, haciendo una pausa tirando de mí, hasta parar delante de una mujer de unos sesenta pero que no los aparenta y un hombre que rondara casi los setenta. - Sindy Romaní, la hija de mi hermano pequeño Alessandro.

Todos aplauden, mientras mis abuelos me estrechan en sus brazos y yo sigo sin entender nada. ¿Marcos no era primo de mi padre? ¿Será que mamá se confundió? ¿Cuántos tíos tengo? ¡Qué lío! Todos aquí son parientes míos y yo quiero esconderme.

- Bienvenida a casa pequeña. — Dice, el que he deducido es mi abuelo.

- Gra... gracias. — Consigo, articular. - Disculpar voy a saludar a un amigo.

Me escabullo como puedo habiendo visto por el rabillo del ojo a una de las pocas personas que conozco.

- ¡Hugo!

- ¡Sindy! No esperaba verte hoy.

- Sácame de aquí por favor.

- Hecho.

Coge mi mano y disculpándose con educación por cada grupo de personas por donde pasamos, llegamos al salón y después a la cocina.

Suspiro aliviada al ver que en ese lugar no hay nadie, era asfixiante estar rodeada de gente con su mirada puesta sobre mí, como si fuera una novedad. ¡Joder es que lo soy! Me digo, dándome de tortas mentalmente.

- Tengo que hablar con Marcos.

- Iré por él.

- De eso nada, si quieres hablar lo harás conmigo.

Doy un bote arrimándome más a Hugo. ¡Por la iglesia! ¿Siempre tiene que aparecer de imprevisto? ¿No puede decir hola como la gente normal?

- Me da lo mismo tú que él. Tengo prisa. Así que toma. — Digo, metiendo la mano en mi pecho y sacando la memoria, para después, alargar el brazo y entregárselo.

Lo que no esperaba era que cogiera mi muñeca y tirara de mí escaleras arriba para

encerrarnos en su oficina. Me cruzo de brazos sin poder creer semejante desfachatez. ¿Por qué no me deja tranquila de una vez?

- Tengo que irme y a ti te esperan abajo.

- Me importa poco. — Dice, yendo al escritorio, abre el cajón, coge algo y vuelve. - Toma.

Cuando me lo entrega y veo lo que es, el cabreo resurge con mayor intensidad. ¡Le dije que no lo quería! ¡Capullo hago lo que me da la gana! Ante sus ojos sonrío y en su jeta parto el cheque en dos, dejándolo caer al suelo.

- ¡No seas cabezona!

- ¡Qué te den, Ian! Mi vida no es tu problema.

- ¡Basta, Sindy!

- ¡Vete a la mier...!

Sus manos vuelan a mi cara y pega sus labios a los míos con rudeza, haciendo que la otra mitad de la frase muera en mi garganta. Con exigencia persiste en dominar mi boca, cansada de perdonarle sus estupideces y sus errores, le doy un empujón y mi mano vuela a su cara, un pequeño estremecimiento acude a mi cuerpo al oír el sonido de mi mano impactar con su rostro y una mueca se forma en mis labios al ver como su cara se gira frente a mis ojos.

- ¡Joder, Sindy!

- No vuelvas hacerlo más y menos estando tu prometida a escasos metros. ¡Patán!

- ¿Has dejado de amarme? — Pregunta, y en su voz se percibe el temblor del miedo.

Me llevo las manos a la frente sin saber que respuesta darle porque ni yo dispongo de esa respuesta. Bajo las manos hasta ponerlas a mis costados y hablo con la verdad en contra de mi voluntad y mi sentido común que me gritan que le diga que sí, solamente para que sienta la cuarta parte del dolor que siento yo.

- No lo sé... — Digo, con resignación. - Me has decepcionado Ian, nunca imagine que tú, el hombre que amaba, me darías la espalda. Fuiste duro, cruel y sin motivos. Me canse de perdonarte una y otra y otra vez, y tú a mí no me has dado ni una pizca de benevolencia, aun sabiendo que nada de esto es por mi culpa. Así que esa es la única contestación que te puedo dar.

- Nena...

- No vuelvas a llamarme de esa forma. Mi nombre es Sindy.

Me doy la vuelta y lo dejo allí, dispuesta a enterrar el amor que siento por él y a seguir adelante, afrontando que Ian, formará una familia y no será conmigo.

- Sindy, espera. — Me detiene cerca de las escaleras. - Guarda esto como si fuera oro hasta el martes por la noche.

Frunzo el ceño observando el pequeño frasco que deposita en mi mano, curiosa me pregunto para que tengo que guardarlo.

- Ian, el martes quizás mi vida se haya acabado. Mañana tengo la cita con el médico y

puedes estar seguro de que un millón no ha crecido en la maceta de mi casa.

- Cógelo y guárdalo bien. ¿Lo has entendido?

- Sí, pero para que es esto. ¿Qué es lo que hace?

- Lo verás a su debido tiempo.

Me vuelvo a girar y bajo las escaleras, saliendo dos segundos más tarde por la puerta y dirigiéndome a casa. Llego unos minutos antes de las ocho, aliviada suelto el aire fuertemente, salvada por poco. Entro y Dago, ya está en la cocina sentado a la mesa, supongo esperando por mi aparición, no hace falta ser muy lista, ya que la cena está servida.

- ¿Llevas esperando mucho? — Pregunto, en un falso tono de preocupación, mientras me acerco y dejo un casto beso en sus labios.

No es por gusto que lo hago, simplemente actúo, si así consigo que sus humos por un rato no hagan acto de presencia, merece la pena tragarse el orgullo y hacer de tripas corazón por tener que comportarme como una buena esposa.

- No, princesa. Hoy estoy de buen humor, así que pasaré por alto que me creas imbécil y que no sé que has estado en casa de Ian.

Me siento con la cara desenchajada y sin rastro de color en ella, me recupero de la impresión a la vez que Dago, se lleva un cacho de pescado a la boca.

- ¿Me estás vigilando?

- Princesa. Como buen marido fui a buscar a mi mujer a la playa para pasear un rato. ¿Y cual fue mi sorpresa? ¡Qué mi jodida mujer no estaba! — Dice, empezando a descontrolarse su ira.

- Solamente fui por curiosidad.

- ¿ Ah, sí? ¿Y cual es esa curiosidad que te lleva a desobedecer?

- La familia. Me acerqué porque llamaste mi atención con mi familia, no la conozco, es normal que me haya acercado a indagar. ¿No?

- ¡Cena que nos vamos a la cama!

La amenaza que implica esa frase hace que el apetito se evapore, cierro los puños debajo de la mesa por ser tan estúpida y no haber pensado que pudiera ir a buscarme. ¿Cómo lo iba a pensar? ¡Si no va nunca! Es el único momento que me deja de espacio, como iba a imaginar que hoy su cabeza cambiaría de opinión.

- No tengo hambre.

- Muy bien. Sube y espérame en el cuarto.

- Está bien. —Digo, soltando el aire con resignación.

- Te advierto que no quiero discutir. Por una vez quiero lo que me pertenece y de buena gana. Así que no hagas que me enfade, porque entonces a ti que te gusta tanto el agua, pasaras la noche en la bañera llena de agua fría. — Comenta, como si estuviera hablando del tiempo y no amenazándome.

Subo al dormitorio y todavía me debato conmigo misma, si acatar su orden o pelear una vez más en vano, porque ya tengo asumido que mis batallas con él siempre terminan de la misma forma; el vencedor y yo con otro moratón nuevo. Poco después, Dago entra al cuarto y se para en la puerta para quitarse la chaqueta.

- Desnúdate, hoy quiero las cosas fáciles.

- Lo siento Dago, pero prefiero dormir en la bañera. — Digo, desafiándolo.

Arquea una ceja en mi dirección, descontento por la contestación y decisión que he tomado. Sé que sería fácil cumplir lo que ha demandado y librarme de su castigo. ¿He dicho fácil? ¡Ja! Cumplir lo que él pide de buena gana, es como si estuviera viendo a una persona sacando las tripas a un perro, mientras este se retuerce todavía con vida.

- Como gustes princesa.

Sin poner resistencia tira de mi brazo, mientras me mete en el baño, llena la bañera y bajo su atenta mirada me hace quitarme la ropa, sale dos segundos del baño y vuelve con una cuerda.

- ¡Adentro!

- Dago...

- ¡Adentro ahora o de la paliza que te doy te mato sin importarme estar llevándome a mi hijo contigo!

Hago lo que pide adentrándome en el agua, sintiendo por el cuerpo varios escalofríos. ¡La hostia! Comienzo a considerar retractarme, aunque me dura bien poco, porque nada es peor que pasar la noche con él, así que puedo aguantar un poco de agua fría, seguro que conforme vaya pasando el tiempo, mi cuerpo se acostumbra. Una vez recostada, apresa mis muñecas con las cuerdas, atando la otra punta al grifo. ¡Mamón piensa en todo! Sabe que si no me deja amarrada, en cualquier momento de la noche saldría del agua y pasaría el resto de la noche durmiendo en el suelo.

- Que descanses princesa. — Dice, con sorna.

EVADIRSE DE LA REALIDAD.

A las cuatro de la mañana sigo sin poder cerrar los ojos y mi cuerpo tiembla descontrolado, pensé que me acostumbraría y que podía soportarlo, pero me equivoque, necesito salir con urgencia, darme una ducha caliente y dormir. Durante dos horas he tratado de mil formas distraerme y olvidar donde estoy, un intento nefasto porque a las cuatro y cuarto pego gritos como una loca, repitiendo una detrás de otra el mismo nombre; Dago.

- ¿Se te acabó la resistencia? — Pregunta, bostezando.

- ¡Maldito sácame de aquí que voy a pillar una neumonía!

Desata las cuerdas sin dilatación, quita el tapón y abre el grifo del agua caliente, al sentir el agua por mi boca se escapan pequeños gemidos de gozo y poco a poco los temblores van remitiendo a la vez que mi cuerpo va recuperando la temperatura. ¡Qué bien sienta! Cierro los ojos unos segundos para disfrutar del alivio y agradecimiento que siente toda mi piel al sentir el calor. La mano de Dago, se posa en mi muslo y el gozo se evapora,

pasando a tener el cuerpo igual de quieto que un muro. La leve esperanza que tenía de que siendo la hora que es me dejara en paz, vuela muy lejos, cuando lo siento entrar en la bañera y colocarse encima de mí, cogiendo mi cara con sus manos y besándome a la vez que se interna en mi interior.

Cuando vuelvo abrir los ojos, es la una del medio día, me restriego los ojos con cansancio, me incorporo, y verificando que estoy sola, miro en el último cajón de la mesita, para comprobar que el frasco que me entregó Ian, siga donde lo deje al entrar en la habitación la noche anterior. Suspiro de alivio encontrándolo en el mismo lugar, con las prisas de saber que Dago, no tardaría en venir a buscarme, solamente lo deje rezagado detrás de la ropa interior, lo dejo en el fondo bien escondido hasta mañana.

Termino de arreglarme extrañada de que Dago, no me haya despertado; la cita con el doctor paso hace dos horas. Atravieso el pasillo y en la cocina sonrío al ver que está vacía, me pongo un café, el primero durante días, ya que Dago, comprueba que únicamente tome zumo. Me lo bebo lo antes posible y enjuago el vaso para que Dago, no sé de cuenta. Cuando el monstruo hace acto de presencia, estoy cogiendo un trozo de pan para untarlo de mantequilla, no puedo evitar fijarme que va todo vestido de negro, el traje le sienta bien eso hay que reconocerlo, aun así, el color y la cara que trae me dejan un sabor amargo en la boca.

- ¿Sucede algo?

En vez de dar una respuesta, opta por lanzar un periódico sobre la mesa, parándose justo antes de caer en mi regazo, lo cojo y leo la primera página, la bilis me sube por la garganta, y mi cara pierde todo color. Vuelvo a leer el titular, no una, ni dos, llego a leerlo hasta cinco veces; «Doctor hallado ahogado en la playa tras recibir una brutal paliza». Por lo que parece, no le dan mucha importancia y el caso lo cierran, debido a que los investigadores de policía afirman que ha sido un ajuste de cuentas. Me muerdo el labio, sin poder dejar de mirar la noticia. ¡Gilipollas! Sé perfectamente quien está detrás de esa muerte.

¡Joder no pensé que se lo fuera a cargar con tan poca sangre en las venas! ¿Por qué me sorprende? Sería la pregunta correcta, porque sé como es Ian, la clase de vida que lleva, pero... ¿No podía haberlo solucionado de otro modo? Vale sí, debería sentir alegría porque mi vida ya no corre peligro, como una vez Ian, me dijo; se ha encargado del problema, como tenía que hacerlo y sin que le tiemble el pulso.

Incluso así, soy humana, no puedo alegrarme de la muerte de una persona, aun cuando con eso se salve mi vida.

- ¿Algo que decir?

- ¿Debería haber algo? Estoy igual de sorprendida que tú.

- Sindy, soy muy observador y tus ojos se han abierto con sorpresa y después con escepticismo.

- ¿Y como quieres que reaccione?

- Hay Sindy. Era mi mejor amigo, descubriré como ha ocurrido y espero que tu querido Ian, no haya tenido nada que ver. Por qué...

- Pues con amigos como él, tienes las espaldas cubiertas. — Murmuro muy flojo, pensando lo irónico de la situación.

- ¿Qué has dicho?

- ¿Qué porque debería saber nada y porque Ian, querría matar al médico?

- Te responderé cuando encuentre la respuesta.

- Entonces hasta entonces deja de suponer e insinuar.

Achica los ojos sin apartar la mirada de los míos, la desconfianza que percibo, hace que me levante queriendo alejarme de su presencia lo antes posible. Paso por su lado y me dirijo al jardín, dispuesta a conseguir la explicación para semejante desastre.

- ¿A pasear? — Interroga, Dago que en todo momento me sigue.

- No te preocupes, que no voy a la playa. Puedes estar tranquilo.

- Eso espero. Si no darás lugar a que ponga dos hombres detrás de tu culo.

- Nada más voy a tomar el aire dando una vuelta. Manda que me sigan si quieres.

Dándome la vuelta salgo del lugar, camino tranquila en todo momento hasta llegar al espacio que hay frente al supermercado y donde mi niño disfruto jugando como otro niño cualquiera por una vez. Me siento en el banco, apoyo los codos en mis rodillas y sigo preguntándome lo mismo desde que leí el periódico; porque ha sido tan radical. Estoy convencida de que si le hubiera proporcionado la suma que pidió habría mantenido el pico cerrado, entonces... ¿Por qué se ha deshecho de él? Muchas posibilidades me vienen a la cabeza, pero a ninguna, puedo darle credibilidad hasta que Ian, me explique que sucedió. Algo llama mi atención y alzo la cabeza, cuando reparo en lo que ha llamado mi interés, vuelvo a bajar la vista al suelo. No es plato de buen gusto ver a una Gina, sonriente por primera vez sin faja y siendo notable su barriga abultada, mientras Ian, deja un beso en su mejilla y se interna en la tienda donde Dago, compro mi vestido. En contra de todos los gritos de mi conciencia que me dice una y otra vez que no haga estupideces, alzo la cabeza para ver como Gina, se marcha. Me levanto del banco, soy una loca, lo sé, si verdaderamente Dago, ha mandado que me sigan se me caerá el pelo por la imprudencia que voy a cometer.

Casi corriendo atravieso la carretera, me interno en la tienda con una sonrisa y reviso el lugar, arqueo una ceja al no encontrarlo y esto es una tienda muy pequeña para que se pierda, así que por lógica, si no ha salido, y no está dando vueltas por ella tampoco, por norma general estará en el probador. Allí que voy decidida a obtener la explicación que quiero, la chica del mostrador me sigue hasta los probadores, solamente hay uno y en él está lo que he venido a buscar.

- Señora, está ocupado...

- ¡Qué se calle! — Grazno, a la vez que retiro la cortina.

- Que cojones... — Muere la frase en su boca al reparar en mí.

- Lo siento señor. No he podido detenerla.

- No se preocupe. Ponga el cartel de cerrado.

- Pero no puedo...

- La recompensaré muy bien. — Coacciona Ian.

La chica supongo que asiente con la cabeza, no puedo asegurarlo porque mis ojos están muy centrados en un pecho perfecto desnudo.

Ian ve luz verde y me arrastra de los brazos al interior del probador echando la cortina para que la dependienta no ande de fisgona y consiguiendo que salga del trance, y pose mis ojos en los suyos.

- ¿Qué haces aquí?

- ¿Cómo has podido hacerlo? Intento entenderlo, lo juro. Pero quiero saber por qué.

- Ah, así que es eso, el médico chantajista. ¿No te sirve que estuvieras en peligro?

- No, Ian. Porque sé que si le hubieras dado el dinero...

- ¿Quién lo asegura? Te di el dinero y no quisiste cogerlo.

- ¿Y por eso lo matas?

- Te advertí una vez que hago lo que tengo que hacer y punto. Pero para que te quedas tranquila. Sí, le ofrecí el dinero y no quiso cogerlo, además de que me informó de que en cuanto saliera por la puerta te iba a ir a delatar. ¿Te parece mejor ese motivo?

No tiene sentido, él aseguró que dándole el dinero se mantendría callado, pero... ¿Entonces porque no cogió el dinero? Alzo la mirada, uniendo mi vista a la azul cielo de Ian, y la revelación llega a mí, como si sus ojos me hubieran mostrado que falta algo.

- ¿Qué le hiciste Ian, para que te odiara?

Le veo tragar sorprendido a la vez que deja salir el aire con mucha lentitud, se acerca, bajando su cabeza hasta casi rozar el lóbulo de mi oreja, haciendo que con ese simple gesto mi cuerpo sienta una sacudida.

- Me tire a su hermana una noche en la que estaba muy borracho, y al día siguiente la eche de mi casa como si fuera una puta.

Los ojos se me abren de golpe y casi llego a sentir dolor. ¡Joder! Le doy un empujón y le miro con una dureza extraordinaria. ¿Qué mierda le pasa? ¿Es que siempre anda borracho? ¡Es despreciable! Y ni siquiera se ve atisbo de pena en sus facciones por tratar a una muchacha de esa manera. ¿Cuántas cosas más no sé de Ian?

- ¡Si tienes problemas con el alcohol ves a terapia!

Sus dos manos aterrizan al lado de mi cabeza una en cada lado, consiguiendo dejarme acorralada entre su cuerpo y la pared. ¡Por dios estoy empezando aborrecer la adrenalina que despliegan los cuerpos masculinos!

- Te voy a explicar tres cosas. Una; antes de conocerte siempre he tratado a las mujeres para nada más que un polvo. Dos; lo de Gina, fue un error a consecuencia del capullo de tu padre. Y tres; sigues siendo mía. — Finaliza, para en un segundo tapar mi boca con la suya.

Separo mis labios de los suyos, por mucho que sepan a gloria y sean los únicos que hacen

vibrar a mi ser, tengo que hacerlo por el mero hecho de que no puede seguir metiendo la pata y creer que voy a seguir ahí obviando sus cagadas.

- Ahora te voy a explicar yo a ti. — Digo, enfatizando el yo. - Lo que hicieras antes de mí me importa bien poco. Con respecto a Gina, no quieras cargarle el mochuelo a Alessandro, porque no fue él quien se emborrachó, ni quien se metió en su cama. Y a lo último... solo tuya y para siempre. No te lo voy a negar, porque no puedo evitar amarte, es como una maldición y tengo que vivir con ello, pero me harté. —

Sentencio. - Tú has sido el que lo ha decidido, tú el que lo ha mandado todo a la mierda y tú el que ha conseguido que mi objetivo en la vida sea olvidarme de ti.

Su cara va cambiando desde el momento que le confirmo que le sigo queriendo hasta la parte que le informo que no quiero amarle más. En todo momento soy consciente del dolor que le hago y de todas sus reacciones. Con las primeras palabras su sonrisa aflora esperanzado y en el final sus ojos se han apagado, la sonrisa se ha borrado y su cabeza ha bajado en un signo derrotado unos centímetros hasta apartar su vista de mis ojos centrándose en contemplar el suelo.

- Lo solucionaré.

- No puedes Ian. Te empeñas en querer hacerlo, pero sabes que terminarás casado con ella.

Aprovecho la conmoción que le han causado mis palabras y salgo del lugar, los dos sabemos la realidad de mis palabras, no es un hombre del que se puede encargar, ni uno de sus objetivos; es una mujer. Una que no tiene culpa de amarle y de que él se metiera en camisa de once varas sin poder evitar cumplir con su deber; casarse con ella y rectificar su falta.

Me miro en el espejo sin ganas, contemplando el reflejo que me devuelve el cristal, aun siendo uno de los mejores vestidos que he llevado en mi vida, con unos zapatos que parecen de cuento y llevando un recogido ondulado con unos mechones sueltos, sigo sin sentir la dicha de llevarlos y mis ojos siguen mostrando tristeza. Una clase de tristeza que aun revestida de oro, seguiría siendo desdichada, puede que sea una tontería y cualquier mujer desearía poder llevar una clase de prenda como está, incluso yo si fuera otra ocasión, quizás lo luciera con una sonrisa de esas que hacen que te brillen los ojos, pero no hoy, no es el caso, ni la clásica situación de ir a cenar, nada de eso, luzco como de cuento, pareciendo una princesa; para disfrutar del anuncio formal del compromiso del hombre que amo.

- ¡Estás despampanante! — Dice, Dago entrando por la puerta.

- Es precioso. — Comento con un halo de tristeza.

- Tú haces que sea precioso. — Dice, rodeando mi cintura y dejando un beso en mi cuello.

- Vamos, princesa.

Entrelaza su mano con la mía, recorremos el pasillo y poco después estamos en la calle de camino a casa de Ian. Parados en la puerta, tomo disimuladamente un par de bocanadas de aire para soportar la noche. Mi tía nos recibe dándole un cortante saludo a Dago, y a mí con un abrazo. «Que cariñosa es esta mujer», pienso cuando el afecto dura unos segundos más de la cuenta. Poco después entramos, andando hasta el comedor, donde puedo ver que

solo hay mujeres.

- Que te diviertas, princesa.

Deja un beso breve en mis labios y sale camino del jardín, me quedo por unos minutos sin saber que hacer y sintiendo que este no es mi lugar, sobre todo, cuando Gina se acerca con una sonrisa y me da dos besos.

- Hola, Gina. — Digo, amargamente.

- Sindy. Somos primas. Ni tú, ni yo tenemos culpa de los acontecimientos. No tengo nada contra a ti. Me alegro de que estés aquí.

«Tú te alegras y yo lo detesto», pienso, mientras intento darle una sonrisa. Sé que no tiene la culpa, hasta ahí llego, pero ella debería entender que para mi estar aquí es insufrible y si encima quiere ser mi amiga empeoramos las cosas, porque entonces me siento peor por amar al hombre que se va a casar con ella y peor todavía si pienso que ese hombre no la quiere y que ella es la que tenía que haberse hecho a un lado, porque está obligando a dos personas que se aman a estar separadas y vivir infelices, resumiendo; por muy buena que sea ella, no puedo verla como amiga.

- Ven te presentaré a mi hermana.

- ¿Pero cuantos sois?

- Ja, ja, ja. Bruno, Marcos, Paulina y yo.

- ¿Paulina?

- Sí, es la más pequeña, llámala Pau. Ella detesta que la llamen Paulina, la única que la llama así es mi mamá.

- Es un nombre muy bonito. ¿Por qué no le gusta?

- Porque mamá se lo puso porque estaba obsesionada con la novela la usurpadora y cada dos por tres, cuenta la historia de porque se lo puso y Pau, lo odia.

Pasado un rato me han presentado a tantas primas que no recuerdo ni los nombres, además de descubrir que aparte de mi tía Bianca, tengo dos más que no han podido asistir, porque sus maridos estaban ocupados con los negocios. De mis abuelos he conocido a tres hermanos por parte de mi abuelo que según me han dicho eran seis; pero tres por desgracia de la vida murieron. Por parte de mi abuela conozco a una hermana, por lo que dijo mi abuela Blanca que así se llama, sus padres nunca quisieron una familia grande. Y ni contar el arsenal de tíos y primos que he conocido de mi padre por parte de los hermanos de mi abuelo. Cualquiera pensaría que cada vez que se aburrían se ponían a tener hijos. Cuando creo que la cabeza me va a estallar de tantos nombres y caras, pasamos al salón grande donde las mujeres del servicio ya empiezan a servir la cena. Procuero sentarme al lado de Carina y poder conversar con tranquilidad por un rato, como es normal, Dago se posiciona a mí otro costado, mientras que el idiota de Ian, ya sea por tocar las narices o a saber porque se planta con Gina, justo enfrente de nosotros. Durante un rato consigo distraerme con Carina y logro que mis ojos no se dirijan ni una sola vez al hombre que amo, todo logro conseguido se va a pique, cuando Gina, le planta un beso en los morros y él ni corto ni perezoso le sonrío devolviendo el gesto, poco después anuncian

la maldita boda sostenidos el uno al otro de la cintura, y en este punto a mí me empiezan a entrar los picores, y la piel me escuece como si hubiera tenido una reacción alérgica. ¡Claro que la tengo! A los mimos que veo de esos dos y que por momentos me pone enferma. Cansada de esta situación inaguantable, me inclino hacia el asiento de Dago y para que solamente me escuche él, le susurro en el oído.

- ¿Nos vamos?

El monstruo, como era de esperar no desaprovecha la ocasión, se gira, coloca sus manos en mi cintura y bajo la mirada de cientos de ojos me planta un beso de infarto, incluso me parece llegar a sentir un leve mareo debido a la falta de aire.

Cuando se retira sonrío y mi cara se torna roja de vergüenza al sentir todas las miradas sobre nosotros, y es que no es para menos, si el beso que me ha dado el descarado es de los que sueles guardar para la intimidad.

- Una hora, princesa.

Lo que suponía, una hora más de calvario y sin poder tomar una copa, mientras que él se dedica a fumar puros y empinar el codo. ¡Genial! La noche que toda mujer desea; estar en el compromiso de mi ex, con un demonio al lado y sin poder emborracharme, casi estoy tentada de pedirle a Carina, que busque esas pastillas que te hacen volar. Al fin los hombres se marchan de nuevo al jardín y las mujeres volvemos al primer comedor.

- Carina, necesito aire. — Suplico por salir de este lugar.

- Vamos.

Agarradas del brazo salimos a la parte de delante, donde nos encontramos a varios hombres fumando y entre ellos Hugo Mancini.

- ¿Sindy, como estás? — Me saluda acercándose en cuanto nos ve.

- Deseando salir de aquí. — Digo, bromeando, pero diciendo la verdad. -

¿Tienes un cigarro?

- ¿Desde cuándo fumas?

- Ja, ja, ja, desde nunca, pero lo necesito, los nervios van a acabar conmigo.

- Toma. — Dice, extrayendo una cajetilla de su bolsillo.

Lo enciendo y la primera calada me sabe a rayos, hasta toso varias veces, la segunda entra mejor y cuando llevo medio, ya le he pillado el gusto y la ansiedad se va evaporando.

- Oye, pues sí tranquiliza.

- Ja, ja, ja. Porque no has probado un porro, eso si te deja relajado.

- ¿Tienes uno?

- ¡Sindy! — Reprinde Carina.

- ¿Qué? Ahora mismo todo lo que me haga relajarme sirve.

- Ven conmigo. — Dice, cogiendo mi mano.

- Sindy, no, si se entera Dago...

- Carina, hace media hora que paso el grado medio ebrio. — Comento con sarcasmo.

Es la verdad, hace rato que no lo veo pasearse a ver donde estoy y eso es debido a que la última vez que lo vi buscarme ya iba tambaleando de un lado a otro, por eso sé que no me buscará; demasiado borracho para acordarse de que tiene que vigilar a su mujer. Detrás de Hugo, siguiendo sus pasos, llegamos a la terraza de mi antigua habitación.

Con parsimonia extrae un cigarro, una especie de papel pequeño y una piedra marrón, curiosa observo todo lo que hace hasta quedar lo que dice, es un porro en una especie de cigarro, pero un poco más gordo.

- Veras que bien te sienta. — Dice, tras dar la primera calada.

Me lo pasa y durante unos minutos lo miro dudosa decidiendo si es mejor no hacerlo, dejo de pensar por mí misma, cuando Hugo, coge el canuto y lo pone en mi boca, igual que hice con el cigarro aspiro hacia adentro.

¡La madre que me parió! Empiezo a toser y toser, mientras Hugo, se parte de la risa. El sabor que se me queda en la boca es extraño, nunca había probado uno, ni siquiera cuando tenía dieciséis años y me iba por ahí con las amigas, si me viera mi madre en estos momentos, aun siendo mayor de edad del rapapolvo que me daría temblaría toda Elba y parte de Italia.

- Prueba a dar la calada más suave. Si le das otra como esa quedarás rezagada por el suelo.

Como ha dicho lo vuelvo a intentar, el humo entra mejor, no toso y puedo saborear mejor el gusto. Al final terminamos turnando el canuto hasta acabar con él. Pasado un rato empiezo a sentir los efectos y la risa tonta es imposible de contener. Me recuesto en el banco de piedra, reposando la cabeza en las piernas de Hugo, no es que quiera hacerlo es que habla tan refinado que me da la risa y me tengo que tumbar.

- ¿Sigues aquí?

- Sí, sí, estoy pensando que creo que me gusta. Ja, ja, ja.

- ¿El cigarro de la felicidad o yo?

- Ja, ja, ja. Haz otro cigarro feliz de esos y a lo mejor me empiezas a gustar.

- ¡Oye! ¿Qué tengo de malo? — Dice, liando otro cigarro feliz como le he pedido.

- Ja, ja, ja. Nada. Si guapo eres, pero alguien llegó antes que tú.

- ¿Sabes canija? Se te suelta mucho la lengua.

- Ja, ja, puede. ¿Me has llamado enana?

- Y encima efecto retardado. — Dice, echándose a reír. - ¿Si él no existiera te hubieras fijado en mí?

- ¿Me estás interrogando? ¡Muy mal Hugo! Ahora mismo mis respuestas salen solas. ¡Eres un aprovechado!

Me incorporo para mirar sus ojos y otra vez me vuelvo a tronchar de la risa.

- ¿Y ahora porque te ríes?

- ¡Estás muy serio! Con lo guapo que eres, sonríes muy poco y te hace perder muchos puntos.
- Lo recordaré cada vez que te vea.
- ¡Maldito idiota aléjate de ella!
- ¡Hala ya llegó el troglodita que se cree que todas las mujeres le pertenecen! — Digo, echándome a reír.
- ¿Qué manía tienes con perderte a ti misma?
- ¡La misma que tú por las borracheras!
- Ian, me parece que es grande para qué le digas que hacer. — Media Hugo.
- ¡Cállate imbécil y la próxima vez que quieras seducirla prueba hacerlo sin mierdas en su cuerpo!

LA CAÍDA DE DAGO.

- Ian, si tú no puedes tenerla que más te da que intente seducirla.
 - Es mía y no te lo volveré a repetir.
 - No soy tuya...
 - Ja, ja, ja. Me parece amigo que lo tiene bastante claro y más alto no te lo puede decir.
 - ¡Y una mierda! ¡Lárgate antes de que me arrepienta y te propine los golpes que mereces!
- Siento como sobre vuelo por la terraza y la risa aumenta de intensidad, cuando mejor estoy aparece y lo fastidia. ¿Por qué no me puede dejar en paz?
- ¡Joder, Sindy, pareces una adolescente!
 - Ian, déjame en paz. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?
 - Puedes decirlo cuanto quieras, y te repetiré lo mismo. ¡No me da la gana!

Cuando despierto, lo hago desorientada y sin ganas de levantarme, miro alrededor, no recuerdo como llegue aquí, pero está claro que por mis propios pies, imposible, porque con el alucine que llevaba en el cuerpo, estoy segura de que hasta andar sería una tarea muy pesada.

La puerta se abre y Dago, entra en el cuarto.

- Lo siento, princesa.
- ¿Qué sientes? — Interrogo desubicada.
- Emborracharme y que tuvieras que venir sola con Carina.

Ahora si entiendo menos, entonces me fijo en su ropa, lleva la misma de la noche anterior, un nombre con potencia llega a mi mente; Ian. Lo que no entiendo es que aquí hay hombres vigilando tanto por el día, como por la noche. ¿Por qué no le han dicho que llegue desmayada? ¿Y el nombre de quien me trajo? Ignoro deliberadamente los interrogantes que pasean por mi cabeza, mientras no me traiga represalias, me importa bien poco de que manera haya llevado a cabo la acción.

- No pasa nada. — Acabo contestando, sin saber qué decir.

Me levanto y me adentro en la ducha para que deje de mirarme como queriendo averiguar si anoche ocurrió algo que él no sepa. Me río para mí bajo el agua, si le contara que pase un rato muy divertido con Hugo y que luego Ian, me estropeo la diversión, además de que seguro fue el que me cargó hasta casa, me molía a palos. Aprovecho el cansancio que tengo y cuando salgo de la ducha me vuelvo acostar, pero no para dormir, sino que cojo el libro que durante días he tenido aparcado en la mesa de noche y me pongo al día leyendo. Por una vez, leo sumergiéndome en la historia y paso una página detrás de otra queriendo acabarlo. Es tan bonita la historia que llego a soñar; que Ian y yo podemos destruir todo lo que nos separa y estar juntos.

- Princesa. ¿Te encuentras mal? — Me saca del ensimismamiento en el que me he sumergido.

- No. ¿Por qué?

- Es la hora de comer.

- Voy.

Sin ganas de vestirme salgo del cuarto con el simple camisón, una acción que me hace ruborizar al llegar al comedor y encontrar a Ian, Marcos, Carina y Gina. Le doy una mirada de reproche a Dago, ya me están cansando y agobiando a partes iguales estas reuniones inesperadas.

- Creo que iré a cambiarme.

- Te acompaño. — Dice, Carina.

Llegamos al cuarto y me cruzo de brazos, puede que no debiera tomarla con ella, pero es que nadie me explica nada de porque últimamente el grupo parece ser inseparable. Me giro a la izquierda ahí están, que giro a la derecha otra vez los veo, que miro al frente otra vez que los encuentro, casi me parece rozar la locura y que la que está mal de la cabeza soy yo, por pensar que es anormal la relación unida que parecen tener.

- ¿Estás enfadada?

- ¿Debería? ¡Me quieres explicar que pasa, porque este sin sentido no se entiende!

- Ya falta poco, aguanta un poco más.

- Ves, hasta tú sabes que traman. ¿Para que falta poco?

- No puedo decírtelo. Ahora vamos a pasar la tarde todos juntos como buenos amigos y tú vas a sonreír hasta caer la noche.

- ¿Te has vuelto majara? ¡Cómo voy a sonreír teniendo que pasar la tarde con la pareja feliz y el demonio!

- Haciéndolo y punto.

- Perfecto. Propondré jugar a las cartas. A ver que les parece. — Digo, empezando a divertirme.

Carina que se da cuenta de mi sonrisa de “luego no os quejéis”, me mira negando con la

cabeza divertida, deseando saber que habré tramado esta vez. Me visto en el baño y a Carina, empieza a parecerle extraño, cuando se entere de mi jugarreta me regañara por ser una mete bazas. Un rato después habiendo terminado de comer, ponen una película a la que no le presto nada de atención, cuando dan las seis estoy aburrida y me pregunto por cuanto tiempo más tendré que aguantar el infierno de la reunión de parejas como si fuéramos amigos de toda la vida, pasando un rato tranquilo. Voy a la cocina y me hago con unas botellas, cojo vasos y sirvo para todos los allí presentes exceptuando a mi prima la preña y a mí la falsa preña.

- Vaya, princesa. Hoy estás muy complaciente.

- No te acostumbres...

Me siento en el suelo con las piernas cruzadas, mirando de uno a otro esperando el momento exacto para divertirme viendo las caras que ponen.

- ¿Así que sois amigos del alma?

- Yo no diría tanto. Nos soportamos, comemos, cenamos, tratamos de sobrellevar la paz. — Dice, Dago.

- Estoy de acuerdo con él. Por el bien de los negocios afianzamos lazos. — Corrobora Ian.

- Entonces... seréis capaces de jugar cartas sin mataros. ¿No?

- Claro.

- Sí.

Contestan a la vez, consiguiendo que mi sonrisa crezca, la cara de Ian, cambia de repente, como si se hubiera dado cuenta de lo que pretendo, le sonrío inocente y sus ojos se achican tratando de averiguar lo que idea mi cabeza o queriendo en silencio mandarme una advertencia telepática, desvío la vista y me centro en Dago, una acción que molesta a Ian.

- No he dicho que clase de juego es.

- Habla. — Demanda serio Dago.

- Barajamos las cartas, cada uno se hace con una y uno por uno tenemos que adivinar el palo de la carta que tiene en la mano, el que adivina el palo, tendrá derecho a elegir la prenda que se quita...

- ¿Y cuando no queden prendas? — Interroga, Dago interesado.

- Podrá proponer que haga una acción. — Comento insinuante.

- ¿Cuál sea? — Insiste.

- Cual sea. — Sentencio.

Miro a mi alrededor y la cara de todos los allí presentes es la misma; atónita.

- ¿Quieres que nos matemos? — Dice, al fin Ian, con una voz que denota cabreo.

- Vamos Ian, será divertido. — Intercede Dago.

- No.

- ¿Marcos?

Este nos mira de uno a otro sin saber que hacer, hasta que posa la mirada sobre Carina y está asiente perceptiblemente.

- Juego.

- ¿Carina? — Sigo, sabiendo la respuesta.

- No me lo perdería por nada del mundo.

Sonríe sabiendo que como ha dicho Ian, quiero saber hasta donde llegan y cuanto son capaces de fingir los amigos que son.

- ¿Estáis locos? — Dice, Gina levantándose. - Me voy a casa Ian.

¿Vienes?

Ian, detiene su mirada sobre mí de una forma no muy agradable, para después, ponerla sobre Gina, dándole una mirada de disculpa y una media sonrisa, mientras niega con la cabeza. Gina sale sulfurada soltando varios insultos porque sabe que Ian jugará, simplemente porque sabe que nunca deja que le desafíen y como le he retado obtendré lo deseado; un escarmiento, pero que volveré en su contra.

- ¿Quién empieza? — Dice, Ian.

- Yo.

- Muy bien, dame las cartas.

Se las entrego y muy sereno y calmado baraja las cartas, siendo Dago el que corta, las deja en la mesa y cada uno de ellos coge una carta.

- Dago, espadas.

- Lo siento preciosa. — Muestra la carta y es copas.

- Marcos, bastos.

- ¡Joder prima! — Me la muestra y sonrío.

- Chaqueta fuera, primo.

- Rubia, copas. — La rubia sonrío y me la muestra.

- Un zapato fuera.

- ¿Por qué ella un zapato y yo la chaqueta? — Interroga descontento Marcos.

- No soy lesbiana primo.

- Ian, espadas.

- Fallaste. — La muestra dejando ver que son copas.

Tras tres rondas la rubia y yo nos partimos de risa, Marcos va sin zapatos, camisa y sin chaqueta, que mala suerte tiene. Ian por su parte ha perdido la chaqueta y camisa, un problema para mi cordura que tengo que recordarme cada dos segundos apartar la vista. Dago la chaqueta y un zapato, la rubia sigue resistiendo habiendo perdido un zapato y a mí todavía no me han adivinado ninguna.

- Carina, copas — Dice, Ian siendo su turno.

- ¡Mierda!

- Vamos a ver... medias fuera. — Espera que Carina cumpla y sigue. -

Dago, espadas.

- ¡Joder! ¿Es que la ves?

- Corbata fuera.

Cuando escucho el absurdo descarte de ropa, me dan unas ganas descomunales por reír, sobre todo si pienso que hasta pedirle que se la quite ha tenido que ser como pincharle con un tenedor para él.

- Marcos, espadas.

- No. Son bastos. — Dice, enseñándola.

- Sindy... — Arqueo una ceja debido a como pronuncia mi nombre. -

Copas.

¡Ya era hora! Pienso mientras la enseño, sonrío triunfal, valorando que pedir que me quite.

- Cuidado Ian, te puedes arrepentir con lo que pidas... — Advierto.

- Camiseta fuera. — Dice, retándome con la mirada.

- Como gustes.

Me pongo de pie sin apartar los ojos de Ian, mientras Dago, espera a ver que sucede, ya que ha percibido en mi tono de voz que algo oculto y nada más le ha bastado escuchar mi advertencia para intuirlo.

Despacio y sin vergüenza me quito la camiseta y cuando lo hago le doy una mirada que dice: «Que te jodan».

- ¡Dios! — Dice, Marcos sin saber donde mirar.

Dago se ríe como un descosido, se levanta, me abraza y bajo la atenta mirada de Ian, me besa.

- ¡Divina princesa!

Ian que todavía no ha podido apartar la vista de mis pechos desnudos adornados con una frase en cada pecho dedicada a él, aprieta los puños, mientras su mandíbula se vuelve en una línea recta, gesto que indica que no le ha hecho ni pizca de gracia. ¡Qué pena! Con lo bonito que queda el color negro en mi piel; con un “que te den” encima de un pecho y un “no soy tuya” en la otra.

- Puedes vestirte, princesa. Creo que ya lo ha entendido.

Un rato después, estoy en la cocina, cuando Ian se acerca y se pega a mi espalda susurrando en mi oído.

- Por mucho que lo repitas, lo chilles y te lo escribas en el cuerpo.

Solamente una me vale. — Dice, rodeando mi muñeca a la vez que acaricia el tatuaje. -

Esa es la única que me vale. Las demás, me da igual de la forma que lo digas, me la pela. ¿Sabes por qué? Porque tu cuerpo tiembla como una hoja en un árbol cuando hace viento, tu corazón retumba fuerte como un tambor cada vez que te toco y sobre todo porque tus ojos gritan sin cesar que devore tu boca. ¡Deja de jugar!

Me quedo con la boca abierta sin poder contestar, quisiera hacerlo, pero sería una idiotez negar la tremenda evidencia y la razón que tienen sus palabras, me doy la vuelta y le contemplo pensando como rebatir su observación con la que exactamente ha dado en el clavo.

Como no encuentro razones con la cuales contra restar sus palabras, decido no decir nada y encogerme de hombros con indiferencia, como si lo que ha dicho, fuera una opinión como otra cualquiera.

- ¿Tienes lo que te di?

- Por supuesto.

- Lo quiero en la bebida de Dago, ya.

- Claro Romaní.

- No me toques las pelotas Sindy. Ya bastante los has hecho con el juego de mierda.

Sale por la puerta y poco después, voy al dormitorio a por el frasco, de regreso en la cocina, pienso que no me ha dicho si hay que echarlo todo, como no sé que es, decido que mejor todo a que eche poco y no haga el efecto que espera Ian. Sirvo las copas, mientras veo como Marcos y Carina, se marchan.

- Gracias, preciosa.

- Bueno, hora de los negocios Dago. Ahí tienes el contrato de compra de la mitad del Cruce, siento la tardanza.

Dago da una palmada al aire, coge los papeles, y feliz como un niño con un caramelo los lee. Observo sin comprender como pueden dar lugar a que se haga con la mitad del mayor negocio que tienen, con eso en vez de quitarlo del medio, lo están dejando que poco a poco les quite territorio. Una vez termina de leerlo, veo como coge el bolígrafo y con una sonrisa firma.

- ¡Por la nueva alianza! — Dice, Ian bebiendo de su copa.

Dago lo imita bebiendo medio vaso del tirón. La sonrisa de Ian crece y yo sigo sin ver donde está la gracia. De repente el vaso de Dago, cae de sus manos y se estrella contra el suelo, mientras la mirada de Ian, se torna maligna, mostrando a la vez una sonrisa diabólica.

- Dago, Dago. ¿De verdad creías que la dejaría en tus manos?

- ¿Qué... me...has... dado?

Observo a los dos hombres y no me pierdo nada de la conversación, intrigada de ver el cambio de voz en Ian.

- Se llama batracio-toxina, nuestros químicos han conseguido sacar la dosis exacta para conseguir que en vez de que la toxina te mate en segundos... primero te paralice el cuerpo,

después ni siquiera podrás hablar, subirá la fiebre y sentirás como poco a poco te vas quedando sin aire. — Hace una pausa para beber de su vaso. - Un veneno letal, como puedes ver. Normalmente, mata en segundos, pero yo no quería que fuera rápido, quiero que sufras todo el daño que le has hecho, pero.

.. aun hay más, mientras nosotros salimos de aquí, tu casa irá saltando en pedazos, ya que nos hemos encargado de poner varios explosivos de nitrato de amonio, así que no te dará tiempo a morir por el veneno, sino que morirás en la peor de las muertes. Consumido por el fuego.

Como ves cumplo mis amenazas y una vez te dije que si la volvías a tocar, me encargaría de enseñarte el camino al infierno. Que disfrutes de tu fin, hasta nunca Dago.

Me coge de la mano y antes de salir, le oigo decir, «vamos saliendo» y conforme atravesamos el jardín, no se hace esperar la primera explosión, corro con la mano entrelazada a la de Ian, mientras los disparos se mezclan con el sonido de las explosiones. Ian, abre la puerta y de un empujón me adentra en el interior colocándose a mi lado, mirando por la ventana puedo ver la gran llama de fuego engullir la casa y con ella a Dago; se acabó mi pesadilla. Ian, me estrecha contra su cuerpo, a la vez que el coche se pone en marcha y entonces me doy cuenta de que el conductor es Marcos y la copiloto Carina.

- Se terminó Sindy. — Me dice, la rubia alegre.

- Sí. Por fin soy libre. — Suelto en un suspiro.

Apoyando la cabeza en el hombro de Ian, me quedo dormida siendo mi último pensamiento dedicado a mi hijo; voy por ti Izan.

- Nena. Vamos. Despierta.

- Mm, mm. — Sale de mi boca queriendo descansar un poco más.

- Venga dormilona. ¿No quieres ver a Izan?

- ¿Izan? — Digo, a la vez que me incorporo con prisas.

Salimos del auto y lo primero que hago es pegar una carrera al interior, mientras Ian, me pisa los talones llamándome a gritos. Llego al despacho y sin llamar y de malos modos, abro la puerta atravesando con la vista al hombre que una vez creí que le importaba.

- ¡Dónde está mi hijo!

- Bienvenida a casa.

- Está no es mi casa. ¡Púdrete con tu montón de billetes! ¡Dónde está mi hijo!

- No seas rencorosa. Todo ha terminado bien. Estás en casa sana y salva. Y aparte me he librado de mi mayor enemigo.

- ¿Sana y salva? ¡Y las heridas del alma! ¡Todo lo que he pasado por tu culpa! ¡Dime donde está mi hijo y no vuelvas acercarte a mí!

- En el cuarto contiguo al tuyo. — Espeta sin importarle lo que haga.

Atravieso de nuevo la puerta, encontrando a Ian, de brazos cruzados con una cara no muy

alegre. Paso por su lado sin inmutarme y sigo hasta llegar al cuarto, abro la puerta y el shock me deja fuera de juego por un minuto. Un cuarto que antes era una habitación sosa donde cualquier persona utiliza expresamente para dormir, se ha convertido en un paraíso donde un niño es imposible que se aburra.

Las paredes están pintadas de un tono verde parecido al mar, y la parte de abajo es arena, se han encargado y dedicado a conciencia para que la habitación completa se asemeje a la playa, para comprobar que no es un sueño toco las paredes. Viendo que es real, recupero la cordura, y me fijo con la boca abierta en todo lo que hay en la habitación, la mayoría juguetes, nunca en mi vida he visto tantos juguetes juntos en un espacio tan pequeño.

- ¿Te gusta?

- ¿Lo has hecho tú?

- Lo mejor para él. Lloraba Sindy, te llamaba. La playa era lo único que le calmaba y pensé crear una para él.

Cuando me acerco a la cuna, mis ojos ya están impregnados en lágrimas, toco su cabeza y me conformo con acurrucarme a su pequeño cuerpo, para no despertarlo de su sueño.

- Mi pequeño. Mamá ya está aquí y no te volverá a dejar.

- No puedes irte...

Me limpio las lágrimas, me doy la vuelta y le miro de frente, reprochándole en silencio que se atreva a decirme lo que no puedo hacer después de todo lo que he pasado por su culpa. Sí, su culpa.

Porque si él no se hubiera empeñado en tenerme nunca habría pisado esta casa y mi padre nunca hubiera conseguido tener su baza ganadora, no me habría podido utilizar y no hubiera sufrido las mil y una humillaciones que he padecido desde que pise la casa de Dago.

- Ian, estoy cansada. Mañana lo hablamos. — Digo, simplemente dándole lo que quiere oír.

Durante una hora contemplo fijamente al rey de mi vida, poniendo todos mis pensamientos en orden, sería imposible creer que realmente me quiero alejar de Ian, pero... ni todo lo que le amo es suficiente para seguir aguantando esta vida y menos con un niño de por medio y no solamente eso es el problema, porque además está el mayor de ellos que es su boda. ¿En qué lugar nos deja a nosotros? ¿Y yo sería capaz de ver al hombre que amo día tras día viviendo su vida con otra? Me lo pregunto muchas veces, tantas que la cabeza me empieza a doler y aun así consigo contestarme lo mismo a cada una de ellas; no. Salgo del dormitorio, casi son las tres de la madrugada y si no me tomo un calmante para el dolor, no lograré conciliar el sueño. De camino a la cocina escucho unos murmullos que llaman mi curiosidad, me acerco al salón quedándome en el costado de la pared.

- ¿La vas a dejar irse?

- Marcos, metí la pata. No puedo retenerla, si se va tendré que aceptarlo.

- Ian, sí, la cagaste. Pero tú y yo sabemos que ese no es el verdadero motivo por el que

estás cumpliendo con tu palabra. Si le explicas, quizás no la pierdas.

- No puedo Marcos. Le prometí a Gina que nadie... lo sabría.

- Me lo has dicho a mí. Es mi hermana y la quiero, pero estás renunciando a su amor por una relación que no durará más de cuatro meses. Deberías reconsiderar si vale más tu palabra que el amor.

Escucho con los ojos abiertos más que por saber que sucede, lo hago por querer encontrar una sola razón para seguir luchando por nuestro amor.

- Lo siento Marcos. No debí haberte dicho. Intente disuadirla de tener el niño, pero no ha querido escucharme.

La alarma salta de repente sobresaltando a todo el mundo, Marcos e Ian, salen como un vendaval sin darme tiempo de huir, dejando claramente a los dos lo que estaba haciendo.

- ¿No te han dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

- Si eso me lleva a ver una simple posibilidad de poder estar contigo, me importa muy poco si soy educada o no.

Su sonrisa se amplía dejándome confundida, lo mismo se ríe, que se pone de un humor del demonio, a veces llego a creer que debería ir a un médico a ver si es que tiene problemas de conducta. Me planta un beso inesperado consiguiendo confundirme más.

- Te lo explicaré todo y tú decidirás si me esperas o no. No más mentiras Sindy. Te lo juro.

- Esperaré impaciente...

Sin terminar la frase los dos nos giramos hacia lo que parecen...

¿Disparos? ¡Es que esto no acaba nunca!

- Nena, sube arriba con Izan. Alessandro habrá avisado a la familia y no tardarán en llegar.

Salgo corriendo escaleras arriba a la vez que le veo sacar su arma de la cintura y cambiar una sonrisa preciosa por una mandíbula apretada, y una mirada asesina. Terminando de subir el último tramo, me encuentro con Carina, que enseguida tira de mi brazo para llevarme al dormitorio, la miro y después, aparto la mirada hacia abajo.

- Ve con Izan Carina.

- ¿Y tú?

- Ve por favor.

Asiente y sale disparada al dormitorio, por el rabillo del ojo veo como Jalila, corre también al cuarto del niño, yo por el contrario a lo que dicta mi cabeza, bajo al primer piso y me asomo cuidadosa por la baranda para ver como está la situación. Los disparos van de un lado a otro y varias veces tengo que llevarme las manos a la boca para contener el aliento, mientras bastantes de nuestros hombres se reparten por el comedor disparando agachados por las ventanas evitando que se acerquen a la casa. A través de una ventana que da al pasillo dónde estoy, veo caer algo y no es muy difícil saber que es; uno de nuestros hombres de los que están apostados en el tejado. Me agarro con más fuerza y vuelvo la vista al frente para ver como un arsenal de hombres han conseguido entrar y

disparan a uno y a otro lado derribando a los nuestros. Uno de ellos llama mi atención, el hombre protegido por un chaleco antibalas grita a diestro y siniestro dando ordenes, para cuando finaliza, ponerse a gritar el nombre de Ian. Hago memoria de donde lo he visto antes y el recuerdo se muestra potente, una habitación, un baño y el junto a Dago, con sus manos armadas en mi dirección; el hermano de Dago. En un lugar pegado a la pared protegiéndose diviso a Marcos, disparando sin cesar llevándose a tres de los contrarios por delante. La impaciencia me domina y sigo buscando a Ian, el corazón se me empieza acelerar al no hallarlo por ningún lado. Por otro costado detrás de el sofá, veo a mi padre al igual que Marcos disparando sin cansancio, hace un movimiento imprudente queriendo encontrar mejor puntería y veo como una bala le impacta en la mano haciendo caer su arma. Asustada doy un paso atrás, mientras Marcos dispara a la cabeza del que ha disparado Alessandro. La angustia crece y sigo paralizada sin poder dejar de mirar la masacre que se está llevando a cabo. No sé en que momento me pongo de pie, puede que a causa del terror que corre por mis venas, haya actuado inconscientemente, cuando me doy cuenta, solamente puedo pensar que estoy en problemas, y dos motivos lo confirman. Uno; los ojos llenos de odio que están puestos en mí. Y el segundo; el arma que me apunta.

- ¡Ian, despídete de tu puta! — Grita, Giorgio.

Los ojos se me abren aterrorizada y entonces lo veo, a la velocidad del rayo Ian, pega un bote deslizándose en el aire de costado, poniéndose en la trayectoria de la bala; dos disparos suenan y a la misma vez dos cuerpos caen al suelo. Los ojos se me llenan de lágrimas y el corazón se me para, temiendo lo peor. Bajo las escaleras corriendo, mientras el fuego sigue de un lado a otro, ni siquiera pienso que una bala puede alcanzarme, siendo mi objetivo llegar a Ian. Me postro en el suelo y me abrazo a él, con la vista pérdida y algo borrosa busco la herida, no tardo mucho en localizarla; la sangre no deja de salir. Me quito la camiseta, la hago un ovillo y aprieto para hacer presión y cortar la hemorragia. Un disparo hace que desvíe un segundo la vista de Ian, para ver como a mi costado cae un hombre del bando contrario a la vez que Marcos se acerca. Los disparos poco a poco van remitiendo, mientras yo persevero en detener la sangre.

- ¡Vamos, llamar a la ambulancia! — Grita, Marcos.

- ¿Por qué Marcos? ¡No tenía que hacerlo esa bala era para mí! —

Grito, entre lágrimas, inclinando mi cuerpo hacia el suyo para sentir su piel.

- Porque para el vivir sin ti es inconcebible.

Poco después la ambulancia se lo lleva, quise ir, pero Marcos me lo impidió asegurando que lo mejor era que me quedará aquí. Me dejo caer en el suelo y siento que si Ian muere, yo moriré con él. Cuatro horas más tarde sigo sin tener noticias y estoy tentada de buscar el hospital donde lo tienen para calmar la inquietud que corroe mi alma.

Cae la tarde y no sé, cuantas infusiones me ha preparado Jalila, es lo único que consigo meter en el cuerpo, tanto Carina, como Jalila, han tratado de que comiera algo, pero igual que lo han servido lo he tirado a la basura. A las once al fin se abre la puerta y entra un Marcos cansado tras pasar horas en el hospital. En menos de un segundo estoy plantada delante de el esperando que me informe de la salud de Ian.

- Está bien Sindy. Gracias a que la bala solo le rozó, si hubiera sido un poco más al centro, no lo hubiera contado.

Me abrazo a Marcos sollozando, mientras suelto pequeños suspiros de alivio y mi primo se afana en abrazarme.

- ¿Y Alessandro? — Interrogo, recordando que también fue herido.

- Alessandro, fue sometido a una cirugía de urgencia, la bala tocó tendones del primer y tercer dedo. — Hace una pausa y respira con pesar. - Le han colocado una fijación externa, tendrá que hacer rehabilitación y puede que aun así no recupere toda la movilidad.

- ¿Dónde está?

- Se quedara esta noche allí, Ian puede que este dos o tres días en el hospital por si la herida se infecta o surge alguna complicación. Ahora descansa.

Como ha pedido y habiendo recuperado la calma tras verificar que Ian está bien, subo al dormitorio de Izan, me tumbo en la cama mirando hacia la cuna y poco a poco me dejo vencer por el cansancio escuchando el sonido de mi respiración.

Cuando abro los ojos no son ni las seis, con premura me doy una ducha y me pongo un vestido sencillo en color amarillo de manga larga.

Como si fuera una chiquilla bajo las escaleras a la carrera, y llego a la cocina donde Marcos toma café. Me mira con los ojos como platos al ver que después del día de ayer estoy levantada tan temprano, le sonrío y me sirvo un café, no me entretengo en hacerme una tostada, cuanto antes termine antes podre ver a Ian.

- ¿Vas al hospital? — Pregunto, sabiendo la respuesta.

- Sí.

- Voy contigo.

Su cara cambia de sosegada a preocupada en un segundo y al otro trata de ocultar su reacción con una sonrisa, gesto que hace que frunza el ceño en su dirección, preguntándome a que se debe ese perceptible cambio.

- Claro.

Una hora después llegamos al hospital y mi impaciencia por ver con mis propios ojos a Ian, está desbordada, por eso todo el trayecto hasta aquí lo he pasado intranquila y mordiendo mis uñas cada pocos segundos. Subimos a la segunda planta deteniéndonos en la habitación trescientos dos, despacio abro la puerta para no despertarle, llevándome la sorpresa de que ya está despierto y acompañado; Gina está con él.

- ¿Cómo te encuentras? — Pregunta, Gina.

- Mejor que ayer.

Todo mi cuerpo se tensa y me dice que debería salir y no estar escuchando, pero no puedo evitar quedarme allí parada observando la escena.

- Ian. ¿Por qué lo hiciste?

- Gina, déjalo.

- No puedo Ian. ¿Sabes cómo me siento? No sabes lo que es saber que la amas y que no estás con ella porque yo estoy en medio.

- Gina, no quiero discutir. — Se lleva la mano a la frente, dejando ver con un simple gesto que está agotado. - Gina... tenemos que anular la boda.

Los ojos se me empañan al ser consciente de que Ian, me está eligiendo a mí, y yo venía con otra decisión tomada. Cierro la puerta despacio para que no se percaten de que he estado aquí, y me tomo dos minutos para poner mis pensamientos en orden. Parecía tan fácil, cuando lo idee en mi mente, pero ahora no puedo entrar y fingir que todo está bien, sabiendo que me ha escogido a mí, para después huir como era mi plan. Alzo la mirada y los ojos de Marcos, se encuentran con los míos, la angustia que siento es tan evidente, que con solamente darme un breve repaso, cualquiera se daría cuenta y eso es lo que ocurre con mi primo que, me estrecha entre sus brazos. Me separo con una clara intención; acabar de una vez con esta historia de amor maldita.

- ¿Me puede prestar algo para escribir y un bolígrafo? — Pido, cordialmente en el mostrador.

Durante unos segundos o quizás minutos, valoro cual es la mejor forma para hacerlo y que los dos dejemos de sufrir; sobre todo yo. Puede que este cometiendo el mayor error que he cometido jamás, pero no puedo seguir adelante, ni con todo el amor que le proceso, soy capaz de seguir viviendo esta clase de vida, temiendo por él, por mi hijo y por mí, resumiendo; no quiero seguir viviendo con miedo a lo que pueda pasar.

Tras un largo rato meditando, todo lo que se me ocurre, lo descarto, ninguna de ellas me parece correcta, así que al final me decanto por una frase que estoy segura entenderá...

«Solo tuya y para siempre»

Una frase que no dice nada y que dice mucho a la vez, porque cuando la grabe en mi muñeca era un símbolo de unión, una manera de tenerle siempre presente, en cambio, hoy es todo lo contrario y él sabrá su significado; una despedida.

- Dale esto de mi parte. — Digo, entregándole la nota doblada.

Asiente sin entender, me giro y camino por el pasillo a la vez que Marcos entra en la habitación, la reacción no se hace esperar y mientras espero que venga el elevador escucho la trifulca.

- ¡Ian, joder, que se va a abrir la herida!

- ¡Qué te den!

El elevador llega, entro y las ganas de llorar aumentan debido a que siento que estoy destrozando el corazón de Ian, y matando el mío.

Todavía no se han cerrado las puertas, cuando veo aparecer a Ian, agarrándose el costado con una mirada aterradora.

- ¡Escóndete bien porque te encontraré! ¡Me oyes, te encontraré, Sindy!

— Grita por última vez con nuestras miradas unidas, antes de que se cierren las puertas.

«Continuará en... Solo tuyo, para siempre y contigo»

AGRADECIMIENTOS.

Me gustaría agradecer la continuación de esta historia; A mi marido que como siempre digo su apoyo es el que más valoro y el que más necesito para seguir adelante perseverando en hacer lo que me gusta, porque puede que esta historia no llegue muy lejos, pero él seguirá estando ahí. A mis hijos que siendo tan pequeños como son, siempre me dejan un espacio para escribir. A mi amiga y vecina Esther, que no podía faltar este pequeño agradecimiento dedicado a ella, por animarme y subirme los ánimos en cualquier momento; gracias, guapa de todo corazón. A mi hermana Elisabeth, que lleva una semana detrás, dándome tirones de oreja para que le pase la continuación; lo siento teta tendrás que esperar por la tercera. A mi hermana Maika, la más pequeña de mis hermanos que la adoro y no podía olvidarme de ella y no hacerle un hueco. A todos aquellos, ya sean familia o amigos que están a mi lado, que me apoyan, me animan y no dejan que nunca me venga abajo. Y por descontado a vosotras, por leer esta historia y querer seguir leyendo lo que pasará con Ian y Sindy, con todo el cariño y desde lo más hondo del alma os lo agradezco, porque realmente espero que os haya gustado y que la hayáis disfrutado de la misma forma que yo al escribirla. Muchas gracias a todas.